

Concha Álvarez

MARIPOSA DE PIEDRA

MARIPOSAS NEGRAS I



SELECCIÓN

Juvenil paranormal

MARIPOSA DE PIEDRA

Primer Libro de los Caídos

Concha Álvarez



1.ª edición: julio, 2017

© 2017 by Concha Álvarez

© Ediciones B, S. A., 2017

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-810-5

Gracias por comprar este ebook.

Visita www.edicionesb.com para estar informado de novedades, noticias destacadas y próximos lanzamientos.

Síguenos en nuestras redes sociales



Maquetación ebook: emicaurina@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

*Para mi hija Nerea,
una gran soñadora de historias.*

Contenido

Portadilla

Créditos

Dedicatoria

Prólogo

I

LA TORMENTA

LÁGRIMAS

PLUMAS ROJAS

ÁNGEL NEGRO

II

EL ARTE DEL FIN

AFLICCIÓN

TRAS LA MÁSCARA

PESADILLAS INFANTILES

III

ALAS NEGRAS

LA OSCURA VERDAD

ABRE LOS OJOS

FIEBRE NOCTURNA

IV

INFERNO

NUNCA JUEGUES CON DESCONOCIDOS
SI LA MUERTE TE VISITA JAMÁS LA INVITES A
PASA
LA RULETA RUSA

V

EL PALACIO DE LAS LÁGRIMAS
LA VENDETTA
LUNA ROJA
LAS AGUJAS DEL RESENTIMIENTO

VI

UN AMOR INESPERADO
EL DESPERTAR DE LOS SENTIDOS
OCASO EN KILLARNEY
LA HORA DE LA VERDAD

VII

EL MEJOR DE LOS PACTOS
TEN CUIDADO CON LO QUE DESEAS...
¿QUÉ HARÍAS POR AMOR?
UN FINAL INESPERADO

Epílogo

Agradecimientos

Promoción

Prólogo

«Los ángeles defensores no pueden yacer con humanas, bajo pena de ser desterrados al Purgatorio, la Tierra, transfigurados en ángeles caídos».
Libro I, Cap.1, Vers. 2 del Libro de los guerreros de Dios.

Todos guardaron silencio cuando Denis, enojado, lanzó la espada de fuego a sus pies. Lucien contempló, disgustado, la actitud de su hermano. Convertirlo en soldado estaba siendo una tarea ardua. Tenía cualidades, pero mucho que aprender y una total falta de disposición. En cambio, Gerard, su segundo hermano, sería un buen soldado, aunque su actitud rayaba la insubordinación. Tarde o temprano incumpliría una orden y terminaría condenado. Comprobó que no era el único que los vigilaba. Gabriel, el arcángel y comandante de los guerreros de Dios, también los observaba. Sus hermanos todavía no comprendían que era mejor no irritar al arcángel; sus vidas dependían de ese hombre.

El resto de ángeles dejaron las armas en la mesa y se dedicaron a ejercitarse. Gerard colocó los brazos tras la cabeza con un total desinterés por las órdenes; Denis imitó su proceder. Ni siquiera se molestó en recoger la espada, lo que le acarreó una mirada reprobatoria del encargado de guardarlas. Lucien cerró los ojos y apretó los puños para contener su mal humor. Podía lidiar con la indiferencia de Gerard, pero no estaba seguro de lograr vencer la tozudez de Denis. Ese chico tenía una voluntad incorruptible y había dejado muy claro, desde el principio, que se negaba a ser soldado.

El comandante colocó las manos tras la espalda para ocultar las garras y regresó a su tienda. Esos tres le irritaban lo suficiente como para no controlar su transformación. Desde el primer día, los Chevalier habían sido un auténtico dolor de cabeza. Lucien intentaba disimular con un gesto de obediencia su altivez. Ese chico era capaz de acatar las órdenes sin rebelarse

y creía probable hacer de él un buen defensor, algo imposible de conseguir con Gerard. Aunque quien le preocupaba era Denis, el menor de los tres. Ese muchacho podía inclinarse a uno u otro bando con demasiada facilidad. Era inteligente y callado, al contrario que el arrogante de Lucien o el insolente de Gerard. Tenía el ingenio para ser un buen estratega militar, pero había visto muchas batallas para no apreciar su compasión; una actitud imperdonable en un defensor.

Su irritación desencadenó que golpeará la mesa y esta se hizo pedazos. Entre sus muchas obligaciones, la más importante, era agrupar a las tropas ese día. Según las últimas noticias, las sombras se estaban reorganizando e intentarían un ataque. Vivían como ratas en el Purgatorio. Ese lugar al que los hombres llamaban Tierra y los ángeles campo de batalla. Los humanos, ajenos a esa eterna lucha, ignoraban quiénes coexistían con ellos. Las sombras, lejos de mantenerse al margen en los destinos de los hombres, intentaban apoderarse de sus almas. Cuántas más obtuvieran, más posibilidades tenían de ganar a los ángeles. Esos demonios nunca habían jugado limpio y ahora tampoco lo harían. Sin embargo, existían otros seres, mucho más despreciables, tanto para ángeles como para sombras, y eran los caídos; ángeles condenados a vivir en el Purgatorio, cuyos pecados los habían conducido a cambiar sus alas blancas en otras negras. Camuflados entre los humanos, se alimentaban de su energía como parásitos. Ni los ángeles ni las sombras los estimaban y debían protegerse de unos y otros para sobrevivir. Si un caído perdía las alas, entonces la muerte era su mejor aliada.

—Haz que los Chevalier vengan —ordenó a un joven rubio que con gusto hubiera retratado cualquier pintor renacentista—. Quiero hablar con ellos.

No pasó mucho tiempo cuando el ángel entró en la tienda de Gabriel y anunció:

—Los Chevalier esperan.

—Hazlos pasar.

Los ojos del arcángel mostraron un color esmeralda que le otorgó el aspecto de un viejo dragón. La estancia pareció disminuir cuando los

hermanos entraron en ella. Lucien lo miró con desconfianza. El arcángel esbozó una sonrisa al comprobar que el instinto de protección hacia sus hermanos sería una ventaja para controlarle. Mientras, Gerard mostraba un gesto burlón con un claro desafío. Ese muchacho era un verdadero demonio y no caería en aquel infantil reto. En cambio, Denis no estaba interesado en la lucha que se producía dentro de la tienda; su atención solo se centraba en una mesa rota donde varios ejemplares de libros antiguos se mezclaban con los trozos de madera.

—No creo que sea necesario advertiros que otro acto de insubordinación os ocasionará consecuencias desagradables. Es mi última advertencia.

—Por supuesto —se apresuró a decir Lucien.

—Habla por ti, hermanito —contestó Gerard con sorna.

La furia del arcángel era palpable, sus manos se convirtieron en dos peligrosas garras dispuestas a hacer trizas a ese muchacho insensato.

—Señor... —intervino Denis—, conocéis a mi hermano —dijo, y por primera vez se preocupó por lo que acontecía a su alrededor. El menor de los Chevalier ignoró el gruñido de Gerard y continuó hablando—: Hará cualquier cosa para que lo desterréis, incluso jugarse la vida y la nuestra.

El aludido apretó los puños y juró que más tarde le haría pagar a ese bribón su atrevimiento.

—Entiendo —aseguró el comandante algo más calmado.

Los dos hermanos Chevalier agradecieron su comprensión con una inclinación respetuosa de cabeza, pero Gerard esbozó de nuevo una sonrisa desafiante. Esta vez, Gabriel se la borró con un puñetazo. El joven cayó al suelo y sus iris, dorados, cambiaron a un intenso color amarillo. Las manos se convirtieron en dos afiladas garras y en su espalda aparecieron dos enormes alas blancas.

—¡Basta! —exclamó Lucien, y hubiera abierto la cabeza de su hermano si con ello le metiera un poco de cordura.

—No es una buena idea —le aconsejó el comandante conteniendo las ganas de darle una paliza a ese engreído.

Sus hermanos lo sujetaron de los brazos a la misma vez que el arcángel hacía un gesto con la mano para que se marcharan. Cuando estuvo solo, el viejo soldado recibió la visita del arcángel Rafael.

—Cometes un error.

Su amigo se quitó el cinto que sujetaba la espada y lo lanzó sobre una pequeña mesa que había resistido la furia de Gabriel.

—Sé que son buenos soldados y no podemos prescindir de ellos, pero te juro que desearía cortarle las alas a ese cretino de Gerard.

—Eso es mentira —contestó Rafael, lo conocía bien para que lo engañara con aquellas palabras.

—Tienes razón —terminó por confesar—. Me recuerdan demasiado a mí cuando...

—... cuando todavía eras un simple ángel.

—Sí —claudicó—. Yo aprendí la lección —dijo cabizbajo—. Debes ser obediente y disciplinado, debes saber cuál es tu lugar.

—Creo que aún no lo has hecho.

Rafael se sirvió una copa de ambrosía digna de un dios pagano y le ofreció otra a Gabriel. Ambos habían luchado en batallas sangrientas, establecido el orden del bien y del mal, pero hubieran vendido su alma para tener la oportunidad de volver a ser hombres. Sus pensamientos eran una blasfemia, un pecado contra Dios, aun así comprendía a esos tres muchachos. Gabriel, pese a sus palabras de condena, también.

LA TORMENTA

Cada instante de la vida es un paso hacia la muerte.

Pierre Corneille

Sara dejó una rosa blanca sobre la tumba de su madre. Después, se encaminó hasta un antiguo mausoleo situado en la parte vieja del cementerio, donde habían construido un suntuoso sepulcro. Ninguna otra tumba ensombrecía la grandeza y terrible soledad de esa sepultura. Sobre un macizo de mármol, con forma cuadrada, se alzaba la figura de un ángel. La serena tristeza de la escultura transmitía una conmovedora viveza que a ella la reconfortaba. Rozó con la punta de los dedos la fría piedra y miró los ojos marmóreos con emoción. Giró alrededor y admiró la perfección de los músculos y el contorno del rostro. Desde hacía varios meses soñaba con ese ángel de una manera tan tórrida que la avergonzaba. Su presencia despertaba en ella una mezcla de emociones incomprensibles, pero sobre todo, tenía miedo. Miedo al creer que un trozo de mármol se convertía en un ser humano.

Apenas recordaba el día del entierro de su madre, salvo el dolor, la confesión de Hugo y su sueño. Jamás había vuelto a repetirse con la misma intensidad. Aquella noche, la despertó el olor a flores marchitas y los recuerdos se agolparon en su mente con desgarradora nitidez. Entonces, con pereza, entreabrió los ojos. Las pastillas que Francesc, el médico de la familia, le había obligado a tomar para calmar la ansiedad la adormilaban. Supuso que debía ser una cantidad suficiente para imaginar la figura de un hombre a los pies de su cama. Un hombre tan semejante al ángel del cementerio que cabían dos posibilidades: la locura o la ensoñación. Y prefería decantarse por lo segundo. Su aparición tenía el pelo oscuro y le caía en desorden a un lado de la cara; pequeñas gotas de agua resbalaban por su torso

desnudo hasta perderse en la cintura del pantalón vaquero. No llevaba zapatos, pero Sara no vio huellas mojadas en el suelo de la habitación. Poseía unos ojos grises que la miraban con una intensidad acuciante. Alargó la mano para tocarlo, rozó con cuidado y curiosidad la piel desnuda de sus hombros. Sintió un hormigueo en la punta de los dedos y descendió con suavidad hacia el tatuaje de su brazo, con forma de serpiente; el dibujo pareció removerse al tocarlo. El tacto frío de su piel la hizo tiritar y, aunque no era real, la miraba con toda la comprensión que nadie más le había demostrado en esos dos días. A pesar de que hacía un par de horas del entierro de su madre, igual que un viejo marinero necesitaba una botella de ron para acallar los recuerdos, Sara necesitaba que la estrechara entre sus brazos para consolarla en un momento tan doloroso.

—Abrázame —le pidió sollozando.

Los ojos de él reflejaron sorpresa por su petición, sin embargo, al apreciar la súplica en su mirada, obedeció.

Sara estaba convencida de que decir esas palabras en voz alta la acercaban más a la locura, pero le daba igual. Su cuerpo aceptaba como reales el latido del corazón del ángel; su piel fría como una gélida noche de invierno; el olor de la tierra húmeda a un bosque tras un día de lluvia y aceptó la fuerza de aquel abrazo que tanto ansiaba para no sucumbir al dolor. Acercó el rostro al de él en una invitación clara para que la besara. Su aparición emitió unas palabras que ella no entendió y que le sonaron ásperas. Parecía enfadado, pero la ciñó aún más en su abrazo y se apoderó de su boca con furia, con una urgencia implacable, casi como un castigo. Sara prefería sentir aquella rabia a no sentir nada. Así que dejó que la acariciara con una urgente brusquedad. Incluso se hubiera entregado en cuerpo y alma, pero él la apartó de su lado sin mucha delicadeza. Ella observó cómo el hombre al que había besado cambiaba en un ser mucho más terrible. Sus pupilas dejaron de ser grises para exhibir un color plateado y dos enormes alas negras surgieron tras su espalda. Pese a su aspecto, ella no le temía. Alargó la mano y acarició con suavidad las alas. Era como tocar el más fino terciopelo. El ángel intentó disimular un

estremecimiento, pero su rostro evidenció el placer que sus caricias le proporcionaban. No supo ni cómo ni cuándo sucedió, pero desapareció de su lado. En ese instante, sintió el abandono más absoluto y una envolvente desesperación. Desde ese día, visitaba el cementerio y dibujaba al enigmático ángel de mármol negro que tanto le recordaba al hombre de sus sueños. Después, sin mirar atrás, regresaba al infierno en el que vivía.

Sara salió al mirador de la habitación de su madre. El ruido de las olas al chocar contra las rocas era ensordecedor, hasta el punto de desquiciar a cualquier visitante que contemplara por primera vez el acantilado. A veces, había estado tentada a marcharse; ahora, ese sonido violento calmaba de alguna forma el dolor instalado en el interior de su pecho. La tormenta la rodeó con toda su implacable intensidad. El viento le agitó con insistencia los rojos mechones del cabello y la lluvia le mojó la camiseta. Cerró los ojos y se agarró con fuerza a la barandilla o el aire la lanzaría al vacío. El ímpetu de la tormenta la obligó a abrirlos y se maravilló ante el despliegue aniquilador y destructivo de la naturaleza. Las olas se adentraban una y otra vez sin ninguna piedad en los salientes rocosos como si pretendieran arrastrarlos con ellas hasta lo más profundo del océano. Entonces, abrió los brazos en crucifixión e imaginó unirse a ellas. El viento atizó con violencia el ventanal de madera. El sonido atrajo su atención cuando la vidriera se estrelló contra la pared. Sara bajó los brazos sin importarle los pequeños cortes que los cristales, al esparcirse, le habían causado.

—¡Estás loca! ¡Maldita cría! —gritó una mujer desde la puerta de la entrada del cuarto. Lidia la miró enfurecida antes de dirigirse al mirador, agarrarla por los hombros y entrarla a la fuerza en la habitación.

Su madrastra vestía un elegante diseño en color lila, demasiado corto y lo bastante caro para costear los gastos de varias familias durante un mes. La

poca tela de la falda dejaba a la vista unas piernas largas y esbeltas de las que siempre alardeaba. En esta ocasión, sostenía el pelo oscuro en un recogido en la nuca. El peluquero había colocado varios mechones con un estudiado desorden para imitar a las actrices que Lidia tanto admiraba. Se había pintado los labios de color rosa carmesí, acentuando aún más todo ese llamativo conjunto; un alarde patético para disimular que tenía treinta y siete años. Ni siquiera la acometida frenética del aire le arrebató un mechón del perfecto peinado. Sujetó una de las hojas del ventanal con ambas manos. La puerta se resistía con todo su furor a doblarse y el viento le ayudaba con firmeza. Tras varios empujones, lo consiguió.

—¡Será la última vez! —De nuevo, la agarró de los hombros y la zarandéo con saña—. ¡Estoy harta de tus disparates! ¿Me has oído?

Sara odiaba a esa mujer. Había trabajado de camarera en uno de los restaurantes a los que su padre acudía con asiduidad tras la muerte de su madre. Le fue fácil ganarse la confianza de un viudo solitario con sonrisas de carmín. El leve roce de unos dedos, al servirle el café, bastó para adueñarse de su gratitud. Sin apenas dificultad, consiguió que su padre sintiera ganas de rehacer su vida. Desde el primer día, Lidia no disimuló su antipatía hacia ella. A Sara también le resultaba insoportable ver a esa mujer ocupar el lugar de su madre. Durante semanas, la ira y el dolor le provocaron sentimientos contradictorios. Deseaba que su padre fuera feliz, pero presenciar cómo esa mujer se instalaba en su casa le causaba una cólera incapaz de controlar.

—¿Por qué entras en la habitación de mi madre? —preguntó Sara con rabia, y la voz de la joven sobresalió por encima del sonido de la tormenta.

—Para impedir que cometas una insensatez.

Lidia se quitó las arrugas de la falda con dos manotazos. Esa niña la enfadaba más cada día.

—Mejor dirás que mi padre no se muera de un infarto. El dolor por mi muerte acabaría con tus aspiraciones de gran señora. Te recuerdo que firmaste ante notario un contrato prematrimonial en el que renunciabas a sus bienes. No imaginé que tuvieras esa faceta tan digna de alabanza —dijo Sara

con sorna.

Lidia enrojeció a causa del rencor y un par de arrugas se le dibujaron en el entrecejo. Haber firmado aquel acuerdo había sido una auténtica estupidez. Pronto lograría que Arturo cambiara de parecer y esa jovencita no lo impediría, aunque se lo propusiera.

—¡Niña estúpida! ¡Por mí puedes lanzarte a ese acantilado!

Lidia agarró el pomo de la puerta de la habitación. En la mano relucían un extraordinario diamante y una delgada alianza.

—Nunca serás como ella —dijo con una nota de orgullo en la voz, al recordarla.

—¿Crees que era perfecta? —insinuó su madrastra con desprecio. Señaló el retrato de su madre y abrió la boca de nuevo para hablar.

—¡Cállate de una vez! —la interrumpió la joven. Sus ojos verdes brillaron con agresividad. Jamás permitiría que esa vulgar mujerzuela la insultara. Todos en el pueblo sabían que Lidia no hacía nada sin motivación económica —. Si dices una palabra más sobre ella, lo lamentarás —le advirtió con un enojo ciego que oscureció sus ojos.

—Tus amenazas no me dan miedo.

Lidia emitió una risa aterradora antes de cerrar la puerta y marcharse. Sara permaneció inmóvil en el centro de la habitación. Entonces, escuchó cómo la tormenta se alejaba. Miró a través del ventanal roto y deseó hacer lo mismo.

LÁGRIMAS

Toda lágrima enseña a los mortales una verdad.

Ugo Foscolo

Un año antes, Sara salía con sus amigos; iba de compras a los centros comerciales de Muros y le gustaba un compañero de clase. El chico atraía el interés de las alumnas gracias a ese aire misterioso que lo envolvía, pero si alguna intentaba un acercamiento, la alejaba con un gesto severo y falta de conversación. Sara tampoco era la chica más popular del instituto. Tenía el pelo rojo, demasiadas pecas y era incapaz de seguir ninguna moda. Todo ese conjunto de cualidades no la hacía una de las jóvenes más admiradas de Pravia. Esa mañana, María, la secretaria del instituto, interrumpió la clase del profesor de matemáticas. Sin mirar a nadie en particular se dirigió a la mesa del maestro y le susurró unas palabras al oído a Raíz Cuadrada, como lo llamaba todo el mundo.

—Alzaga, recoge tus cosas y acompáñame —dijo el profesor. Raíz Cuadrada se puso en pie y, añadió—: Abrid el libro por la página doce y haced los ejercicios. María permanecerá aquí hasta que regrese.

Durante el corto trayecto hasta el despacho del director el profesor no pronunció una palabra.

—Siéntate, por favor —le pidió, cuando entraron. El hombre estaba tan inquieto que se mordisqueó las uñas.

—¿Mi madre ha hablado con usted? No voy bien en mates. Este verano mejoraré si le dedico más tiempo. Le prometo...

—No tiene nada que ver con tus notas —la interrumpió.

—¿Entonces?

—Prefiero que te lo cuente tu padre —dijo sin ser capaz de fijar la vista en ella e incómodo por la situación.

—¿Qué sucede? Me está asustando.

Turbado por la súplica que había visto en los ojos de la alumna, se frotó las manos y alzó los hombros. El pobre hombre no podía contarle que su madre había muerto ni que su vida a partir de ese día cambiaría por completo.

El día del funeral, Sara estaba cansada de aceptar abrazos y besos de gente que apenas conocía. Varias amigas de su madre habían traído comida y café. Su padre agradecía todos aquellos gestos, pero Sara hubiera preferido estar sola con su dolor. Lamerse las heridas como un gato, a ser posible, en un lugar alejado de todas esas miradas compasivas. Entre los asistentes, distinguió a Hugo. El chico la observaba desde un rincón del salón y se aproximó a él.

—Gracias por venir. ¿Conocías a mi madre? —le dijo. Él negó con la cabeza y le preguntó—: Si no la conocías ¿por qué has venido?

—Porque soy tu amigo.

Hugo esbozó una tímida sonrisa. Sara alzó la cabeza para verlo mejor. Pese a tener la misma edad era mucho más alto y tan delgado como ella.

—Creía que tú no tenías amigos —dijo sin consideración.

—La cuestión es otra —respondió sin atreverse a mirarla.

—¿Cuál es la cuestión? —preguntó Sara de malos modos, a punto de perder la paciencia.

Ese día no quería entablar una pelea dialéctica con su compañero de clase. Hugo ignoró su manera de contestar y metió las manos en los bolsillos de los vaqueros, pero respondió con otra pregunta.

—¿Crees que tú los has tenido alguna vez?

Sara bajó la cabeza, molesta, porque él tenía razón. A excepción de María y Alberto, nadie más había asistido al velatorio.

—Algunos —reconoció a su pesar.

—Pronto me marcharé de Pravia —le anunció, y el joven sacó las manos de los bolsillos—. Tú deberías hacer lo mismo.

—Este pueblo es lo único que conozco. Aquí está mi padre y todo lo que queda de ella —confesó Sara con tristeza.

—Tu madre no volverá.

Hugo dejó de apoyarse en la pared y desvió la atención a sus desgastadas zapatillas deportivas.

—¡Ya lo sé! —exclamó enfadada—. ¿Acaso soy una niña pequeña para pensar que la muerte me devolverá a mi madre?

—No, no lo eres —se apresuró a decir.

El chico clavó otra vez los ojos en ella con admiración; le gustaría besarla. Si fuera más valiente ya lo hubiera hecho, pero delante de Sara se portaba como un cobarde.

—¿En qué piensas? —preguntó Sara al ver cómo su rostro había cambiado.

—Quizá no vuelva a verte. El martes cogeré un autobús y me largaré de aquí.

—¿En serio piensas marcharte?

Hugo asintió y Sara se asombró de la valentía o la estupidez que iba a cometer. Él acercó la mano a su mejilla y la acarició con suavidad.

—Tan solo echaré de menos una cosa —al oído le susurró—: A ti.

Sara retrocedió un paso, asombrada por la confesión. Nunca había mostrado interés por ella y el día del funeral de su madre se le declaraba. Dudaba si debía enfadarse o agradecer dicha revelación.

El muchacho reflejó en su mirada la intención de contarle la razón de su comportamiento, pero terminó por guardar silencio. Sara advirtió que se lamentaba de haberle contado lo que sentía, pero lo que dijo a continuación le causó más incertidumbre que su arrepentimiento.

—No volveré, no puedo volver —recitó como un mantra—. Quería que

supieras lo mucho que me importas.

Sara habría querido averiguar los motivos que le obligaban a tomar esa decisión, pero su padre la sujetó del brazo para conducirla hasta la puerta. Esa fue la oportunidad que aprovechó Hugo para escabullirse entre la gente que avanzaba hacia la salida y no despedirse de ella. Durante unos minutos, las miradas de ambos se cruzaron en una clara despedida. Después, Sara soportó cada beso, abrazo y palabras de consuelo sin derramar una lágrima.

Varios días más tarde, su padre por fin abandonó el dormitorio donde se había encerrado tras el entierro. Había envejecido, tenía unas profundas ojeras y estaba más delgado. Sara, al verlo servirse una taza de café, se alegró del esfuerzo que hacía para regresar a la normalidad. Su padre se mesó el cabello antes de mirarla y contarle qué le preocupaba.

—Algunas amigas de tu madre me han llamado esta mañana. Se han ofrecido a recoger sus cosas —vaciló un instante antes de continuar—: Dicen que podríamos dar a Cáritas su ropa. —Avergonzado ante la idea de desprenderse tan pronto de las pertenencias de su esposa, añadió—: Si estás de acuerdo.

Sara se mordió la lengua para no soltar un par de palabrotas. Nada de lo que había pertenecido a su madre lo tocarían esas estiradas sin sentimientos. Apenas había pasado una semana del entierro y aquellas supuestas amigas no iban a decidir cuándo ni cómo guardaría las cosas de su madre. No conocía a ninguna de ellas y si hubieran tenido una verdadera amistad, lo sabría.

—¡Ni hablar! Nadie tocará las cosas de mamá.

Volcó la taza del desayuno en el fregadero con más fuerza de la necesaria. El líquido se extendió y, al igual que una mancha de petróleo, contaminó todo lo que encontró a su paso.

—Por favor, quieren ayudar —aseguró su padre en un intento de apaciguar

su enfado.

—Papá, déjame hacerlo a mí —dijo, y disimuló su dolor. Sara limpió el fregadero para evitar que viera cuánto le afectaba.

—No será fácil.

Él la rodeó con los brazos y ambos permanecieron en silencio, abrazados durante un buen rato.

—Lo sé —contestó al fin—. Pero debo ser quien lo haga.

—¿Estás segura? —insistió, indeciso.

Ella asintió con la cabeza y agradeció que su padre no sospechara la angustia que le aprisionaba el pecho.

Al día siguiente, tomó la resolución de recoger las cosas de su madre. El decidir qué guardar le causaba una mezcla dolorosa de recuerdos y sentimientos. No se había despedido de ella, ni siquiera la había visto esa mañana antes de ir al instituto. Se sentía culpable por no haber sido mejor hija, por no decirle cuánto la quería, por no pensar que en la vida, nada es para siempre. Envolvió con cuidado, entre numerosos pliegues de seda, los *kimonos* de su madre. Su tía había vivido en Japón y al regresar le había regalado varios por su cumpleaños. Lo único que los hacía diferentes a los auténticos *Kimonos* tradicionales era que no utilizaban el *Obi* para anudarlos a la cintura, sino un lazo amplio del mismo género. El tacto de la seda, el olor a pétalos de flores, los bordados de la tela, todo le recordaba a ella. Apretó una de las cajas contra el pecho y lloró hasta quedarse sin lágrimas.

Dos semanas más tarde, regresaba al instituto. Hugo había cumplido su palabra; sin duda se había marchado del pueblo. Para Sara, las horas del día pasaban con lentitud asfixiante y morían cada noche con desesperación. Poco después, Lidia apareció y, de nuevo, todo cambió en su vida.

Sara se había acostumbrado a dar largos paseos hasta los acantilados.

Todavía faltaba un mes para empezar las clases, también para cumplir dieciocho años. Había barajado la posibilidad de pedirle a su tía Alexandra que le permitiera instalarse en su casa. Esa mañana, su padre la esperaba en la cocina. La presencia de Lidia la incomodó. La mayoría de las ocasiones no se levantaba hasta el mediodía.

—Tenemos que hablar.

El semblante de su padre estaba serio cuando dejó el periódico sobre la mesa. Sara se acercó a la cafetera y vertió un poco de café en una de las tazas. De reojo, observó la sonrisa victoriosa de su madrastra. Entonces, su padre comenzó el discurso que la condenaría al destierro.

—Eres lo más importante en mi vida. —Con un gesto de la mano le pidió que se sentara—. Ha llegado el momento de pensar en tu educación. —Arturo desvió la mirada hacia Lidia. Ella lo alentó con un movimiento de cabeza para que continuara hablando—: Pensamos enviarte a un internado. Eso será lo mejor para tu futuro. Ni tus faltas de asistencia ni tus malas notas serán un problema. Entienden por lo que has pasado este último año y me han asegurado que tendrás un grupo de profesores de apoyo.

—¿Pensamos? —exclamó alterada, y golpeó la mesa—. ¿Lidia y tú? ¿O solo Lidia?

—No es cosa de Lidia —contestó su padre con acritud.

—¡Papá! ¡Quiero estudiar aquí! —protestó al ver que no conseguiría nada si se enfrentaba a su madrastra.

—Hija —pronunció en un tono conciliador—, el instituto al que vas no es el mejor. —Su padre se levantó de la mesa.

—Ni tampoco el peor —alegó ella—. No quiero marcharme —insistió con obstinación.

—Está decidido. Asistirás a ese internado.

—¡Papá! ¡No puedes obligarme a ir, casi tengo dieciocho años! —gritó en un último intento de convencerle.

—¡Claro que puede y lo hará! —intervino Lidia furiosa—. ¡Eres una niña

desagradecida por no apreciar esta oportunidad! —Suavizó un poco la voz ante la mirada dura de Arturo—. Tu padre ha movido cielo y tierra para conseguir una plaza en ese internado.

Mientras se convertía en su portavoz, Sara contuvo las ganas de lanzarle a la cabeza el bote de café que había sobre la encimera.

—¡Cállate! —le gritó con los puños apretados—. ¡A nadie le interesa tu opinión!

—¡Basta! —exclamó Arturo, aburrido de presenciar uno más de los enfrentamientos entre las dos—. ¡No quiero una pelea!

Lidia guardó silencio ante la mirada ofuscada de su esposo y actuó con sumisión. Bajó la cabeza y lo ayudó a ponerse la chaqueta. Sara habría vomitado el desayuno si lo hubiera tomado ante la actuación de esa mujer. De todos modos, adivinó que había perdido aquella batalla.

—No vamos a discutir ni negociar. Tu educación era importante para tu madre. Ella soñaba que realizaras tus estudios en los mejores colegios. Ahora, puedo concederle ese deseo. —Posó las manos en sus hombros—. Lo único que siento es que nunca lo sabrá.

—¡Papá, por favor! —suplicó para no marcharse de Pravia.

Arturo dudó un instante al ver la imploración velada de su hija. Pero Lidia se colgó de su brazo y lo obligó a acompañarla. Antes de salir de la cocina lanzó a su hijastra una mirada burlona. En respuesta, Sara tan solo apretó los puños.

Eran mediados de septiembre y las hojas de color dorado y caldera de los árboles habían formado una alfombra a los pies de Sara. La joven no quería que su padre la acompañara por más tiempo y se despidió de él en el jardín que rodeaba un edificio anexo al colegio. Ambos permanecieron con gesto enojado hasta que una chica, con un traje de color azul marino, le comunicó

que debía marcharse. La encargada de recibirla ni siquiera había mostrado una sonrisa de bienvenida.

—Señor Alzaga, ya es la hora —anunció con una seriedad protocolaria y los acompañó hasta la puerta.

Su padre la abrazó con fuerza, pero Sara no correspondió a su abrazo. Tardaría mucho tiempo en perdonar que escogiera a Lidia antes que a ella. En realidad, se sentía abandonada.

—Adiós —dijo él, y se despidió con una mirada dolorida en los ojos—. Nos veremos pronto —prometió, pero ella había dejado de creer en su palabra.

Sara observó cómo se alejaba y dejó escapar un suspiro de resignación. En silencio, acompañó a la empleada hasta una antigua y enorme casa de tres plantas. El edificio principal había sido de ladrillo rojo, aunque el tiempo lo había descolorido. Sara contempló cómo la hiedra había avanzado por las paredes con una tremenda decisión de conquistar el edificio. Al lado, había una segunda vivienda que hacía las funciones de comedor del alumnado. Una escalinata conducía a la puerta de madera de la entrada principal. Sara pulsó el timbre con dedos temblorosos. Permaneció inmóvil y apretó el bolso contra el pecho, hasta que una voz metálica dijo:

—¿Su nombre?

—Me llamo Sara Alzaga —consiguió pronunciar con cierta claridad. Un nudo en el estómago le impedía casi articular palabra.

—Señorita Alzaga, preséntese en el despacho de la directora.

Tras unos segundos de espera, que le parecieron horas, escuchó el sonido chirriante de la puerta al abrirse. La empujó despacio y avanzó unos pasos; varios grupos de alumnos la observaron con curiosidad. Descubrió por las expresiones de sus rostros que esa institución no era solo un internado.

PLUMAS ROJAS

El amor es fuerte como la muerte.

Salomón

Tres años más tarde, la estación aún mantenía el mismo aire victoriano que Sara recordaba. Pravía había sido un pueblo minero. El ferrocarril probaba que, durante un tiempo, también fue un pueblo próspero. Lo único que evocaba ahora aquel viejo esplendor eran las casas coloniales construidas por los dueños de las minas, la mayoría ciudadanos ingleses. Algunas, todavía estaban habitadas por gente recelosa con su intimidad. En el invierno, las tormentas aparecían sobre los acantilados con más violencia, a veces, el mar y el cielo batallaban en una cruenta guerra. Entonces, dos trenes recorrían esas vías, uno por la mañana y otro por la tarde, con destino a la ciudad de Muros.

Sara se subió el cuello del abrigo y respiró hondo. Hacía tres días que habían terminado las clases y comenzado las vacaciones de Navidad. Desde el primer momento que ingresó en ese falso internado, procuró pasar cualquier festividad alejada de Lidia. En esta ocasión, había viajado a Londres, pero la muerte inesperada de su padre la obligó a regresar. Por segunda vez, la había abandonado, pensó enfadada. Se trataba de un pensamiento irracional, pero la rabia y la tristeza no entendían de racionalidad.

En la estación, todavía funcionaba el enorme reloj de bronce; las agujas de metal marcaban las ocho en punto. Disponía de un par de horas antes del entierro. No le apetecía compartir su pérdida con caras extrañas y con otras conocidas a las que detestaba. Se colgó al hombro el bolso de viaje en el que había metido un *kimono*, varios útiles de dibujo y una muda de ropa interior.

Al día siguiente, volvería al internado.

Anduvo despacio por el antiguo camino arbolado que conducía al cementerio, cuyos centenarios cipreses parecían soldados en formación. Una ligera capa de hielo cubría el suelo. Los árboles exhibían pequeños carámbanos que goteaban y se derretían con lentitud. En uno de ellos se posaban dos cuervos y se detuvo para contemplarlos. Los animales la vigilaban, desconfiados y silenciosos, con unos vivos y enigmáticos ojos amarillos. Sin comprender los motivos, salvo las ganas de ahuyentarlos, alzó los brazos. No advirtió la presencia de alguien más en el camino hasta que se giró. Un hombre la observaba. Al principio, Sara dudó si se trataba de su antiguo compañero de clase. Era más alto de lo que recordaba y también más fuerte. Aunque advirtió en él el mismo gesto, serio e intimidatorio, de antaño. Por su parte, Hugo hubiera reconocido aquel pelo rojo en cualquier lugar. La chica del abrigo negro era Sara. Admiró su resplandeciente cabellera y, durante un instante, la imaginó como un hermoso fénix con plumas de fuego.

—Sara —dijo con su antigua timidez, y se quitó el gorro de lana gris que le cubría la cabeza—. Siento la muerte de tu padre.

—Gracias —contestó sin saber qué decirle después de tanto tiempo.

Sara se sentía ridícula ante el espectáculo que había protagonizado y Hugo presenció. Él no hizo ningún comentario y ella tampoco.

—Fue todo muy rápido.

—Sí, un infarto —respondió Sara, y encogió los hombros.

—¿Puedo acompañarte? —Ante el silencio de su amiga, Hugo se apresuró a decir—: Perdona, he sido un bruto. ¿Prefieres estar sola? Lo entiendo.

—¡No! —exclamó ella, y con rapidez admitió—: No quiero estar sola.

En ese momento, recordó a su compañero de la infancia que en nada se semejaba al hombre que tenía delante de ella. Durante todo el camino ninguno de los dos pronunció una palabra. Sara, en su interior, se lo agradeció. De todas las cosas que no deseaba hacer, mantener una conversación era una de ellas. Cuando llegaron al cementerio, reconoció a casi todos los presentes. La entristecía que su tía Alexandra no hubiera

acudido. Se encontraba en un país de Oriente Medio, inmersa en su trabajo como integrante de una ONG. En cambio, deseó que Lidia desapareciera del planeta. No se habían visto desde hacía tres años, sin embargo, aún mantenía esa juventud postiza y sensual que había conquistado a su padre. Esta vez, se había puesto un vestido de alguna modista francesa de nombre impronunciable y un exagerado sombrero negro le ocultaba el rostro.

Un viento glacial se paseaba entre los asistentes al funeral congelando los sentimientos de Sara. Se sentía incapaz de llorar y esa falta de lágrimas le causaba remordimientos. Lamentaba no haberse despedido de su padre. Sin embargo, no podía perdonarle que permitiera a Lidia interponerse entre los dos. Optó por que el protagonismo lo ocupara esa actriz de hojalata que los había separado y se mantuvo alejada de ella.

El sacerdote comenzó la ceremonia, mientras el frío aumentaba y el viento amenazaba con hacer volar el sombrero de la viuda. Frente a Sara, un hombre no dejaba de examinarla. Su comportamiento la incomodó lo suficiente para resoplar un par de veces. Poseía unos ojos dorados, tan hipnóticos que no pudo mantener su mirada durante mucho tiempo. Dudaba que hubiera cumplido los treinta años. Tenía el pelo castaño y corto. Reconoció a su pesar que era atractivo. Se preguntó quién sería y de qué conocería a su padre, aunque Lidia se aferraba a él como si fueran dos viejos amigos. Después, dirigió su atención a los demás asistentes. Hugo parecía tan solo interesado en el acompañante de Lidia, se preguntó por qué. En cambio, Andrés, el profesor de matemáticas y compañero de partidas de ajedrez de su padre, seguía siendo un despistado. Ese día se había puesto un calcetín azul y otro negro. Luego fijó la vista en la señora Montse, quien realizaba las tareas domésticas desde que podía recordar. Muchas veces, soñó con sus pasteles de chocolate en el internado. Francesc, su médico, y por último, un hombre calvo al que jamás había visto.

—¿Alguien desea pronunciar unas palabras de despedida? —preguntó el sacerdote y miró a Lidia.

Ella agachó la cabeza y rechazó la invitación con una mano. Entonces,

Sara reparó en que el acompañante de Lidia exhibía una sonrisa tan cínica que terminó por enfurecerla. Por su parte, Lidia actuaba como la afligida y dolorida viuda, incapaz de pronunciar una palabra coherente. Tanto una como otra sabían que era una imagen tan falsa como un espejismo en el desierto. La rabia impulsó a Sara a dar un paso hacia adelante; alzó la voz para que todos la escucharan.

—Ya estás junto a mamá —pronunció con un nudo en la garganta—. Sé que siempre la amaste. —Al ver que su madrastra guardaba silencio, añadió —: Ya nada os separa.

La cara de la viuda se enrojeció por la ira, pero su acompañante le apretó la mano para evitar un momento desagradable. El sacerdote hizo un gesto a Manuel, el sepulturero, quien lanzó una pala de arena, y luego otra, hasta que el ataúd se ocultó bajo varias capas de tierra. Cuando los enterradores habían terminado, la lluvia hizo su aparición. Lidia y su amigo se apresuraron a resguardarse en el coche. El hombre calvo, tras un instante de indecisión, realizó una retirada silenciosa. Francesc se acercó para darle un abrazo y, acostumbrado a imprevistos, abrió una pequeña bolsa de plástico de la que extrajo un chubasquero amarillo. Andrés y la señora Montse la besaron antes de marcharse con sus paraguas de color negro.

—¿Quieres que te acompañe a algún sitio? —preguntó Hugo, con las manos metidas en los bolsillos del anorak.

—Gracias, pero quiero quedarme un rato —contestó Sara.

Abrió la boca, dispuesto a decir algo más, sin embargo, su rostro evidenció su arrepentimiento y se dio la vuelta sin pronunciar una palabra.

Sara esperó a que Manuel colocara la lápida. Era sencilla, apenas un trozo de granito gris con las letras doradas. Acarició esas letras y susurró: Hasta luego. No visitaría la tumba de su madre, situada en la zona del cementerio que tenía vistas al mar. No era el lugar que le correspondía, pero su padre había pagado una gran suma de dinero para adquirir aquella tumba. En prueba de su amor, le consiguió la mejor panorámica eterna. Recordarlo hizo que sintiera menos resquemor por la manera de tratarla esos últimos años. No

se sentía con fuerzas para enfrentarse a su madre también. Anduvo por el cementerio, en busca de alguna tumba que añadir a su colección. Caminó despacio, a la vez que admiraba las diferentes cruces, lápidas y sepulturas sin encontrar ninguna que mereciera la pena. Sin pretenderlo, llegó hasta el mausoleo que cuatro años antes había dibujado en muchas ocasiones, con una obsesión enfermiza. Hacía mucho tiempo que las letras grabadas en el mármol habían desaparecido de la lápida. Aún la custodiaba *su ángel*. La figura había sido esculpida en mármol negro, se encontraba arrodillada y con las alas extendidas. Apoyaba la barbilla en el pecho y los brazos le caían a los costados en una actitud derrotada. Sacó del bolso de viaje los útiles de dibujo y un cuaderno. Se sentó en uno de los mausoleos de enfrente, una pequeña construcción con tejado, el cual la protegería de la lluvia, y empezó a realizar el esbozo. Al acabar, se acercó a la lápida como tantas veces había hecho, limpió las letras del epitafio que todavía se distinguían y leyó: Su penitencia pagará en piedra.

Mientras tanto, Hugo la esperaba junto a la verja oxidada del cementerio y pensó que el nuevo camposanto, a diferencia del existente, no contaría con vistas al mar. Creía que los muros de piedra, las verjas enrevesadas con extraños dibujos geométricos, la gran puerta de entrada terminada en flechas y los antiguos mausoleos, junto con las vistas a un mar en el que numerosos marineros habían perdido la vida, no podrían ser sustituidos por un moderno, geométrico y ordenado camposanto. Quien pensara aquello no había sentido la paz que se respiraba en ese lugar. Levantó la cabeza y comprobó que la gran tormenta había quedado en un simple aguacero. Se subió el cuello del anorak al notar cómo se formaba una suave neblina a su alrededor. Pateó el suelo para alejar el frío cuando la vio regresar. Le alarmó la palidez de su rostro, que destacaba aún más al enmarcarlo el rojo intenso de su cabello. La joven atravesó la puerta del cementerio sin advertir su presencia.

—¡Sara! —gritó, y ella desoyó la llamada. Hugo se acercó y la tomó del codo—. ¿Estás bien? —preguntó, preocupado por su indiferencia. Su amiga no contestó y continuó andando—. ¿Estás bien? —insistió de nuevo.

—Ahora estoy sola —terminó por decir con lágrimas en los ojos.

—Eso no es verdad. Yo estoy aquí.

No podía ser tan ingenua para no ver en sus ojos el antiguo amor adolescente que le profesaba. La angustia de Sara la impulsó a abrazar, con desesperación, al único amigo que tenía. Los brazos de Hugo eran un refugio cálido que la tranquilizó lo bastante para expulsar el dolor a través del llanto. Después de unos minutos, se separó de él y se limpió las lágrimas con la manga del abrigo.

—Necesito tomar una copa —dijo con furia.

Se alejó de Hugo y caminó hacia el pueblo ignorando a su antiguo compañero de instituto. Él miró de nuevo al cielo, esta vez, se avecinaba una buena tormenta. La lluvia de esa mañana había sido una advertencia. Pronto, la capa de hielo que el sol hacía brillar se desharía con rapidez.

El bar era una especie de *pub* irlandés con decoración de santuario marinero que le concedía un toque desconcertante. Sara no reparó en ese alarde extraño de diferentes atmósferas que resultaba oscuro y sin gracia. El local armonizaba la ambientación con unos taburetes de madera y unas barricas del siglo pasado que hacían de mesas. Sara se dirigió a la barra y pidió dos cervezas. El camarero también le dio el pésame, ella asintió con tristeza y se encaminó a la mesa donde Hugo la esperaba. A esa hora, eran pocos los clientes que frecuentaban el establecimiento.

—Has cambiado —dijo él—. Y no solo tu aspecto.

Sara lo examinó con una nota de irritación que Hugo ignoró. No tenía ni la menor idea de lo que había soportado durante esos tres años. El internado se parecía más a una cárcel que a un colegio. La soledad la había llevado a cometer muchas estupideces que prefería olvidar. Sus ojos se desviaron a sus muñecas para asegurarse de que la ropa las tapaba.

—El tiempo cambia a la gente —respondió, y le entregó la cerveza. Sara observó la suya sin beber—. ¿Qué haces aquí?

—Es evidente. Ayudar a una antigua amiga a pasar un mal trago.

Hugo había comprendido la pregunta, pero no podía saciar su curiosidad.

—Vamos, no me refería a eso —Sara alzó el labio en un movimiento que denotaba hastío antes de continuar—, si no a qué haces en el pueblo. ¿No te habías largado para siempre?

—Lo hice. Me marché, por un tiempo, pero regresé. —Hugo se removió incómodo en la silla.

—¿Por qué? —preguntó intrigada.

El día del entierro de su madre no fue capaz de confesarle los motivos de su marcha y cuatro años más tarde tampoco le contaría por qué había regresado.

—Son demasiadas preguntas para mí por una tarde —contestó, y con una seña llamó al camarero.

Sara comprendió que ambos actuaban de igual forma cuando se trataba de preservar su intimidad. A ella tampoco le gustaba contar nada sobre su vida, menos aún, cuando se trataba de lo acontecido los tres últimos años. Asintió con una respiración fuerte y, durante un segundo, recordó cómo se había sentido atraída por él en sus años adolescentes. Pero ahora eran dos extraños.

—¿Te quedarás muchos días?

—No, mañana me marcho.

—¿Cuándo empiezan las clases?

—Comenzarán dentro de dos semanas, hasta entonces... —dijo, y bebió de la cerveza con la misma ansiedad que un alcohólico—. El abogado de mi padre me ha llamado varias veces, dice que tenemos asuntos de los que hablar. Aunque a lo mejor es posible resolverlos por teléfono. —Se pasó la mano por el pelo y eso demostró a Hugo que estaba alterada y confusa—. Aún no sé qué voy a hacer.

—¿Dónde pasarás esta noche? ¿En tu antigua casa?

—¡Jamás!

—Esa también es tu casa —dijo él, mientras le cogía la mano que había apoyado en la mesa.

—Hace mucho que ya nada es mío.

No pudo evitar entristecerse al recordar los días pasados, cuando tenía una familia y un verdadero hogar.

—¿Has pensado en recuperarlo? —preguntó Hugo, y esas palabras la devolvieron a la realidad.

Nunca se había planteado aquella idea, pero saldar cuentas con Lidia, después de todo, no sería tan mal plan. Ambos acabaron con las cervezas y Hugo se dirigió a la barra para pedir otras. Sara se sobresaltó al ver al hombre calvo del cementerio acercarse a ella. Llevaba un gorro de pescador y un chubasquero, sus botas habían dejado unas huellas mojadas en el suelo del *pub*. No se presentó, solo alargó la mano. Sara observó que en ella apretaba un papel. Lo capturó en el momento que Hugo regresaba con las bebidas.

—¿Te está molestando este tipo? —preguntó, y en su voz se denotaba una rabia contenida.

Su actitud bélica contrastaba con la posición cobarde del hombre, que ante la mirada desafiante y gélida del joven, se retiró unos pasos de la mesa.

—No, claro que no.

Hugo la ignoró y se enfrentó a él.

—¡Aléjese! ¡Si se acerca a ella, se arrepentirá!

Sara no comprendía el motivo por el que Hugo se comportaba de aquella manera. Ese tipo no la había lastimado, ni siquiera le había dirigido la palabra.

—¿Quién te crees que eres? —Le agarró del brazo y lo obligó a mirarla.

Sara había lidiado con gente como Hugo en el internado. Sobrevivir a ese colegio no fue una tarea fácil y casi había perecido en el intento. Su permanencia en aquel lugar la hizo mucho más fuerte y ya no era una damisela que Hugo tuviera que rescatar. Así que le recriminó su conducta.

Momento que empleó el extraño para marcharse.

—Yo... pensé que él te estaba molestando y quise defenderte —se justificó sin que su excusa la convenciera.

—No tienes que hacerlo—. Empezó a recoger sus cosas pero, esta vez, fue Hugo quien la observaba sorprendido—. Si he aprendido una cosa en ese horrible internado es a protegerme.

—Muy bien, como quieras. —Él frunció el ceño. Sara advirtió que le habían dolido sus palabras.

Hugo dejó las cervezas sobre la mesa, justo cuando la tormenta llegaba al pueblo. Se giró con brusquedad y salió del *pub*. Sara vio marchar al único amigo que todavía conservaba en aquel maldito lugar. Cuando lo vio atravesar la puerta, se arrepintió de haber discutido con él, aunque ya era tarde para lamentaciones. Se colgó el bolso de viaje y, durante un momento, olvidó quién había desencadenado esa escena hasta que notó el arrugado papel en la mano. En él aparecía escrito un nombre de mujer junto con una fecha. Lo guardó en el bolsillo del abrigo y abandonó el *pub*.

ÁNGEL NEGRO

Mandaré un ángel delante de ti, para que te defienda en el camino...

Éxodo

La luz de los faros la cegaron un instante cuando un coche se detuvo a su lado. El amante de Lidia abrió la puerta. Sara se preguntó qué hacía allí y por qué, pero en ese instante, la lluvia ya se había convertido en un fuerte aguacero. La puerta continuaba abierta, en una clara invitación para que entrara. A esas horas, no encontraría un taxi dispuesto a llevarla, al menos no antes de una hora. El cansancio venció a su prudencia y aceptó la invitación. Al sentarse, un charco de agua manchó el immaculado asiento de piel. Imaginó cómo se enfurecería su madrastra y ese pensamiento le arrancó una leve sonrisa. En esta ocasión, el amante de Lidia vestía un traje gris que se ajustaba a cada músculo del cuerpo y mostraba su bien formada anatomía. El olor que emanaba de él era tan sensual que aturdió todos sus sentidos. Durante unos segundos, dejó de estudiarlo para recrearse en el comfortable asiento y en la temperatura tan agradable del coche.

—Me pregunto quién eres tú... —dijo adormilada.

Él no contestó y puso el motor en marcha. Sara nunca se había sentido tan agotada. De pronto, reconoció su estupidez al entrar en el coche de un desconocido. El miedo removió sus entrañas, como varias serpientes hambrientas, cuando él acarició su rostro. Quiso impedirlo, pero su cuerpo no respondió a las órdenes que dictaba su cabeza. Se sentía como si sus músculos fueran de cartón piedra y sus huesos pura roca.

—No tengas miedo —le dijo—. Esta noche no voy a hacerte daño.

Sus palabras deberían haberla alarmado. Sin embargo, el temor a quedarse a solas con él se esfumó ante su necesidad de dormir. Entreabrió los ojos con dificultad y consiguió ver, justo antes de perder la consciencia, un fulgor

amarillo en los suyos.

Sara despertó en una cafetería con asientos rojos y una barra en la que se exhibían multitud de botellas de alcohol. La mayoría de ellas estaban cubiertas por una fina capa de polvo que atestiguaban que su edad era incierta. Una camarera se acercó a la mesa con una bandeja en la que llevaba una taza de café.

—Buenos días. ¿Qué quieres tomar? —Sara estaba tan confusa que fue incapaz de contestar. Abrió la boca y volvió a cerrarla—. ¡Chica, espabila! —exclamó cada vez más molesta—. No tengo todo el día, guapa. Pronto vendrán a comer y debo ayudar en la cocina. ¿Qué quieres para desayunar? —insistió malhumorada la camarera.

—No sé... ¿Cómo he llegado aquí? —preguntó Sara desconcertada.

El local era un motel de carretera donde los camioneros comían y descansaban por pocos euros. La camarera se colocó un mechón rubio oxigenado detrás de la oreja y dejó entrever su impaciencia, mientras masticaba el segundo chicle de nicotina de esa mañana.

—Con un joven atractivo y algo raro —respondió, y se rascó con el zapato izquierdo la pantorrilla derecha.

—No la entiendo —dijo Sara, sin recordar nada de lo sucedido durante esa noche.

—No sé qué os pasa a las chicas de hoy —continuó, y se apoyó en la mesa—. Bebiste más de la cuenta y ahora no recuerdas ni tu nombre. —La mujer quiso retirarse, pero Sara se lo impidió agarrándola del brazo.

—¡Por favor!

—Nena, no te acompañaba ningún ángel. Más bien era un muchacho algo siniestro, pero guapo. ¿Dónde lo conociste?

La mujer cogió la taza de café y empezó a beberla ante la desgana de Sara.

—Ni siquiera sé de quién habla.

—Pues parecías conocerlo bien —afirmó—. Al menos, él parecía conocerte a ti.

—¿A qué se refiere?

—¡Por favor! —exclamó la mujer conteniendo una tos persistente que hizo que se golpeará el pecho antes de hablar—. ¿Ni siquiera recuerdas que hiciste manitas hasta que llegó tu otro amigo?

—¿Qué amigo? —preguntó, e ignoró la pregunta de la camarera. Prefería no saber quién le había metido mano.

—No lo sé, guapa, pero seguro que no era amigo de quien te acompañaba.

Sara no sacaría nada en claro de aquella mujer, pero la impaciencia la obligó a arriesgarse de nuevo y preguntar:

—¿Por qué?

La mujer se acercó más a ella.

—Discutían y te señalaban —susurró, y asintió con la cabeza—. El moreno nombró a otra mujer y consiguió que el joven con el que habías venido se marchara de mal humor.

—¿Qué hizo el moreno? —Un ligero temblor le recorrió la espina dorsal.

—Acompañarte hasta el amanecer.

—¿Nada más?

—Bueno, me pagó una buena propina para que te sirviera el desayuno cuando despertaras.

La camarera se levantó de la silla al ver entrar a un nuevo cliente. Sara, demasiado confusa para analizar sus recuerdos, se encaminó al baño. Al mirarse en el espejo apenas si se reconoció. Estaba pálida y tenía un fuerte dolor de cabeza. Se preguntó qué había pasado esa noche y la rabia por no recordar nada hizo que golpeará el espejo.

Lidia contemplaba el paisaje que desde hacía unos años había sido su cárcel. Las agujas rocosas eran tan profundas como el sacrificio que había realizado al casarse con Arturo. Vivir en esa casa y en ese pueblo había sido mortificador. Si el verano pasado no hubiera conocido a Gerard esta vez habría sido insoportable para ella. Su amante era un muchacho singular, tan superficial y mundano que la consideraba una estúpida pueblerina.

—¿Otra vez piensas en mí?

—No eres lo único en lo que pienso —respondió, molesta. Le sorprendía la facilidad con la que adivinaba sus pensamientos.

—También piensas en el dinero.

Gerard le besó el cuello y se tumbó en el sofá blanco que presidía el salón.

—Por favor —le pidió—. Haces que parezca vulgar y sin sentimientos.

Se retiró del ventanal y se sentó a su lado. Observó a ese joven que podía ser su hijo, pero tan viejo que, a veces, apreciaba en sus ojos un conocimiento tan intenso de la vida que la asustaba.

—Conozco bien tus deseos. —La mujer sintió un escalofrío. La mayoría de ellos no eran muy samaritanos—. Y ninguno te convierte en una persona sentimental, aunque sí en alguien muy vulgar —dijo Gerard, y rozó con delicadeza su cuello con la yema de los dedos.

Lidia clavó las uñas en el brazo del sofá para contener su enfado. También el deseo que despertaba en ella con tan solo rozarla. Admiró con placer sus ojos dorados, el pelo de color miel y su perfecto torso. Todo en él emanaba sensualidad y no podía resistirse a esos encantos. Entonces, notó el cansancio que siempre padecía cuando la acariciaba. Al principio, le asustaban las emociones que le provocaba. Conocía demasiado bien a los hombres para no advertir que él era diferente y, además, peligroso. Gerard le originaba un extraño cúmulo de sensaciones y todas ellas la conducían a una espiral de exaltación peligrosa. Le temía e incluso, en alguna ocasión, había creído verlo como un engendro diabólico, pero era en esos momentos cuando perdía la consciencia. Lidia se puso en pie para alejarse de él. Gerard se incorporó, cruzó las piernas y esperó a que le sirviera una bebida.

—Para enterrar a tu marido ayer, has tardado poco en dejar de sufrir —la acusó, mientras le ofrecía un *bourbon*.

—Sabes bien que no lo quería, y no voy a mostrar dolor por alguien al que nunca he amado —respondió, herida por sus palabras. Ella se sirvió otra copa y se la bebió de un trago.

—Podrías hacerlo por Sara.

—¿Sara? Ella siempre me odió —replicó, frotándose las manos, disgustada.

—Y tú te vengaste, enviándola a un internado con fama de reformatorio en el que intentó suicidarse.

—¿Cómo lo has averiguado? —preguntó, asustada.

Gerard no contestó la pregunta, pero una sonrisa enigmática surgió en su rostro. Lidia no supo cómo ni de dónde surgió la idea que estaba a punto de realizar. Si era del todo sincera ni siquiera le apetecía lanzarse a sus brazos. Quiso resistirse a esos deseos, a sus necesidades físicas, oponerse a esa voluntad invisible que la obligaba a proceder de esa forma y la dejaba agotada, sin energía, y la impulsaba a sentirse despreciable. Se desabrochó los botones de la blusa de seda azul y la dejó caer al suelo; despacio, bajó la cremallera de la falda y la deslizó por las piernas. Cuando estuvo en ropa interior se arrodilló ante él y esperó sus órdenes.

—Me aburres con tus pensamientos —dijo Gerard. Se levantó y la tormenta rugió con más fuerza—. Necesito un nuevo entretenimiento.

—Gerard, por favor —suplicó Lidia al pensar que escogiera a Sara como a su joven amante.

—No eres tan estúpida —dijo el caído al leerle la mente.

Gerard se retiró un paso y se quitó la camisa. Su musculoso torso, con algunas cicatrices, la excitaba lo suficiente para olvidar qué ocurría antes de amarla.

—Haré lo que me pidas —susurró, con un tono de voz sumiso.

—Entonces, mi querida amiga, vamos a jugar un rato.

Esta vez, el juego sería diferente. Lidia se encogió en el suelo, asustada, cuando comprobó quién se ocultaba tras la máscara de su amante.

Sara se bebió de un sorbo el segundo café. La camarera lo había servido con una rosquilla; cortesía de la casa. Según lo que le había contado, el rubio había acariciado su pelo y la había besado un par de veces. Sin embargo, la ausencia de recuerdos, desde que discutió con Hugo, la desconcertaba. Decidió pensar más tarde en todo lo sucedido. Sin ganas, mordisqueó la rosquilla y abrió el cuaderno de dibujo. Pasó las páginas despacio, sus dibujos siempre lograban tranquilizarla. Miró el esbozo del ángel negro, también el papel arrugado y tomó una decisión: averiguaría quién o por qué le habían entregado aquel papel.

Cuando llegó al centro de Pravia eran casi las cinco de la tarde; el cementerio cerraba a las siete. Después, visitaría a Francesc, por si era alguna de sus pacientes, aunque no le contaría nada de la noche anterior para que no la sometiera a un interrogatorio. Una espesa niebla la rodeó en el camino y el silencio la acompañó al atravesar la verja del camposanto. Tenía la intención de no dibujar a *su ángel*, pero sus pasos la condujeron, ajenos a su voluntad, hacia el mausoleo. Sin poder evitarlo, dibujó de nuevo el esbozo de su rostro. Durante un instante, la niebla la hizo imaginar que sus inertes ojos de mármol la observaban.

EL ARTE DEL FIN

El infierno está todo en esta palabra: Soledad.

Victor Hugo

El bufete Llorens & Torrent estaba situado en la mejor zona comercial de Muros. Sara esperó más de media hora para ser recibida por el señor Llorens, el abogado y viejo amigo de su padre. En el momento que dejó sobre la mesa la revista que había leído, la secretaria se dirigió a ella.

—Ya puede pasar —anunció, y se ajustó las gafas de nácar de color rojo sobre el puente de la nariz.

Ignoraba el motivo por el que la había convocado. Llorens había insistido mucho en la necesidad de verla. Cuando entró al despacho, un hombre de unos cincuenta años con pronunciadas entradas en la cabeza e inteligentes ojos azules, la invitó a sentarse.

—Siento lo de tu padre. Era un amigo y un buen cliente —dijo. Luego, solícito, añadió—: ¿Puedo ofrecerte alguna cosa? ¿Un café o un refresco?

—No me apetece nada, gracias.

El hombre la miró con tristeza antes de hablar.

—Lamento ser quien te diga esto. Este bufete ha gestionado los negocios de tu padre hasta hace bien poco. Confió en mí para realizar la tarea de administrar sus bienes. —Sara conocía ese hecho, como también que Lidia había intentado por todos los medios impedir que hiciera tal cosa—. Hace unos meses, poco antes de morir, vendió sus propiedades por una cantidad ridícula. La ley establece que parte del dinero sea tuyo, pero Arturo apenas poseía efectivo. Hacía tiempo que sus cuentas estaban vacías. No soy capaz de explicar cómo todas sus propiedades, incluida la casa del acantilado, pertenecen a ese joven llamado Gerard de Chevalier.

—¡Qué! —exclamó Sara, horrorizada.

—¿No lo sabías? —preguntó Llorens, pensativo. Sara negó con la cabeza y el abogado continuó hablando—: Gracias a una artimaña legal, he logrado que tu asignación no fuera retirada. Creía injusto que no te dejaran un céntimo ni pagaran el internado y, menos aún, el resto de tus estudios universitarios.

Tras la sorpresa inicial, Sara intentó ser racional. El hombre que había sido su padre no hubiera actuado de esa manera.

—¿Notaste algo diferente en él ese día?

—Parecía estar bien —dijo el abogado, evaluando la pregunta. Luego, pronunció en voz alta el pesar que tenía desde la muerte de Arturo—. Le pregunté si había meditado lo que iba a hacer. Él me aseguró que sí y, a pesar de mis consejos profesionales y nuestra amistad, no cambió de opinión. —Guardó silencio un par de segundos, y añadió—: Sin embargo, me pidió una cosa...

—¿Qué te pidió? —le interrumpió con curiosidad.

—Que te protegiera.

—No entiendo... ¿Qué querría decir con eso? ¿Le preguntaste?

—No tuve tiempo. Lidia tenía prisa, temía que se arrepintiera de vender —afirmó Llorens—. Pese a mi reticencia, no pude negarme a la venta de sus propiedades, porque me garantizó que era lo que debía hacer. Desde entonces no he dejado preguntarme si esto no habría sucedido si hubiera insistido más.

—Tampoco podías haber hecho otra cosa —contestó Sara sin mucha convicción.

—De todos modos, creo que no hice lo suficiente. Si me permites un consejo —Sara asintió con la cabeza—: no me gusta ese joven, aléjate de él.

—Lo haré —le prometió—. Gracias por preocuparte.

—Por el momento, la asignación que tenías continuará hasta final de año. Tu padre dispuso guardar un fondo en una cuenta hace un par de meses. No sé por qué lo hizo y, gracias a que no lo mencionó, lo cobrarás. Después, deberás buscar otro medio de ingresos. ¿Has pensado qué vas a hacer?

—Me quedaré en Pravia, ahora que no puedo regresar al internado.

—¿Crees que es una buena idea? —preguntó perplejo Llorens.

Esa joven le traía viejos recuerdos.

—No lo dudes —confirmó con tanta seguridad que sus palabras, incluso, la sorprendieron—. Esta idea es la mejor que he tenido en mucho tiempo.

Llorens advirtió en los ojos de la joven una mirada vengativa y peligrosa. Esperaba que esa muchacha no cometiera una auténtica estupidez. Le recordaba demasiado a la madre de Sara. Sintió el paso de los años sobre los hombros y la soledad más terrible que lo acompañaba desde que Ángela murió.

Sara miró la casa que a partir de ese día sería su hogar. Desembaló las tres tazas, cuatro platos, cinco pares de cubiertos que, junto con una sartén y un pequeño microondas, servirían para amueblar la cocina. Había alquilado una vieja casona que necesitaba bastantes arreglos, pero cuyo precio podía permitirse. Su padre había pagado el curso de inglés hacía tres meses y, tras un par de llamadas, recuperó casi la totalidad del importe. El dinero lo utilizaría para costear seis meses de alquiler. Manuel, el sepulturero y dueño de la única inmobiliaria de Pravia, se la había arrendado a un precio más bajo de lo habitual. Comunicó a la universidad que no continuaría con los estudios y al internado que no regresaría. Le aseguraron que enviarían sus cosas a su nueva dirección. La casa se encontraba cerca de los acantilados. Desde una de las ventanas de la planta superior podía contemplarlos, aunque no era comparable con las magníficas vistas que poseía la casa de sus padres. Al recordar que ahora pertenecía a ese tal Chevalier, la rabia la hizo apretar los puños. Alejó esos pensamientos tan negativos para mentalizarse que debía limpiar el polvo de los muebles y las telarañas de las paredes. Al abrir la puerta del salón comprobó que había una enorme chimenea. Los inviernos

eran duros en Pravia. Confiaba no estuviera atascada de hollín, o tendría serios problemas. La casa necesitaba una mano de pintura y unas tejas nuevas. El jardín había sido invadido por las malas hierbas y la podredumbre. A Sara no le disgustaba esa dejadez que había impuesto el paso del tiempo. Existía cierta perfección en las hojas muertas y cómo la maleza avanzaba cada día un poco más. Se identificó de una manera extraña con la casa y los alrededores. El anterior propietario había colocado una placa de hierro encima de la puerta de entrada. Algún día le preguntaría a Manuel a quién había pertenecido y por qué la habían llamado la *Casa del olvido*.

No dispondría de luz eléctrica hasta el día siguiente, así que encendió un par de velas y las colocó sobre la mesita de noche del dormitorio. La habitación estaba pintada de color blanco. Manuel no era un hombre con tendencias decorativas, toda la casa presentaba esa tonalidad. Unas cortinas azules eran la única nota de color del dormitorio. Una bella pátina de color miel recubría los muebles, la cual había aparecido tras una ardua limpieza. En uno de los cajones de la cómoda encontró un camisón blanco que olía a lavanda. Ella no disponía de ninguno y lo tomó prestado. Se metió en la cama y al final el cansancio venció al obstinado insomnio, pero la intranquilidad de Sara la despertó de nuevo. La oscuridad la rodeaba y escuchó los quejidos que toda casa antigua emitía durante la noche. De pronto, creyó que alguien más se encontraba en la habitación. *Su ángel* estaba allí como hacía cuatro años. Sara se apresuró a encender más velas. Quería asegurarse de que era él. Su aparición se mantenía en una posición estática que provocó que le temblaran las manos y le costara encender la cerilla. Cogió la vela e iluminó el rostro de su visitante. Igual que aquella noche, en sus ojos se apreciaba cierto rencor. Vestía unos vaqueros manchados de barro, aunque el resto de su ropa había desaparecido y también los zapatos. Se fijó en las cicatrices que marcaban su pecho, algunas parecían antiguas. Una sonrisa maliciosa afloró a sus labios. Esta vez no dejaría que su sueño terminase sin que la besara. Lo había deseado durante esos cuatro años.

Sara se acercó a él temerosa de que su visión se esfumara como por arte de

magia. *Su ángel* desplegó sus magníficas alas negras. Si pretendía asustarla, no lo logró. No la intimidaría su aspecto sobrenatural. Sara deseaba acariciar las plumas negras y ver de nuevo que no era inmune a sus caricias. En esta ocasión, aquel juego de *chico malo* no la amedrentaría. Un impulso incontrolable la obligó a tocar una de las cicatrices. Él se mantuvo inmóvil; sin embargo, mordió sus labios al notar la caricia. Sara continuó tocando su pecho, mientras notaba cómo cada músculo de él se tensaba ante el avance. Sin detenerse, acarició el tatuaje del brazo. Los colores del dibujo relucieron como escamas de metal e incluso juraría que la serpiente había cobrado vida. Alzó el mentón y se sintió atrapada por su poderosa e intensa mirada. Hubiera dado cualquier cosa por no liberarse jamás de aquel hechizo. No quería volver a despertar. Sentía que había encontrado su lugar y, también, temía haberse vuelto loca. *Su ángel* atrapó un mechón de su cabello y lo retuvo entre los dedos. El corazón de Sara latía cada vez más deprisa. El silencio entre ambos resultaba tan denso que escuchaba la sangre circular por sus venas.

—Casandra...

Aunque no había pronunciado su nombre, su voz estaba cargada de deseo. Nada aparte de las sensaciones que él había despertado en ella le interesaba. Decidida a aprovechar la oportunidad de probar sus labios de nuevo, le rodeó el cuello con los brazos y sus manos se adentraron en el desordenado pelo oscuro. Durante un instante, la incertidumbre sobre cómo hacer que la amara se reflejó en sus ojos. Sara lo atrajo hacia ella y el olor a tierra húmeda y a flores marchitas la rodeó como la esencia más lujuriosa.

—Bésame —le pidió con una sonrisa, dispuesta a acabar con su actuación fría y desconsiderada.

La aparición emitió un gruñido y, de pronto, se encontró prisionera entre sus brazos y una sensación de vértigo le cortó la respiración. Una de sus manos aprisionó su cabello y tiró de él hasta que sus ojos se encontraron. Sara estaba completamente atrapada en la pasión. Entreabrió los labios con la única aspiración de que él se apoderara de ellos. Un gemido se escapó de su

garganta cuando la besó y le bajó el camisón con una lentitud insufrible. Sara apenas podía respirar cuando él descendió con sus fríos y suaves labios hasta el nacimiento de sus senos. La joven emitió un segundo gemido al pensar en todo lo que anhelaba que le hiciera. Dos segundos más tarde, él la alejó y Sara creyó que descendía en una caída mortal hasta el suelo. Temió estrellarse sin remedio si volvía a desaparecer. No lo permitiría, así que posó los labios en los suyos. Entonces, los brazos de *su ángel* la estrecharon con tanta fuerza que tuvo la certeza de que no existía ningún otro lugar en el mundo donde deseara estar. Él se adueñó de su boca y ella se entregó con placer al deleite de ese beso. Sara distinguió una mezcla de menta y miel cuando sus lenguas se encontraron. Notaba su excitación aumentar en la misma medida que sus ganas por complacerla. Sus manos acariciaron cada centímetro de su cuerpo. Sara intentó quitarse el camisón que impedía que sintiera su piel junto a la suya. Él desplegó las alas y levitó para observarla. Sara le sonrió al pensar que era lo más apasionado que nunca había soñado. Se despojó del viejo camisón, alargó los brazos y él regresó a ellos. De nuevo, acarició su rostro y descendió con unos cálidos besos hasta su estómago.

—¿Por qué me haces esto? —preguntó él con un tono de voz derrotado.

—Porque eres mi sueño —contestó ella.

Sara necesitaba sentirle en su interior, pero su sueño se entregó por entero a deleitarla con unas caricias que la trasladaban mucho más que al Paraíso. Se agarró con fuerza a los barrotes de la cama cuando él le abrió las piernas y rozó sus muslos con suavidad. La expectación al imaginar qué sentiría cuándo acariciara su lugar más íntimo la estaba matando y dicha espera se la hacía insoportable. Sus manos recorriendo con lentitud su piel eran un auténtico martirio. Sara emitió un grito de goce al notar cómo su lengua jugaba con ella igual que haría un niño con un enorme helado derretido. No quería que acabara, deseaba experimentar para siempre ese indómito y abismal placer que la atormentaba y la satisfacía por igual.

—¿Por qué me haces esto? —susurró ella a su vez.

Él no contestó, en su lugar lo hizo el sonido estridente y desagradable del despertador que anunciaba el amanecer y la obligó a abrir los ojos. Ni siquiera podía imaginar que todo su mundo desaparecería gracias a un beso. Recordar a *su ángel* la hacía palpar las sienes. Notaba la boca hinchada a causa de los besos apasionados; la piel caliente al recordar cómo y dónde la había tocado. Mientras que su corazón intentaba recuperar, sin éxito, la calma. Se incorporó y descubrió la terrible verdad: estaba sola.

AFLICCIÓN

*Dios lo que más odia después del pecado es la tristeza, porque nos
predispone al pecado.
San Agustín de Hipona*

Hugo aparcó el coche en la entrada de la casa de Sara. Ese lugar le traía amargos recuerdos. Le había costado mucho tomar aquella decisión. Su antigua amiga se había convertido en una mujer independiente que había sufrido demasiado en la adolescencia. Él deseaba aliviar ese dolor, pero dudaba que ella lo dejara ayudarla. Decidió tragarse su orgullo herido, sus sentimientos y recuerdos, para presentarse con una ofrenda de paz. Hugo sostenía unas bolsas con comida y exhibía una sonrisa reconciliadora.

—Siento lo del otro día. No sé qué me pasó —se disculpó cuando Sara abrió la puerta.

—Ya lo he olvidado —respondió ella—. No era tu mejor día ni el mío tampoco.

Hugo respiró con alivio al comprobar que Sara no le guardaba rencor.

—¿Puedo pasar? —pregunto indeciso.

—Perdona... —Abrió más la puerta y dejó que entrara.

—Esto es para ti. —Le entregó las bolsas. Sara supo que era su forma de excusarse.

—No debiste haberte molestado.

—No ha sido ninguna molestia. Una vez a la semana voy al centro comercial de Muros. Así que acepta mi regalo como una ofrenda de buenos vecinos.

—Gracias. —Sara le dio un beso en la mejilla.

Hugo pensó que ese instante lo atesoraría para siempre. Se había

enamorado de ella cuando tenía quince años y, a pesar de que había pasado tanto tiempo, aún seguía amándola.

—No importa.

—Siéntate en el comedor. He encendido la chimenea, enseguida regreso. Ponte cómodo.

Agarró las bolsas y la vio alejarse por el pasillo en dirección a la cocina. Le fascinó verla vestida con un *kimono* de seda negra con un Fénix bordado en la espalda. La seda se pegaba a su cuerpo como una segunda piel y le concedía un aspecto sensual que ella parecía ignorar.

—Enciende el equipo de música. Elige lo que más te guste —gritó Sara desde la cocina. Tal y como le había prometido Manuel, esa mañana tenía luz.

Hugo puso lo primero que encontró en la estantería. Había terminado la canción cuando Sara apareció de nuevo en el comedor; sujetaba una bandeja en la que había colocado dos vasos junto a uno de los zumos de naranja, el queso y el pan que él había comprado. Se sentó a su lado con la bandeja sobre las rodillas.

—¿Hablaste con el abogado de tu padre? —preguntó Hugo con la única intención de desviar sus propios pensamientos hacia un terreno menos peligroso que sus emociones.

—Prefiero no tocar ese tema.

—Claro.

El pelo rojo le caía a la espalda tan brillante que tuvo que hacer un esfuerzo por no tocarlo. Se concentró en mantener una conversación sin que las ganas de besarla se notaran demasiado, pero fracasó al hacerle la pregunta que llevaba días evitando.

—¿Hay algún amigo especial en tu vida?

Sara negó con la cabeza. Las palabras de Hugo la habían hecho pensar en si el ángel de sus sueños se consideraría un amigo especial. Dejó la bandeja en el suelo y lo miró a los ojos. Hugo descubrió en su amiga una tristeza tan

profunda que dudaba que en su interior albergara ningún otro sentimiento. Quiso consolarla, ayudarla a desterrar ese dolor que le había mostrado. Sabía que debía ir más despacio, aunque no pudo resistirse, la atrajo hacia él y la besó. Sara no se opuso, tan solo dejó que pasara. Luego, se separó de él y ninguno pronunció una palabra. Hugo tomó su mano y ella no la retiró, mientras miraban las contorsiones absurdas que las llamas hacían en la chimenea.

Sara se despezó a la vez que la luz del nuevo día empezaba a entrar en el salón. Habían pasado la noche hablando de los viejos tiempos y recordando los días de instituto. Sin embargo, tuvo que aclararle que solo eran amigos. Lamentaba haberle causado dolor, pero no sintió nada cuando la besó. Se tocó los labios con las yemas de los dedos al recordar el deseo que su aparición despertara en ella y esa imagen arrasó su interior destruyendo cualquier otro pensamiento. El beso de Hugo no la había hecho vibrar; ni pensar que el cielo y el infierno estaban debajo de sus pies.

Se asomó a la ventana y vio al novio de Lidia sentado en uno de los bancos del jardín. Enrojeció de la rabia ante el privilegio gratuito que le había proporcionado mostrándole uno de sus *kimonos*. Gerard la saludó con la mano como si fueran viejos amigos. Se retiró de la ventana y aprisa subió a su cuarto para vestirse. Luego, bajó dispuesta a enfrentarse a él y decirle unas cuantas palabras de bienvenida que no esperaba oír.

—¡Maldita sea! —gritó—. No tienes permiso para estar aquí. Ya puedes largarte por donde has venido. Dile a mi madrastra que no deseo ver a ninguno de los dos.

Esta vez, aquel engreído no se molestó en contestar. Vestía un pantalón negro sin una sola arruga y una chaqueta de piel del mismo color. Apagó un cigarrillo con la punta de una bota marrón y al hacerlo, aplastó una de las

flores silvestres que había crecido en el jardín. Le enfurecía la manera en la que la miraba bajo unas gafas de espejo. Por algún motivo que no entendía, también se sentía atraída por él. Notaba cómo su cuerpo reaccionaba ante su presencia. Un deseo inexplicable la hacía querer lanzarse a sus brazos. Sus ojos dorados brillaron divertidos cuando los pies de Sara la condujeron de nuevo al interior de la casa.

—Por favor, ¿quieres entrar? —se oyó decir a pesar del rencor que sentía por ese hombre.

En su interior sabía que esas palabras no procedían de ella. Gerard aceptó la invitación. De alguna forma, se integró a la austera decoración del salón, al escaso mobiliario y al corrompido desgaste de la casa.

—¿Quieres tomar alguna cosa? —preguntó, y su propia voz le sonó distante.

—Sabes bien lo que quiero.

Las lágrimas descendieron por las mejillas de Sara sin que pudiera detenerlas. Arrastró los pies hacia el dormitorio, ajena a sus propios deseos, mientras su cuerpo se resistía a la orden que su mente le dictaba. De nuevo, se vistió con el *kimono* y regresó al salón. Desconocía qué la motivaba a actuar de aquella manera, pero se arrodilló ante ese demonio con cara de ángel. Gerard tomó un mechón de su pelo y con uno de los dedos acarició la piel de su mejilla.

—Eres tan hermosa como ella —le susurró al oído.

Sara permaneció inmóvil intentando liberar su voluntad del dominio de sus ojos dorados.

—Yo... —consiguió pronunciar sin fuerzas para decir nada más.

—Pero nunca serás ella —dijo con desprecio el amante de Lidia.

Tiró de su cabello con brusquedad y Sara pensó que le partiría el cuello. Ella sentía una atracción tan fuerte que estaba segura de que él se había percatado de lo que le provocaba. Se obligó a pensar en *su ángel*, en sus besos, en sus caricias y en la pasión que ambos habían compartido.

—Así que él te ha visitado —dijo con curiosidad.

Sara ignoraba a quién se refería, solo tenía un gran cansancio que la obligaba a dormir. Se estremeció de miedo cuando los ojos de Gerard se transformaron. En ese instante, comprendió que se encontraba ante un depredador.

Una hora más tarde, Hugo la encontró inconsciente en el suelo. Recordaba lo que había pasado en su vida la noche anterior, en cambio, su mente había borrado las últimas dos horas. Hugo no pudo aclararle qué hacía vestida con un *kimono* y por qué había perdido el conocimiento. Subió a su habitación y con dedos temblorosos se cambió de ropa. Entretanto, Hugo había preparado cacao caliente y dispuesto unas galletas en un plato.

—¿Te encuentras mejor? Te ves cansada —dijo cuando entró en la cocina.

—Y lo estoy, parece que hubiera corrido una maratón. —Sara sonrió agradecida al ver el chocolate—. Gracias a ti me encontraré mucho mejor. — Se sentó a su lado y lo besó con afecto en la mejilla—. ¿Qué sabes de un tipo llamado Gerard de Chevalier? —preguntó, y cogió la taza. Le agradó el calor que desprendía la porcelana blanca.

—Nada —dijo Hugo.

Su amigo se removió incómodo en la silla antes de dirigirse al fregadero y darle la espalda. Su voz había cambiado y sus palabras contenían una agresividad innecesaria.

—¿Nada? —preguntó incrédula—. ¿No hablarás en serio?

Dudaba que en aquel pueblo nadie supiera nada sobre un hombre que destacaba tanto.

—Ya te lo he dicho. No sé nada de él —respondió cada vez más irritado.

Sara no comprendía su enojo. Hugo se limpió las manos en un paño antes de darle un leve beso en los labios y marcharse con una estúpida excusa.

Observó a través de la ventana cómo se alejaba. Durante un instante, se detuvo y permaneció inmóvil sin mirar atrás, para un segundo más tarde, reanudar sus pasos. Su conducta era a veces desconcertante, pero ella tampoco actuaba con mucha normalidad. Su afición a dibujar tumbas la catalogaría dentro de las *raritas* y de sus sueños era mejor no hablar. Eso le recordó que haría otra visita al cementerio.

Sara sacó el cuaderno y corrigió algunos detalles que le otorgaron al dibujo más realismo. Llevaba un rato esperando a Manuel y, cuando lo vio, se apresuró a guardar el cuaderno en la mochila. El hombre empujaba una pequeña carretilla en la que había una pala y algunos útiles de limpieza. Rondaría los cincuenta años y el esfuerzo físico que realizaba con su trabajo lo hacía parecer más joven.

—Buenos días —dijo—. ¿Qué tal la casa?

—Muy bien —respondió Sara—. Espero que algún día me expliques su historia. La placa de la puerta es bastante curiosa.

—Claro, algún día. Ahora no tengo tiempo —se excusó, con cara disgustada se fijó en el ángel negro, reanudó el camino y preguntó—: ¿Qué haces con ese cuaderno?

—Dibujar tumbas. Algunas son magníficas esculturas. Esa por ejemplo es inquietante.

—Sí, es una de las más raras.

—¿Conoces a quién pertenecía? Si averiguo más datos puedo dibujarla mejor.

—No lo sé —contestó con sequedad—. Además, no es buena idea que pienses demasiado en ella.

Manuel era un hombre parlanchín y animoso, aunque empujó con urgencia la carretilla y se alejó de allí con pasos rápidos.

—¿Hay algún registro de los enterramientos y lápidas? —preguntó Sara, y lo siguió en su camino.

—Olvida esa tumba. —Se detuvo a un par de metros con brusquedad—. Solo te traerá problemas. —Se santiguó varias veces.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Lo que has oído.

—Tan solo es un viejo mausoleo.

—De todos los que hay en este cementerio... —Manuel dudó antes de hablar, pero los ojos de Sara le incitaron a continuar—: a veces, creo que el ángel nos vigila.

No sería ella quien le discutiría aquella idea absurda cuando creía que ese mismo ángel era quien la visitaba por la noche.

—No eres el único que lo piensa —contestó.

Los ojos del sepulturero se dirigieron al ángel de piedra que se encontraba al fondo del cementerio. Juraría que, el día anterior, aquel maldito no lo miraba con tanto cinismo.

TRAS LA MÁSCARA

Mucho tiempo sacrificándose puede hacer piedra el corazón.

William Butler Yeats

Durante tres días, Sara dibujó al ángel una y otra vez. Los esbozos se amontonaban alrededor de sus pies. Algunos habían tenido peor suerte y sirvieron para alimentar el fuego de la chimenea. También realizó un bosquejo de Gerard de Chevalier, lo observó furiosa al pensar que todo por lo que habían luchado sus padres, ahora le pertenecía. Había llegado el momento de averiguar por qué su padre le vendió sus propiedades y cómo lo había consentido su esposa sin lanzar una protesta. Lidia era ambiciosa y por muy enamorada que estuviera de Chevalier, no le entregaría el dinero que tanto le había costado conseguir.

Con las primeras luces del amanecer, se encaminó a su antigua casa. La vista era magnífica y la soledad la envolvía de forma abrumadora. En ese lugar, las tormentas eran más devastadoras y la lluvia más intensa. Los recuerdos la golpearon con fuerza cuando divisó el mirador en el que tantas veces había estado en compañía de su madre. Se esforzó para continuar y no huir sin plantar batalla. En la puerta de entrada, tomó una enorme bocanada de aire antes de llamar al timbre. Unos minutos más tarde, un empleado le abrió la puerta y la condujo al salón.

Lidia observó con desagrado a su hijastra. El pelo rojo se pegaba a su espalda por la humedad y había dejado huellas de lodo por toda la entrada.

—Podría ser educada, pero no creo que a estas alturas ninguna de las dos pueda serlo. Por lo que no perdamos el tiempo. ¿Qué haces aquí?

Lidia se acercó al mueble en el que varias botellas con diferentes licores estaban ordenadas por tamaño y color.

—¿Por qué nada es tuyo? —preguntó sin preámbulos Sara—. No lo

comprendo. Siempre fuiste ambiciosa y has entregado todo esto a ese hombre.

Sara extendió los brazos albergando en un imaginario abrazo la casa y el dinero de su padre.

Lidia se frotó las manos y ladeó la cabeza hacia la puerta, temerosa de que Gerard apareciera en el salón. Se sirvió una generosa copa y se la bebió de un trago.

—Es una decisión que no te incumbe. Tu padre vendió todas sus propiedades a Gerard y yo acepté su parecer. —Encendió un cigarrillo con manos temblorosas y con perfidia, añadió—: Como lo hubiera hecho una buena esposa.

—No me hagas reír. Déjate de actuaciones televisivas conmigo. He hablado con Llorens. La venta se hizo por una cantidad insignificante. Desde luego, no lo suficiente para compensar los años de matrimonio que sacrificaste a su lado. Además, ¿quién es ese Chevalier? —Sara apretó los puños con furia—. Debería avergonzarte acostarte con un hombre que puede ser tu hijo.

Lidia enmarcó su perfecto y maquillado rostro en un rictus rabioso que le desfiguró la cara.

—¡Cómo te atreves! ¡Cómo tienes la desfachatez de venir hasta aquí e insultarme de esa forma! ¡Sigues siendo una niña estúpida! ¡No tienes ni idea de qué ocurre! ¡De quién es! —gritó histérica.

Había perdido por completo la máscara de insensibilidad que la recubría, para mostrar a una mujer vulnerable. Las lágrimas la convulsionaban de tal manera que los movimientos involuntarios de su cuerpo le desencadenaron una tensión dolorosa. Sara, desconcertada, no supo qué hacer ante aquella exhibición de temor. Sin embargo, no fue ella la que puso fin al miedo de Lidia, sino el propio Gerard de Chevalier al entrar en la habitación.

—Retírate a descansar a tu dormitorio, yo atenderé a nuestra invitada —ordenó. Antes de que su madrastra obedeciera, Gerard preguntó—: ¿No te despides de tu hijastra?

Lidia se acercó a Sara y la besó en la mejilla.

—Es uno de los caídos —le susurró al oído.

Sara no comprendía el significado de esas palabras y no tuvo la oportunidad de preguntarle. Fijó los ojos en los de Chevalier y mantuvo con firmeza la mirada cuando cerró la puerta del salón. Debía reconocer que emanaba un aire sensual demasiado perturbador. Poseía el aspecto de un joven rico acostumbrado a que las mujeres fueran tras sus pantalones. Al advertir el mismo tatuaje que había visto en el brazo izquierdo de *su ángel* no pudo disimular el asombro de su descubrimiento y su sorpresa fue evidente para Gerard.

—Sé bienvenida a mi casa. —Gerard tomó su mano, y la besó en un ademán de galantería, más propio de otra época.

Sara olió de nuevo su penetrante colonia y necesitó todo su autocontrol para no lanzarse a sus brazos, pero sus palabras la devolvieron a la realidad.

—¡Tu casa! —Sara se soltó con brusquedad—. ¿Cómo te atreves a decirme que esta es tu casa? —Contuvo las ganas de abofetearlo—. Debió resultar muy fácil robarle a mi padre y acostarte con su esposa —le reprochó.

—No te atrevas a hablarme así —la acalló con uno de los dedos—. ¿No te enseñaron buenas maneras en el internado? —El dardo envenenado acertó de pleno en el corazón de Sara.

—¡Vete al infierno!

—Corrige tus modales o lo lamentarás —la amenazó con una voz tan suave y al mismo tiempo tan dura que Sara hubiera preferido ser golpeada.

Retrocedió un paso ante la advertencia y se asustó por el cambio de color producido en sus ojos. También creyó distinguir una sombra gigantesca, semejante a dos alas negras, tras su espalda. Al parpadear de nuevo, Gerard estaba sentado en uno de los sofás.

—No me dan miedo tus asquerosas amenazas —consiguió pronunciar al recuperarse de lo que creía haber visto, pero no pudo evitar que un ligero temblor le recorriera el cuerpo.

—No son amenazas, sino hechos —aseguró él con una sonrisa aterradora. Su tono de voz era tan cortante como un afilado cuchillo—. Si vuelves a interrumpirme, sufrirás un doloroso correctivo.

—¡Maldito seas! —susurró, y apretó la mandíbula por la impotencia que sentía ante ese malnacido.

—Por favor, te agradecería que nos comportáramos como seres civilizados.

Se sirvió una copa de una botella que contenía un licor de color ámbar y se sentó con una languidez que irritó aún más a la joven.

—Algún día averiguaré cómo engañaste a mi padre y te haré pagar por ello.

Gerard se levantó de un salto y se acercó a ella con un movimiento que le recordó a un animal salvaje. Sara sentía el magnetismo que la rodeaba si la miraba. También cómo la atracción hacia ese hombre crecía peligrosamente cuando estaba a su lado. Su aroma era como la ambrosía más irresistible. Se obligó a tranquilizarse y a dejar de pensar en él con deseo.

—No te resistas —dijo, y acarició su mejilla—. Nadie es tan fuerte para lograrlo. Me gustas, Sara. Eres una muchacha triste y solitaria; alguien sin amor en su corazón. Eres como yo.

Sara quiso alejarse de él, separarse de aquella seducción que le impedía retroceder. En cambio, las lágrimas bordearon sus ojos. Esas palabras eran tan duras y a la vez tan ciertas... Le aterró descubrir que había leído con tanta facilidad su interior. Esa certeza le causó más miedo que cualquier otra cosa que le hubiera hecho o pensara hacerle.

—Ahora, compórtate como una buena chica y márchate. Pronto nos encontraremos de nuevo—. Tomó con delicadeza su mano para besarla.

Sara obedeció la orden sin protestar, sin contrariar los deseos de ese hombre que detestaba. La fascinación que Chevalier ejercía sobre ella se desvaneció cuando abandonó esa casa. El cuerpo de Sara tembló al dejar de ser una marioneta en manos de ese bastardo que manejaba los hilos de su voluntad a su antojo. Se giró para ver el antiguo hogar de sus padres. En esta

ocasión, estaba segura de que era Gerard quien se encontraba en el mirador y a su espalda había desplegado unas gigantescas alas negras. De pronto, unos ojos amarillos le devolvieron la mirada. Sara se alejó de prisa y con la idea de visitar a Francesc para poner fin a todas esas alucinaciones, antes de que ellas terminaran con su cordura.

PESADILLAS INFANTILES

*Loco no es el que ha perdido la razón, sino el que lo ha perdido todo, todo,
menos la razón.*

Gilbert Keith Chesterton

La consulta del doctor Francesc no había cambiado mucho en los últimos años y conservaba el mismo estilo que había dejado cincuenta años antes el anterior doctor. Situada en la plaza central de Pravia, conservaba la báscula en la que se pesaba de niña su madre o la pequeña vitrina donde el antecesor guardaba las medicinas.

—Me alegro de verte —dijo abrazándola—. Pero, estoy seguro de que no es una visita de cortesía.

Sara se sentó en la vieja silla de madera que su madre ocupaba cada vez que lo visitaban. El anticuado consultorio la hizo regresar a la niñez por unos segundos. Francesc esperaba una respuesta y no podía ser del todo sincera, por lo menos, no todavía.

—Me cuesta dormir y me encuentro más cansada.

—Es normal que después de una pérdida tan dolorosa mucha gente tenga insomnio y cansancio.

—Lo sé, aunque no es solo el cansancio. A veces, no recuerdo qué he hecho durante algunas horas.

—¿Tomas alguna cosa de la que deba tener constancia?

—Nada que no se compre en un supermercado.

El doctor asintió con una sonrisa.

—Pasa detrás del biombo y te reconoceré —le pidió.

Tras el examen, Francesc determinó que sufría agotamiento, sin embargo, era un hombre perspicaz y detectó que su paciente le ocultaba información.

—¿Estoy bien? —preguntó Sara con una nota de preocupación en la voz.

—Puedes estar tranquila, no es nada serio. Debes mejorar tu alimentación y descansar un poco más. —El médico le colocó las manos sobre los hombros con afecto—. Si me dices qué es lo que te atormenta, te recetaría un medicamento para ayudarte.

Sara se resistía a confesarle las alucinaciones, los sueños excitantes cuando dormía y lo que pensaba de Gerard de Chevalier.

—Bueno... creo que tengo alucinaciones.

Había padecido demasiado en manos de psiquiatras, psicólogos y terapeutas. Tras el intento de suicidio en el internado había sufrido una vigilancia constante de expertos que decidían qué debía comer, beber o incluso hacer. La medicación resultaba a veces tan excesiva que la dejaba sin fuerzas. Si Lidia descubría su problema se desharía de ella, encerrándola para siempre en alguna institución mental.

—¿Qué tipo? —preguntó el médico.

—Unas imposibles.

No estaba segura de confiar en él. Francesc había sido un buen amigo de sus padres, pero tenía la potestad de enviarla a un psiquiátrico.

—¿Por qué?

—Porque no existen los monstruos. ¿Verdad?

Francesc no supo qué contestar, no era psiquiatra. Comprendía que la pérdida de su padre le ocasionara ciertos problemas psicológicos; si persistían, debería enviarla al departamento de psiquiatría de Muros. Por el momento, le recetaría un ansiolítico y un antidepresivo.

—No te preocupes demasiado, tómate estas pastillas y ven a verme dentro de una semana.

—Claro. —Sara se puso en pie y dudó antes de marcharse.

—¿Ocurre algo?

—¿Alguna vez tuviste una paciente que se llamara Casandra?

—No, creo que no. ¿Es alguna amiga?

—No, solo es que me han dicho que vivía aquí —mintió, y antes de que Francesc la interrogara se apresuró a añadir—: Gracias, nos vemos dentro de una semana.

—Pásate sobre las doce —confirmó el médico.

Sara asintió y salió de la consulta ensimismada en sus pensamientos. Ignoraba adónde dirigirse y terminó delante de la puerta de la librería. Era un edificio antiguo que tenía un letrero escrito en latín. También era el registro civil; entre libros infantiles, guías de viaje y superventas se guardaba toda la información sobre el pueblo. Teresa era la encargada del registro y había vivido en Pravia toda su vida. Si alguien podía averiguar alguna información sobre esa tal Casandra era ella.

—Siento mucho la muerte de tu padre —dijo al verla entrar.

—Gracias.

Teresa era lo bastante perspicaz para no ahondar en su dolor, así que con rapidez cambió de tema.

—¿A qué se debe tu visita? ¿Libros o datos?

—Más bien datos. —Le entregó el papel arrugado que le había dado el hombre calvo del cementerio. Teresa aguardó a que le explicara qué quería—. Necesito información sobre esta mujer.

—¿La fecha es de su nacimiento o de su defunción? —preguntó.

Sara alzó los hombros a modo de respuesta. Podía tratarse de su nacimiento, de su matrimonio, el día del nacimiento de algún hijo, la muerte de su marido o su defunción. Desconocía todo sobre esa mujer, aunque quería descubrir por qué *su ángel* y el tipo del cementerio habían pronunciado su nombre.

—Teresa, no sé nada de ella —confesó.

—Bueno... empecaremos por buscar en las inscripciones por nacimientos.

Teresa desapareció en la trastienda para rebuscar entre los estantes los libros que les interesaban. Mientras tanto, Sara se dedicó a curiosear en las numerosas estanterías. El olor a papel viejo se entremezclaba con el aroma a

libros recién salidos de la imprenta. Teresa procuraba suministrar al pueblo de ediciones actuales. Diez minutos más tarde, reapareció con dos enormes tomos de piel que colocó sobre el antiguo mostrador de madera. Abrió uno de ellos por la fecha indicada y no encontró ninguna que coincidiera con aquel nombre. Después, buscó en el segundo con igual resultado. Sara empezó a pensar que quizá todo se tratara de una broma pesada. Teresa los guardó y cogió el tomo de defunciones. En él no se encontró ninguna inscripción con ese nombre. Se adentró de nuevo en la trastienda para coger el de registros por matrimonio, en una de las páginas encontraron una tal Casandra Rumsfeld con la mención de unas segundas nupcias, pero ninguna *Leckmacks*.

—¿Para qué necesitas esta información? —preguntó Teresa al tiempo que recogía todos esos enormes libros y los amontonaba en una pila en un extremo del mostrador.

—Todavía no sé ni por qué la busco —admitió con sinceridad.

—No pretendo ser curiosa —aseguró Teresa con una cálida sonrisa—. Cuantos más datos me facilites me será más fácil averiguar información sobre esa mujer. Me hubiera gustado ayudarte más. De todos modos, si necesitas libros o quieres ir al cine ya sabes dónde encontrarme.

—Gracias por la invitación —dijo, aunque por el momento, prefería estar sola. No creía que fuera una compañía divertida para nadie.

Sara se dirigió a la puerta, pero Teresa la llamó de nuevo.

—¡Espera un momento! —La mujer escribió una dirección electrónica en un papel y se lo entregó—. Tal vez encuentres algo en esta página web. Tratan registros nacionales, si lo solicitas, puede que tengan más información.

Sara asintió y se guardó la dirección en un bolsillo. Luego se encaminó a casa, sin advertir que Manuel y el hombre calvo del cementerio la observaban.

No tenía hambre, sin embargo, se preparó un sándwich. Había decidido hacer caso a Francesc. El médico le había aconsejado que comiera más y obedecería sus recomendaciones. Haría todo lo que estuviera en su mano para que las alucinaciones desaparecieran. Escuchó el sonido del viento y cómo la tarde apacible era desterrada por una tormenta que pronto descargaría con furia sobre el maltrecho tejado. Colocó varios cubos y cacharros de plástico en distintos lugares de la casa, en previsión de posibles goteras. Descalza, subió a su cuarto y, por capricho, se vistió con su mejor *kimono*. Escogió el bordado con una enorme mariposa negra, que envolvía su cuerpo en un suave abrazo de seda, y bajó al comedor. Puso su música preferida y encendió el portátil. Se había preparado una taza de tila que había endulzado demasiado y que no conseguía tranquilizarla. Cuando estaba a punto de abandonar la búsqueda de esa tal Casandra, el sonido del timbre la sobresaltó. Nadie en su sano juicio se acercaría a visitarla con esa tormenta que amenazaba en descargar el agua de varios meses en una sola noche. El miedo se apoderó de ella al pensar que el visitante fuera Chevalier. No obstante, jamás hubiera imaginado que al abrir la puerta se encontrara frente al hombre que había dibujado ciento de veces. En esta ocasión, sin lugar a dudas, no soñaba. Asustada, retrocedió y corrió a refugiarse en su dormitorio. Nada de aquello era cierto. No podía estar viendo al hombre a quien se había rendido de deseo; pero su alucinación parecía tan real que avanzaba hacia ella. El corazón le palpitaba tan rápido que pensaba que moriría de un ataque cardiaco. Sus mejillas enrojecieron por la vergüenza al recordar cómo había compartido una intimidad tan placentera que amenazaba con ahogarla de humillación. Sería inútil escapar de él. ¿Cómo escaparía de sus visiones? Porque ese hombre era una visión. Se acurrucó en el suelo y se rodeó las piernas con los brazos. Empezó a balancearse como lo haría una niña pequeña, con la esperanza de despertar de aquella pesadilla. Se negaba a mirarle, y sobre todo, se negaba a aceptar su existencia.

III

ALAS NEGRAS

Tú eres la noche y la eternidad.

William Heinesen

París, 1890

Gerard de Chevalier se abrochó los botones de la chaqueta para asistir al teatro en *La Ópera* de París. Representaban una obra nueva, cuyas magníficas críticas aparecían publicadas en todos los periódicos de esa mañana. En esta ocasión, Charles y su encantadora hermana lo acompañarían. Terminó de vestirse y lanzó el periódico a la papelera. Debía ser más cuidadoso. La prensa alimentaba con sus páginas sensacionalistas los diferentes suicidios que habían asolado la ciudad durante las dos últimas semanas, pero los excesos desgastaban con facilidad su energía vital. Los caídos debían alimentarse de los humanos o su máscara se desintegraría como una pavesa en el aire. El problema es que algunos no se recuperaban y languidecían sin remedio. Dicha manera de alimentarse no era compartida por Denis, quien prefería perder parte de sus dones a cambio de no utilizar a los humanos como alimento. Pero vivir otra vez entre los hombres era más interesante que ser uno de los defensores. Gracias al dinero que le facilitaba Lucien no tenía de qué preocuparse. Su hermano era testarudo y también generoso. No era ningún ingenuo; intentaba satisfacer sus caprichos para impedir que se metiera en problemas. Aún no le había perdonado que arrastrara a Denis en su caída y, menos aún, a él. De los tres, solo Lucien se sentía orgulloso de ser un guerrero. Él prefería sentirse un dios entre los hombres. El placer que le proporcionaba era una sensación embriagadora, aunque no tanto como ver de nuevo a una joven irlandesa, recién llegada de los prados de Killarney. Como un imbécil se había enamorado de una mortal, la hermana de Charles y prometida de Denis.

Casandra Leckmacks estaba emocionada con su nuevo vestido de seda y con asistir a la ópera de París en compañía de Gerard de Chevalier. Una oleada de calor le sonrojó las mejillas al recordarlo. Era el hombre más apuesto que jamás había conocido. La doncella le puso como único adorno en el cabello una orquídea blanca. La muchacha que reflejaba el espejo no parecía que hubiera vivido en un pueblo cercano a Killarney, entre domingos en la iglesia, sesiones de té con su madre y lecturas propias de una dama. Nunca pensó que conocería a un hombre como Gerard. Un hombre que ensombrecía a cualquier otro. Comprendió al verlo que jamás amaría a nadie más. Se miró por última vez en el espejo y se pellizcó las mejillas y los labios. Aguardaba con ansiedad encontrarse con él esa noche. Su hermano asistiría también a la representación ya que Denis había acudido a una asamblea en la universidad.

Casandra subió la escalinata de la ópera casi sin respiración cuando Gerard le ofreció el brazo. El calor dominaba en París esa noche y los asistentes al teatro esperaban con paciencia ocupar sus asientos. Las damas intentaban sobrellevarlo con rápidos movimientos de los abanicos. Gerard notaba las emociones que surgían de la muchacha y su turbación le causó una sonrisa de satisfacción. Estaba tan bella como una diosa griega y tan sensual como la misma Salomé. Cuando la función terminara, le confesaría el amor que había nacido en él y cuáles eran sus intenciones. La inocencia y vitalidad de Casandra lo habían hechizado. Ninguna mujer había logrado que deseara confesar quién era en realidad en sus quinientos años como ángel. Temía ese instante, pero no quería mentirle. Gerard no prestó demasiada atención a la obra en la que actuaba el mejor tenor europeo del momento, porque solo podía mirar la piel blanca de los hombros de Casandra. El deseo se apoderó de él con mayor intensidad que en otras ocasiones. Ella se giró y le regaló una sonrisa que iluminó todo a su alrededor.

—¿Le gusta la representación? —susurró al oído de la joven.

—¡Oh, sí! Es maravillosa. ¿A usted no? —preguntó con una evidente exaltación.

De reojo, comprobó que Charles estaba fascinado con una de las bailarinas del escenario para advertir que acariciaba el cuello de su hermana.

—Sí, desde luego —contestó.

La muchacha se ruborizó, pero no rechazó la caricia.

Al terminar la obra, las sofocantes temperaturas de esa noche obligaron a los ciudadanos de París a retirarse de las calles. Gerard se las ingenió para convencer a Charles de que lo acompañara a casa. Cuando bajaron del carruaje, Casandra contempló una enorme reja de hierro con elaborados dibujos tallados en ella. En algunas zonas, la rodeaba una hiedra trepadora. La fachada de piedra gris pertenecía a una formidable casa, coronada con cuatro ventanas, cuyas marquesinas representaban escenas bíblicas. No imaginaba que Gerard fuera tan religioso o tan pagano; ambas cosas la excitaron. Casandra se ruborizó al imaginar cómo se hubiera escandalizado su madre ante esos pensamientos pecaminosos. La mirada cálida de Gerard al recorrer su cuerpo aumentó su desazón, pero también el deseo que sentía por él. La joven se abanicó con ahínco para enfriar su acalorada piel y volvió a dirigir su atención a la casa. Su magnificencia no solo se encontraba en el exterior, el interior rezumaba riqueza y buen gusto. Los criados los ayudaron con sus pertenencias y todos se dirigieron a la biblioteca, donde uno de los sirvientes ofreció a los caballeros una copa del mejor *bourbon* y otra de jerez para ella. Casandra no podía evitar los ojos de Gerard, quien pensaba leía su mente y sus pensamientos esa noche; sin lugar a dudas, la condenarían al infierno. Bajó la barbilla hasta casi tocarse el pecho para evitar el escrutinio al que Gerard la sometía. Entonces, Charles necesitó sentarse y su piel se tornó de un color blanquecino.

—¿Te encuentras bien? —preguntó preocupada.

—El calor ha debido sentarme mal —contestó Charles, pero un sudor frío le cubrió la frente.

—Amigo mío, deberías descansar y recuperarte. Entretanto yo atenderé a

tu hermana con mi aburrida conversación —medió Gerard, solícito.

Sabía muy bien qué le pasaba a Charles; se había alimentado de él. En el teatro, había absorbido, con tan solo rozarlo, el aura que emanaba del cuerpo del joven.

—No... Casandra... —Un cansancio extremo lo obligó a callar—. Una dama no debe quedarse a solas con un caballero —dijo casi sin fuerzas.

—Me ofendes, amigo mío.

—No quise decir nada que...

—Tranquilo —le interrumpió Gerard, y palmeó su hombro—. Te doy mi palabra de que la trataré como a una hermana.

—Charles, ¡estás tan pálido! —intervino Casandra asustada—. Deberíamos llamar a un médico.

—No se preocupe, querida. Mi ama de llaves, la señora Batáns, es mejor que cualquier médico. Tiene remedios para todo tipo de males. Con seguridad, le dará algún brebaje que lo aliviará. —Llamó a uno de los sirvientes—. Lucas, avise a la señora Batáns para que asista al señor Leckmans en el dormitorio de invitados.

El sirviente inclinó la cabeza en un respetuoso saludo y se retiró. De inmediato, otro criado entró en la biblioteca para llevar a Charles hasta la habitación. Casandra estaba abrumada por las circunstancias.

—Querida, dejemos que tu hermano se recupere —le pidió Gerard.

Casandra asintió al tiempo que la señora Batáns entraba con un cuenco. La mujer mojó unos paños y se los puso a Charles en la frente; su hermano pareció aliviarse. Gerard le ofreció el brazo, la sacó del dormitorio y la condujo por un pasillo hasta otra habitación. Casandra pensó que no debía acompañarlo, pero sentía en su interior la obligación de obedecer la voluntad que emanaba de esos insondables ojos dorados.

—No debería estar aquí —dijo, y se giró para marcharse.

—¿Tienes miedo? —preguntó Gerard con la única intención de detenerla.

Pronto le confesaría quién era, si temía encontrarse a solas con un hombre,

su temor se transformaría en horror cuando descubriera la verdad.

Durante unos segundos, Casandra guardó silencio, pero Gerard apreciaba la tensión que se había apoderado de ella.

—De ti no, pero sí de mí —terminó por confesar. Se giró para enfrentarlo.

Su sonrisa removi6 todos los cimientos del muro que ocultaba el corazón de Gerard. En ese instante, comprendió que el amor había ganado la batalla y que, de manera inexplicable, esa mujer era lo único que había anhelado durante su existencia como ángel y como caído.

—Desde el primer día que te conocí, yo... —empezó a decir Gerard con una timidez desconocida para él.

Casandra lo miró entre divertida y enfadada por haberla conducido a su habitación.

—Mi hermano no aprobaría este comportamiento —le recriminó sin mucha convicción—. Traerme aquí ha sido un error.

—Tienes razón, mi comportamiento no es el de un caballero. —Tomó su mano enguantada—. Necesitaba hablar contigo a solas esta noche —dijo. No creía haberse equivocado, sus sentimientos eran demasiado evidentes para no ser ciertos. Odiaba sentirse tan débil por culpa de una mortal. Casandra ejercía un hechizo sobre él. La magia de esa joven amenazaba con destruir la coraza que con tanto esfuerzo había construido para protegerse del amor, de la compasión, de todos esos sentimientos humanos que lo debilitaban. Como había dicho, no era ningún caballero y carecía de paciencia. Fijó los ojos en ella y, sin más, le confesó—: Te quiero, Casandra Leckmacks.

La joven le mostró una ilusionada sonrisa y se lanzó a sus brazos.

—Yo también —respondió, y en sus ojos solo había felicidad.

Gerard la alejó un poco de él para comprobar que sus palabras eran ciertas. Le había dicho que lo amaba y eso lo llenaba de confianza. Su deseo por ella era tan fuerte que la atrajo hacía él con la esperanza de que sintiera el amor suficiente para aceptarlo. Durante un tiempo, el engaño duraría, aunque los años asolarían su belleza, mientras que la suya conservaría la juventud. De nuevo, la separó de él para mirarla a los ojos. El contacto de su pequeño

cuerpo junto al suyo le colmaba de una paz que hacía mucho que no sentía. Besó su cabello, luego sus párpados y, por último, atrapó su boca con un profundo y desgarrador beso.

—Gerard... —susurró ella con la voz entrecortada.

—Marchémonos esta noche —le propuso.

—¡No puedo hacer eso! —La joven, a pesar de amarlo, aún estaba atrapada por los convencionalismos que le había inculcado su familia.

—¿Por qué?

Gerard la había alejado de su pecho y la miraba con atención sin comprender por qué se negaba a acompañarlo.

—No puedo hacerle eso a Charles, ni tampoco a Denis. —Gerard tensó la mandíbula—. Le debo una explicación.

—¿Le debes? —preguntó alejándose de ella.

Casandra no comprendía su repentino enojo. Intentó acortar la distancia entre ellos, pero Gerard se retiró aún más de su lado.

—Sí —afirmó con rotundidad, y se abrazó a él—. Quiero hacer las cosas bien. No puedo huir de Denis como si nuestro amor fuera algo abominable. Debo ser yo quien rompa nuestro compromiso. Siempre ha sido sincero conmigo y he traicionado su confianza. No me siento orgullosa de mi conducta. Si no lo hago, presiento que nuestro amor se construiría sobre una mentira y no deseo que eso suceda.

Gerard respiró el olor a jazmines de su cabello, furioso con su hermano y consigo mismo. Su amor ya estaba erigido sobre una mentira. Su mente pugnaba por mantener el engaño y confesarle la verdad. El miedo a su rechazo lo atemorizaba como a un niño una pesadilla, pero la farsa no duraría para siempre y no soportaría que lo considerara un monstruo.

Casandra acarició su rostro y él rechazó la caricia. Necesitaba apartarse de ella para obtener el valor que requería su confesión.

—Dices que mi hermano ha sido sincero contigo. —Emitió una risa grotesca que la asustó—. Mi perfecto hermano —pronunció, y las palabras se

le atragantaron en la garganta.

La joven comprendió que había cometido un grave error al nombrar a su prometido. Gerard sentía celos de Denis, unos celos profundos y arraigados desde su niñez que ella sin querer había liberado.

—Gerard... por favor —se apresuró a decir, y dio unos pasos hacia él para asegurarle que no tenía nada que temer.

—Mi hermano siempre fue el preferido de mi padre —confesó, y apretó los puños con rabia—. Yo... —se detuvo antes de hablar, quería contarle todo lo que era, pero sus ojos repletos de amor lo refrenaron y, dijo—: soy un bastardo y la vergüenza de la familia Chevalier.

—Eso no me importa —aseguró Casandra, y para demostrarlo, lo abrazó de nuevo. Gerard la alejó de su lado con rabia.

—¡A todos los demás, sí! A Lucien y al perfecto de Denis. —Gerard parecía recordar vivencias dolorosas, se alejó de ella y se paseó furioso por la habitación—. Siempre condenando con su silencio todo lo que hago, prejuzgándome con una condescendencia que me enfurece. No alimentándose de la energía de los mortales y cumpliendo leyes a la que ya no debemos obediencia. —Se pasó las manos por el pelo, consciente de sus palabras y de lo que implicaban—. Hasta que te conocí.

—No entiendo nada de lo que dices. —Casandra intentó acercarse, pero Gerard retrocedió unos pasos. La joven creyó ver un fulgor amarillo en sus ojos.

—Lo entenderás, te aseguro que lo harás —la amenazó—. ¿Nunca te han dicho que no llames a las puertas del infierno? —preguntó con un brillo de malicia en los ojos a la vez que se quitaba la chaqueta.

Casandra no supo qué responder, aunque Gerard advertía en la rigidez de la joven su indecisión. También, el deseo, junto con el miedo, mezclado con la curiosidad y el amor.

LA OSCURA VERDAD

El lenguaje de la verdad debe ser, sin duda alguna, simple y sin artificios.

Séneca

A Gerard la ingenuidad de Casandra le resultaba esta vez enervante. Hubiera aceptado su lealtad hacia Denis, pero lo consideraba un hombre honorable y, sobre todo, sincero. Le demostraría lo equivocada que estaba.

—Desde que te conocí he deseado ver tu cabello suelto —dijo con una amabilidad fingida.

Ella quería mostrarle cuánto lo amaba y con manos temblorosas se quitó las horquillas. Su melena roja cayó como un río de lava hasta la cintura. Gerard no pudo evitar la tentación de acariciar sus mechones de fuego.

—Casandra, te amo —dijo con la voz cargada de deseo. La abrazó con fuerza y se apoderó de su boca con besos apasionados y violentos. Temía su reacción y necesitaba llenarse de ella. La mayoría de las veces se comportaba con las mujeres con egoísmo y desprecio, pero con Casandra solo podía hacer lo correcto. La apartó de él sin dejar de mirarla a los ojos y le reveló su secreto—. Esta es la única verdad.

Gerard se despojó de su máscara humana. Sus ojos dorados se convirtieron en otros amarillos que le otorgaban una ferocidad terrible. Su torso desnudo exhibía varias cicatrices provocadas por antiguas heridas. Y en su brazo izquierdo había tatuado una enorme serpiente con ojos rojos. Asustada, retrocedió un paso cuando tras su espalda aparecieron dos enormes alas negras que oscurecieron la habitación. Sus manos de largos y finos dedos se transformaron en unas terribles garras. Casandra se tapó la boca con las suyas para contener el grito que pugnaba por salir de ella.

Gerard se agarró con desesperación a la esperanza de que el amor que sentía por él superara el miedo.

—Casandra...

—¡Dios! ¡Eres un monstruo!

Sus palabras resultaron tan dolorosas para Gerard que hubiera preferido mil veces morir antes que escucharlas. Aunque su mirada de desprecio y asco era más de lo que podía soportar. Agachó la cabeza para ocultarle sus brillantes ojos amarillos, apesadumbrado por su rechazo. Gerard le había confesado su secreto y solo sentía terror hacia él. Entonces, Casandra empezó a gritar. Quiso acallarla y se acercó a ella para borrar de su mente cualquier recuerdo de lo acontecido esa noche. Atemorizada, dio un paso atrás y su espalda tocó el ventanal que estaba abierto a causa del calor.

—¡No! —gritó Gerard al adivinar cuáles eran sus intenciones—. No te haré daño. —La joven se subió al alféizar—. ¡Por favor! Baja de ahí —le suplicó, y regresó a su estado humano para tranquilizarla—. ¡Ten cuidado o te matarás!

—¡No te acerques a mí! ¡Eres un engendro del infierno! —Sus palabras atravesaron el corazón de Gerard como flechas envenenadas.

—No lo haré —respondió con tristeza—. Te lo ruego, baja de ahí. No cometas una imprudencia.

Casandra se pisó el filo de la falda y a punto estuvo de caer. Gerard la agarró con fuerza para evitar que se precipitara al vacío. La joven se resistía entre sus brazos y la estrechó hasta que dejó de luchar. Sería la última vez que la abrazaría, olería su perfume o la vería. Después de su rechazo se marcharía lejos de ella.

—Casandra, no debes temerme. —La joven no contestó. Gerard la apartó de él y el cuello de la muchacha se dobló hacia un lado, inerte y sin vida—. ¡Casandra! —gritó, y la sacudió de los hombros para que reaccionara. Horrorizado ante lo que había hecho, la dejó con cuidado sobre la cama—. ¡Despierta! ¡No debes temerme! ¡Perdóname!

Su abrazo había quebrado el delicado cuello de la joven. Su sinceridad y honestidad solo le había traído dolor. Tomó las manos frías, ya insensibles de Casandra, y las besó suplicando un perdón que jamás le concedería.

Al alba, aún no se atrevió a mirarla, no podía enfrentarse a sus ojos carentes de vida y ver grabado el rencor en ellos. El mundo ya no sería lo mismo sin ella y el responsable era Denis, su honorable y sincero hermano.

Un mes más tarde, Charles Leckmacks regresó a Irlanda. Antes, dispuso que su hermana fuera enterrada en el cementerio de un pequeño pueblo llamado Pravia. El único lugar en el que aceptaron enterrar a una suicida en tierra sacra. La familia de Casandra creía que la joven, al huir de Gerard, se había lanzado por la ventana. Denis odiaba a su hermano como nunca pensó que lo haría. También se enemistó con Charles, aunque era un hombre justo, y comprendió que Denis también sufría por la pérdida de Casandra y el despreciable comportamiento de su hermano. No podía marcharse a Irlanda sin despedirse de su antiguo compañero de estudios y amigo.

—Charles, me alegra verte —dijo con sinceridad Denis—. Siento que...

—No te disculpes más —le interrumpió—. Sé que no tuviste nada que ver con la muerte de Casandra.

El nombre de la joven revivió las heridas en ambos amigos.

—Sin embargo, creo que tú sí piensas que fue culpa tuya —aseveró al ver el aspecto enfermizo y la culpabilidad en los ojos de Charles.

—Si no me hubiera encontrado mal aquella noche, el muy bastardo...

—Te juro que cuando dé con él, lo mataré —aseguró, y utilizó todo su autocontrol para no convertirse en un caído delante de Charles.

—¿Y condenarte tú también?

Charles ignoraba que había estado a punto de lograrlo de la peor forma que un humano podría imaginar: convirtiéndose en un demonio. No era un destino tan miserable si era en pago por matar a Gerard. Su hermano no solo lo había traicionado al conquistar a la mujer que amaba, sino que la había asesinado.

—¿Crees que me importa?

—Debería, no quiero tener otra muerte sobre mi conciencia.

Denis le ofreció una copa y Charles la bebió con avidez. No era la primera que se había tomado esa noche y tampoco sería la última.

—¿Cuándo regresas a Irlanda?

—Mañana, pero antes quería enseñarte esto.

Denis tomó la carta que le tendió Charles y comenzó a leerla. La enviaba un bufete de abogados franceses. En ella se hacía referencia a la donación de la imagen de un ángel caído tallado en mármol negro.

—¿Te parece bien? —preguntó Denis conteniendo la ansiedad ante la respuesta de Charles.

—A Casandra le hubiera gustado. Pensé que eras tú quien...

—Lo siento, no he sido yo.

—De todos modos, es una imagen magnífica y no dañará el recuerdo de mi hermana. Solo quería decírtelo antes de marcharme. No regresaré a París y dudo que volvamos a vernos.

Denis asintió, él tampoco regresaría a París. Ahora, no podía alejarse de la tumba de Casandra. Permanecería custodiando los restos de la joven durante toda la eternidad como castigo por intentar matar a su hermano. Gracias a la intervención de Lucien conservaría su forma humana, al menos, durante la noche. Casandra casi los había destruido a los dos.

Charles se puso en pie y tras un apretón de manos se marchó sin mirar atrás. Lamentaba despedirse de su amigo de esa manera, pese a sus ganas de perdonarle, aún sentía rencor en su corazón. Denis se giró con el ceño fruncido y la esperanza dibujada en los ojos; su hermano estaba tras él. Lucien comprendía su furia, también el dolor por la traición y la oscura venganza que anidaba en su alma. Sin embargo, quien más había perdido de los dos era Gerard. Esa muchacha había liberado al monstruo que había retenido en su interior durante tanto tiempo y, arrebatado con su desprecio todos los sentimientos humanos que había logrado conservar a pesar de los

siglos. Ahora, solo pensaba en alimentarse de la energía de los mortales de una manera voraz, sin tener en cuenta que su caparazón terrenal era demasiado frágil para sobrevivir a su apetito, sin molestarse en averiguar qué destruía ni a quién.

—¿Sabes dónde está ese bastardo? —preguntó Denis, y se sirvió otra copa.

—No lo sé y aunque lo supiera no te lo diría.

—Entonces, no necesitas verme.

—Denis, hermano...

—Yo no tengo ningún hermano... —le interrumpió, y desapareció de la habitación.

ABRE LOS OJOS

Solo se ve bien con el corazón; lo esencial es invisible para los ojos.

Antoine de Saint Exupéry

La chica era tan similar a Casandra que Denis acarició uno de sus mechones rojos para comprobar que no era una imagen creada por su imaginación. El rencor que sentía por Casandra no debía interponerse entre él y esa joven, quien no era culpable de la traición de otra mujer.

—No es verdad, no eres real —murmuraba Sara una y otra vez.

A pesar de sus ganas de que desapareciera de su vida, no entendía cómo deseaba tanto que sus suaves y frías manos la tocaran. Ese hombre no podía ser el ángel que había dibujado tantas veces y con el que había soñado tantas otras. Se dijo que vivía una pesadilla y se sonrojó al recordar sus acalorados sueños.

—Soy el hermano de Gerard. Me llamo Denis —se presentó como si fuera una situación normal.

Sara alzó el rostro y se encontró con la mirada penetrante de ese hombre. «¡Dios! ¿Todos los hermanos Chevalier tenían que ser tan atractivos? Sara, por favor, recuerda que es solo una alucinación», se obligó a pensar. Su cuerpo reaccionaba ante la familia Chevalier con demasiada entrega. Recuperó la valentía al convencerse de que cuando se enfrentara a ello todo volvería a la normalidad. Se alejó de él, hasta el otro extremo de la habitación, con la única intención de mantener una distancia prudencial para no rendirse a sus propios deseos. Lanzó un suspiro y tomó una bocanada de aire que le llenó por entero los pulmones. Su mente racional le urgía a creer que nada de lo que le había contado su aparición tenía algún sentido. Además, lo peor de la situación no era que creyera que era un ángel o que en un alarde increíble de demencia se convirtiera en mármol; lo peor era que

Sara no dejaba de recordar los besos apasionados que ambos habían protagonizado hacía un par de noches. Ni tampoco sus caricias, que deseaba repetir hasta que ambos hubieran satisfecho la pasión que prendía como la hojarasca cuando sus manos la rozaban.

—Si cuento hasta diez te marcharás —dijo con tal convicción que hizo que Denis evaluara si, después de todo lo que había presenciado, estaba en sus cabales—. Uno, dos, tres... —Denis esperó con paciencia a que terminara — ... nueve y diez.

Sara abrió los ojos, todo en la habitación permanecía en el mismo lugar, incluso el hombre que decía ser el hermano de Gerard.

—¡Por favor! ¡Márchate! ¡Desaparece! —gritó casi como una súplica, sin parar de ir de un extremo a otro del cuarto—. ¡No puede ser cierto! —terminó por estallar.

Denis alzó una ceja ante la tozudez de esa mujer.

—Puedes gritarlo diez, veinte o cien veces, lo siento, soy real.

Denis se acercó a ella y le acarició la barbilla. Su contacto la tranquilizó y sintió la misma necesidad de besarle que en su último sueño. Materializar un sueño no debía ser nada bueno, seguro que existía algún nombre en psiquiatría para definir una conducta como la suya. Alzó la mano con la esperanza de atravesar la imagen igual que si fuera un holograma.

—¿Estoy loca? —preguntó confiada en que le contestaría un sí que confirmara su estado mental.

Denis retiró un mechón rojo de su rostro con delicadeza.

—No estás loca —aseguró.

Sara retrocedió unos pasos, ruborizada, al pensar cómo lo había deseado y se había entregado a sus besos sin conocerlo.

—¿Entonces, tú... yo...? No era un sueño, ¿verdad?

—No —respondió él con contundencia.

Sara se giró abochornada al comprender lo que implicaban sus palabras. Se había entregado a un ángel, aunque su comportamiento no sería

catalogado de celestial.

—Entiendo...

—Creo que no, pero no tenemos mucho tiempo.

Sara recordó cómo su boca se había posado sobre la suya y, se sorprendió al pensar en cómo deseaba que sucediera de nuevo.

—Pero... tu rostro... eres como...

—Como el ángel de mármol negro que hay sobre una tumba en el cementerio y has dibujado tantas veces —dijo resignado Denis.

No había pensado que presentarse de esa manera la trastornaría tanto.

—Sí —dijo, y al instante, añadió—: ¡No!

No le molestaba que fuera el ángel que había dibujado, sino al que se había entregado sin pudor. Él no lo mencionó y ella fue incapaz de preguntárselo. Con timidez, acarició su mejilla.

—Estás helado... ¿Por qué? —En sus sueños siempre le parecía tan cálido o quizá era ella la que irradiaba calor por los dos.

—No es el momento de responder a tus preguntas —contestó con rudeza—. Debes escapar de Gerard.

—¿Gerard? ¡Nada de esto es verdad! ¡Tú no existes, solo eres un producto de mi imaginación! —repitió, empeñada en recuperar la cordura. Aunque ni siquiera a ella la convencían sus palabras—. Eres una alucinación. Eso es... una alucinación. Son las pastillas de Francesc —se dijo, mientras paseaba otra vez por la habitación. Entonces recordó que esa noche aún no se las había tomado.

Denis supo que no existía otra forma de convencerla de que decía la verdad, salvo despojándose de su máscara humana. Ni su rostro ni tampoco su cuerpo cambió demasiado al humano que mostraba al mundo, en cambio, sus ojos grises variaron de color hasta un inquietante tono plateado. No tomaba alimento de los humanos como Gerard, así que la transformación no era tan drástica.

Sara al ver esa imposible mutación se dirigió con desesperación hacia la

puerta. Denis no se lo impidió. Comprendía que era difícil asimilar su existencia y hubiera deseado no tener que sacarla de su error, pero estaba en peligro. Pensaba cada día en ella y no dejaba de recordar la última vez que la había tenido entre sus brazos, cómo se había entregado a él sin importarle quién era, de una manera absoluta. Denis había necesitado una gran entereza para no tomar lo que le ofrecía; pero hubiera sido de una vileza imperdonable no contarle que no formaba parte de un sueño. Confesarle quién era fue lo más difícil que había hecho en sus ciento treinta años de castigo.

Sara llegó hasta la puerta y tiró del pomo con fuerza. Oía sus pasos acercarse y esa maldita puerta estaba pegada a la pared. Al final, logró abrirla y bajó las escaleras del porche casi de un salto. Estaba lo bastante lejos del pueblo para que nadie la ayudara. La única vía de escape era el viejo camino que se dirigía a los acantilados. Alzó la tela del *kimono* hasta las rodillas y corrió para huir; a la vez que el corazón le advertía de que era inútil escapar de *su ángel*. Se reprendió por llamarlo así, debía dejar de pensar en él de esa manera en cualquiera de sus formas, es más, debería dejar de pensar en él; pero cuando Denis se interpuso en su camino con unas enormes alas negras supo que su paranoia había cobrado vida.

FIEBRE NOCTURNA

La naturaleza humana es buena y la maldad es esencialmente antinatural.

Confucio

Sara abrió los ojos muy despacio, reconoció el color blanco de las paredes y el azul de las cortinas; se encontraba en su dormitorio. Francesc le sujetaba la muñeca y tomaba su pulso, mientras Hugo miraba por la ventana.

—Vaya susto que nos has dado —dijo el doctor cuando despertó.

La ayudó a sentarse y colocó un cojín tras su espalda. Hugo se giró y Sara apreció en sus ojos algo más que una simple preocupación por su salud.

—Tu pulso se ha estabilizado y gracias a que vomitaste no ha sido necesario trasladarte a ningún hospital. Mañana quiero verte en mi consulta o deberé informar a salud mental —dijo Francesc—. Te conozco lo suficiente para saber que eres una joven fuerte, aunque después de ver estas marcas en tus brazos... —Francesc, disgustado, meneó la cabeza—. ¿Debería preocuparme?

—No —respondió Sara tajante—. Esto es parte de un pasado que no volverá a repetirse.

Escondió los brazos bajo las sábanas, incómoda porque hubieran descubierto su intento de suicidio.

—Buena chica. —Francesc le guiñó un ojo—. Te aconsejo que te dejes cuidar. Necesitas descansar, alimentarte bien y tomarte este jarabe para bajar la fiebre. —Dejó la receta en la mesilla de noche.

—No se preocupe, doctor. Me encargaré de que así sea —intervino Hugo.

—Eso espero, muchacho. No todos los días tiene uno la suerte de cuidar a una joven tan atractiva. ¿No crees?

—Desde luego —respondió. Sus ojos se suavizaron al mirarla—. Le

acompañó a la puerta.

—En serio, deseo no tener que repetir esta visita.

—No la harás —le aseguró Sara, luego se metió entre las mantas y se tapó la cabeza con ellas.

Estaba tan confusa que hubiera gritado de impotencia por no recordar nada de lo sucedido la noche anterior. Escuchó a Hugo subir la escalera y continuó debajo de las mantas con la esperanza de que eso postergara cualquier conversación. Él entreabrió la puerta, entendió qué pretendía y se marchó en silencio.

Sara lo oía moverse en la cocina. De un manotazo bajó las mantas y se sentó en la cama. Aquella era su casa y Hugo no era nadie a quien tuviera que dar explicaciones. No debía esconderse.

—¿Quién me encontró? —preguntó Sara desde el marco de la puerta de la cocina.

—Fui yo —respondió él.

Hugo se giró y cruzó los brazos sobre el pecho. Sara no pudo disimular el cansancio, era como si no hubiera dormido en una semana. Ante la escrutadora mirada de Hugo, se acercó a la encimera de la cocina. Se preguntó cómo la había encontrado. Al huir, se adentró en el camino que conducía a los acantilados. Además, le intrigaba conocer el motivo de su visita, pero de todos modos agradecía su presencia.

—Gracias por salvarme.

—No ha sido para tanto. —Hugo tomó una de sus manos y acarició la cicatriz—. ¿Por qué lo hiciste?

Sara se estremeció al recordar qué la impulsó a intentar quitarse la vida y retiró la mano.

—No lo sé —contestó cohibida por el rumbo que tomaba la conversación.

—¿De verdad no lo sabes?

—No... Hugo, yo... —No quería que él pensara que de nuevo tenía la loca idea de suicidarse—. El internado no era un lugar agradable y por aquel

entonces me atormentaban pensamientos estúpidos.

—Ahora, ¿también pretendes lo mismo?

—¡Claro que no! —exclamó—. Solo que... —vaciló—. Pensarás que estoy loca. Te juro que no tomo nada para tener alucinaciones.

—¿De qué hablas? —preguntó él.

Durante un segundo, Sara advirtió que evitaba cruzar su mirada con la suya.

—Vi a un monstruo. A uno de verdad. Sé que no vas a creerme, pero... era un ángel o algo parecido —omitió confesarle que en sus sueños no era ningún ser horrible.

—No viste a ningún monstruo. Todo fue culpa de lo que tomaste y de la fiebre —afirmó, acariciando su mano.

—¡No! ¡Maldita sea! ¡Yo sé lo que vi! —gritó.

Enfadada, se levantó de la silla con demasiada rapidez. Tuvo que detenerse al notar que la cabeza empezaba a darle vueltas. Hugo la tomó del brazo para sostenerla.

—No quise hablar delante de Francesc —afirmó él, y la ayudó a sentarse—. Cuando te encontré, sujetabas un bote de pastillas y una botella de tequila.

Sara no recordaba los acontecimientos de la noche anterior, para ella sus recuerdos estaban cubiertos por una neblina espesa que le impedía discernir con claridad qué había sucedido. Las imágenes se emborronaron ocultando la verdad, pero estaba segura de que en ninguna de ellas bebía una gota de alcohol.

Algo en los ojos de su amigo la obligó a callar. Sara lo miró con recelo y se preguntó las razones que tendría para mentirle.

—Ahora descansa. Me quedaré contigo esta noche para vigilarte. —Sara alzó una ceja desconcertada por sus palabras, así que Hugo intentó bromear—: Son órdenes del médico.

La joven devolvió una fingida sonrisa, mientras que los tentáculos de la

desconfianza se extendían con velocidad por su mente.

—No te preocupes. No pienso moverme de esta casa —respondió, disimulando su recelo.

Más tarde, Hugo fue a comprar las medicinas a la farmacia del pueblo. Sara utilizó ese tiempo para investigar. Se vistió con uno de los *kimonos* y, esta vez, el que escogió era bastante irónico para las circunstancias; uno de seda blanca, con una enorme pluma negra bordada a la espalda. Encendió el portátil e indagó sobre Hugo Escaleta. Durante un tiempo, los medios de comunicación lo dieron por desaparecido. Sus tíos lo buscaron durante dos años, hasta que un día reapareció de nuevo en Pravia sin dar explicaciones. Además, la casa que había alquilado pertenecía a su familia. La arrendaron cuando los padres de Hugo murieron, unos meses antes que su madre, en un accidente de tráfico. A continuación buscó información sobre Denis de Chevalier, pero no encontró nada que le ayudara a saber quién era o había sido. Tecleó con temor el nombre de Gerard. Salvo algunas notas en medios financieros del patrimonio y la antigüedad de la familia Chevalier, los descendientes se movían en el mundo actual con mucha discreción. Cerró el ordenador al escuchar que Hugo regresaba. Su amigo le dirigió una mirada de reproche por no seguir las instrucciones del médico, y otra de admiración por su exótica apariencia oriental. Durante la semana siguiente, en los pocos momentos en los que Hugo no estaba junto a ella, Sara creyó ver a Denis a su lado. Todo era tan absurdo que estaba convencida de que si lo decía en voz alta, *su ángel* desaparecería para siempre.

—¡No existes! ¡No eres real! —gritó, harta de una situación que atentaba contra toda cordura.

Crear en la presencia de un ente angelical o demoníaco la llevaría de nuevo a manos del psiquiatra y no estaba dispuesta a ser derrotada por una alucinación, aunque esta viniera con una tarjeta de presentación tan atractiva y seductora como un ángel caído.

—¿De verdad piensas eso? —dijo, irritado por su persistente incredulidad.

—Si no lo creyera, estaría loca.

Denis transformó sus grises iris en unos plateados antes de pronunciar con rabia.

—Entonces, nada de esto es posible.

Sin mucha delicadeza la sacó de la cama. La rodeó con los brazos y se apoderó de su boca. Había deseado hacerlo cada día de esa semana. De todos modos, era consciente de que cometía un terrible error. Su semejanza con Cassandra le hacía comportarse sin consideración. Quería resarcirse del dolor que le causó al traicionarle con Gerard. Sin embargo, cuando tenía a Sara entre los brazos no pensaba con claridad y el odio se entremezclaba con otro sentimiento que jamás pensó que experimentaría de nuevo.

Sara estaba enojada consigo misma por permitir que ese hombre la besara y convirtiera su interior en fuego líquido al abrazarla. Notaba la fuerza de sus manos recorrer su cuerpo marcando cada centímetro de su piel como suya. Eso la enfurecía y, a la vez, la llenaba de placer. Él abandonó su boca y descendió con cálidos y abrasadores besos por la garganta hasta llegar al nacimiento de los senos. Sara creyó que desfallecería, las sensaciones que le provocaba eran tan avasalladoras que apenas podía pensar. Dejó de respirar cuando deshizo el nudo del cinturón que sujetaba el kimono. La seda se deslizó con rapidez por su cuerpo. Él la separó un poco para contemplarla. Sara emitió un gemido de placer cuando *su ángel* besó la areola de uno de sus pechos. Ella necesitaba mucho más que esas tímidas caricias y, con decisión, lo atrajo hacia sí. Enredó los dedos en su cabello, mientras él jugaba con sus senos despertando en ella emociones que nunca antes había experimentado. Esta vez, quería sentirle en su interior, le daba igual si después la ingresaban en un psiquiátrico. Su necesidad por él podía catalogarse de enfermiza.

—¿Nada de esto es real? —le preguntó *su ángel*.

Denis empleó todo su valor para apartarse de su lado, junto con una enorme dosis de coraje cuando la vio desnuda con la respiración acelerada por la pasión, las mejillas sonrosadas por el deseo, los ojos brillantes de lujuria, los labios hinchados por los besos y el pecho palpitante a la espera de recibir más caricias. Aquella visión de ella le hacía sentirse despreciable.

Denis le hubiera demostrado que todo era tan real que él también sufría la misma necesidad de tenerla entre sus brazos, y las mismas ganas de adentrarse en su interior y enseñarle el Paraíso sin necesidad de morir. En lugar de ello, arrancó con furia la sábana de la cama y se la ofreció para que cubriera su desnudez. A continuación la agarró del brazo y la condujo hasta la única ventana de la casa desde donde se veían los acantilados y la obligó a mirar. Sara, con la otra mano, intentaba no perder la sábana, que apenas podía sujetar.

—¡Suéltame! ¡Me haces daño! —Se sentía tan humillada que jamás volvería a mirarse en un espejo sin sonrojarse. No entendía qué le pasaba cuando estaba delante de ese ángel, demonio u hombre. Para ella todos y ninguno—. ¡Hugo! —gritó con desesperación.

—Él no te ayudará.

—¿Qué le has hecho? —preguntó alarmada.

—Olvídate de él. Mira bien esas rocas, porque necesitarás creer para sobrevivir.

Sara se agitó en un intento de escapar de esas manos que eran tan tiernas cuando la acariciaban y ahora resultaban ásperas y duras. No sabía qué debía ver ni tampoco por qué para *su ángel* aquellos acantilados eran tan importantes. La luna llena iluminaba las agujas rocosas que conocía tan bien. Intentó girarse, pero la presión de esas frías manos en los hombros se lo impidió. Desalentada, aceptó que su contacto le robaba la esperanza de que todo fuera una simple ilusión. Por otro lado, sentir su respiración en la nuca le hacía perder el sentido y la concentración.

—¿Qué quieres que vea? —preguntó enfadada con él, aunque mucho más consigo misma por permitir que un ser como aquel hubiera puesto su vida del revés.

—Los acantilados —dijo Denis con los dientes apretados. Hubiera anhelado no haberse dejado llevar por el deseo, pero ya era demasiado tarde. No estaba seguro de que la próxima vez pudiera detenerse. Tenerla tan cerca lo desquiciaba—. Él quiere destruirte.

Sara obedeció a *su ángel*. «Debía olvidarse de llamarlo de esa manera. No era su ángel, pero olía a tierra húmeda y a mar. Una alucinación con ese olor lo cambiaba todo», pensó Sara y fijó la vista en el lugar que le señalaba.

—¡Dios mío!

—Hace tiempo que Dios no tiene nada que ver con todo esto.

INFERNO

El paraíso lo prefiero por el clima; el infierno por la compañía.

Mark Twain

Sara se giró temerosa de lo que encontraría a su espalda, pero lo que halló no la atemorizaba, sino más bien la llenaba de un anhelo y deseo que no alcanzaba a explicar. Se sujetó con fuerza la sábana al contemplar sus enormes alas negras. Alargó la mano, tenía la impresión de que tocaría el más fino terciopelo, aunque el gesto severo de su rostro la detuvo. Sus ojos brillaban como la plata recién pulida.

—¡No iré contigo a ningún sitio! —exclamó, recuperando la voluntad que había perdido ante la magnífica y temible estampa de aquel ser.

Tomó aire y contó mentalmente hasta diez, como le enseñaron en clase de relajación tras su intento de suicidio. Una vez que terminó, abrió los ojos, ignoró a Denis y regresó a su dormitorio.

Él la siguió y aguantó las ganas de sacarla de allí con o sin su consentimiento, pero debía aceptar la verdad o no podría protegerla.

—He venido a salvarte de mi hermano —dijo—. Por favor, recoge lo que necesites para esta noche y ven conmigo. —Denis regresó a su apariencia humana, pero a causa de la tozudez de esa mujer le costaba dejar de ser un caído. Furioso ante el desinterés de ella por el peligro que la amenazaba, añadió—: Si prefieres morir, es asunto tuyo.

—¿En serio crees que me marcharé contigo sin más? ¿Cómo sé que tú no eres igual que él? —le preguntó Sara, desalentada.

La imagen de aquella mujer sentada en la cama era demasiado tentadora para Denis y sus pensamientos sobre lo que le gustaría hacerle eran tan abrasadores que quemarían a los dos.

—No puedes saberlo —contestó, recuperando la frialdad que ambos

necesitaban para enfrentarse a Gerard—. Debes confiar en mí o morirás esta noche. No dispongo de mucho tiempo antes de que mi castigo me obligue a regresar al cementerio.

—¿A ser un ángel de mármol? —dijo Sara, y bajó la cabeza para ocultar los ojos de él. Había empezado a creer en sus palabras y eso no era nada bueno—. ¿Por qué Gerard quiere hacerme daño?

Denis se acercó a ella, muy despacio, para no asustarla. Replegó las alas y recuperó su apariencia mortal.

—No es a ti a quien quiere destruir, sino a mí. Te prometo que después contestaré a todas tus preguntas. Ahora, debemos irnos. Los sellos protectores que he lanzado sobre la casa para impedirle entrar no resistirán mucho tiempo.

—¿Sellos protectores? —Sara alzó las manos con resignación. Luego, sin darse cuenta, musitó—: Si eso no es suficiente, desear besar a una alucinación debe ser...

Se tapó la boca con las manos en el mismo instante en que terminó de pronunciar las palabras. Mortificada al ver cómo él elevaba una de las cejas, se levantó de la cama de un salto para esquivar su mirada. Ya había visto bastante, pero *su ángel* no pensaba lo mismo. De nuevo, Denis perdió su forma mortal. Embelesada, admiró cómo extendía las alas negras. Entonces, advirtió en sus ojos plateados un profundo sufrimiento. Su dolor atravesó el corazón de Sara y pudo vislumbrar el peso de la traición.

Denis no encontraba explicación al hecho de que ella pudiera ver retazos de su pasado. Trozos de una historia que hubiera borrado sin pensar. Aún le dolía el pecho al recordar el día posterior al descubrimiento de la traición de Cassandra. Encontró a su hermano en la biblioteca y su actitud dejaba bien claro que aguardaba aquel encuentro. Eso encendió mucho más el odio de Denis. Gerard dejó su copa y se puso en pie.

—Te esperaba mucho antes —dijo, satisfecho se metió los pulgares bajo la solapa de la chaqueta.

—¡Eres un bastardo! —bramó Denis temblando de rabia.

—Lo soy —dijo. En esta ocasión sus palabras no le habían alterado. Gerard tenía un gran motivo—. Pero amo a Casandra y ella a mí.

—¡Tú no sabes lo que es amar! ¡Siempre has sido un egoísta!

—¿A quién le debo eso, mi querido hermano?

Denis apretó la mandíbula. Las palabras de Gerard eran un recordatorio de su vida en la familia Chevalier. Denis tenía ocho años cuando su padre lo llevó a casa. Por aquel entonces, Gerard era un niño retraído que desconfiaba de todos. Durante un tiempo, no se molestó en hablar, pero pronto brotó la rebeldía en él y su padre se mostró cruel con un hijo que no había deseado y del que se sentía responsable por puro azar. Gerard creció con la certeza de ser inferior a sus hermanos, algo que su padre se encargó de enseñarle a fuerza de golpes que marcaron su personalidad. Su hermano podía olvidar el menosprecio y la inferioridad, pero nunca le perdonaría a su progenitor que el día que entregó sus hijos a Dios solo rogara por dos de ellos, ignorando su destino.

—Casandra no debe pagar por tu odio.

—Hermano, Casandra es mi salvación —respondió como si hubiera hecho un gran descubrimiento.

—Ella me pertenece.

—No es verdad, tú lo sabes tan bien como yo.

—Juro por Dios que voy a...

Denis guardó silencio cuando la puerta de la biblioteca se abrió. Casandra entró en la habitación con un libro en las manos. Sus ojos se desviaron hacia Gerard y su rostro se engalanó con una sonrisa tierna que devastó el corazón de Denis. Su hermano tenía razón, Casandra lo amaba, pero él amaba a Casandra. Nunca había renunciado a nada, nunca había sufrido la frustración de perder lo que más amaba. Ese sentimiento de impotencia le obligó a contener las ganas de matar en ese instante a su hermano. En vez de eso, tomó del brazo a Casandra y conteniendo la rabia le dijo:

—Querida, acompáñame a dar un paseo. Necesito tomar el aire.

Cassandra miró a Gerard como si le pidiera su consentimiento. Denis apretó con fuerza el brazo de la joven y sin tiempo para despedirse, salió con ella de la biblioteca.

De ese día aún recordaba cada palabra, gesto y actitud de su hermano. Y Sara, de manera incomprensible, había sido capaz de ver el dolor, la impotencia y el odio que sentía por Gerard. Posó con suavidad la palma de la mano en su frente y ese momento de revelación que ambos habían compartido, desapareció.

—Nos vamos —le ordenó. Odiaba utilizar sus poderes sobre ella, pero no la dejaría indefensa en manos de Gerard.

Sara parpadeó confundida, creía haber presenciado un hecho importante que había olvidado, pero solo quería marcharse en compañía de Denis. Estaba segura de que no era ella quien tomaba esa decisión, sino él, y lo odiaba por obligarla a aceptar su voluntad. Abrió el armario y arrancó con furia la ropa de las perchas. Con una mano, intentaba que no le resbalara la sábana, mientras con la otra sujetaba la ropa.

—¿Podrías concederme algo de intimidad? —preguntó.

—He visto bastante de tu intimidad. —Sara alzó el brazo dispuesta a lanzarle las prendas que sostenía—. No sería buena idea —contestó con una sonrisa que encantaría a una serpiente.

Sara se giró en redondo, tan furiosa que no dejaba de temblar. Debía reconocer que desnudarse y vestirse delante de *su ángel* era lo más erótico que había hecho en su vida. Salvo por el hecho de que los ángeles no existían y ella había perdido la razón. Aún más enfadada, tras unos minutos de lucha, consiguió ponerse el suéter. Al darse la vuelta, presentaba en las mejillas el mismo color anaranjado del jersey, pero descubrió que ya no obedecía sus órdenes con tanta facilidad.

—¿Dónde vamos? —Se oyó preguntar a pesar de que no quería acompañarle.

—A mi casa.

—¿Dónde vive alguien como tú?

—En el mismo infierno —respondió él con una sonrisa maliciosa.

Sara tragó saliva para hacer bajar el nudo que se le había formado en la garganta al oír la respuesta. No entendía la razón por la que Gerard la había escogido. No era nadie ni representaba un peligro para ningún ser terrenal o divino. Advirtió en los ojos plateados de Denis el deseo de ayudarla y algo más que la asustó. *Su ángel*, apenas durante un segundo, la había mirado con un amor que, de repente, se tornó en odio.

—Recoge la bolsa y vámonos —ordenó.

—¡No pienso ir a ningún lado! —Sara lanzó con furia al suelo la pequeña bolsa donde él la había obligado a meter sus cosas.

—¡Estás loca!

—No sabes cuánto —contestó Sara, apoyando las manos en la cintura dispuesta a emprender una batalla si era necesario—. No pienso ir a ningún sitio contigo.

—No tengo mucho tiempo —dijo, conciliador.

Necesitaba convencerla cuanto antes, aunque Sara se sentó en la cama y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Pues regresa a tu cementerio o adonde debas ir. —Los ojos de la joven brillaron retadores.

—¡Eres...! ¡Dios! —exclamó Denis, exasperado ante la tozudez de aquella mujer.

El ángel no estaba acostumbrado a que nadie desobedeciera sus órdenes. Había gastado demasiada energía en las distintas transformaciones y Sara no era fácil de dominar. El amanecer no tardaría en llegar y no contaba con más tiempo para convencerla.

—Tozuda, cabezota...

—Inconsciente y estúpida —la interrumpió él, y desapareció del cuarto.

Entonces, escuchó a Hugo regresar.

—¡Ya he vuelto! —anunció desde la puerta de la entrada.

Sara bajó a la cocina y, confusa por los sentimientos que le había

provocado *su ángel*, se lanzó a los brazos de su amigo.

—¡Eh! ¿Qué me he perdido?

—Nada —admitió ella, tras un momento de duda, añadió—: Me alegro de que hayas regresado.

—He ido a comprar un poco de comida, pero voy a tener que hacerlo más veces para tener este recibimiento —bromeó él.

Sara le ayudó a colocar varias botellas en el frigorífico.

—No seas tonto. Es el resfriado —aseguró con un cariñoso empujón.

Tomó del brazo a Hugo y se dirigió con él al porche. Conversaron un rato más hasta que un viento frío hizo tiritar a la joven.

—Deberíamos entrar.

—Dentro de un rato. Estoy bien —dijo Sara.

—¡No! —ordenó—. ¡Ahora!

A Sara le molestó la forma autoritaria de hablar de Hugo. Había adquirido un papel en su vida que no le correspondía. Estaba agradecida de contar con él en esos malos momentos, pero eran amigos y eso no le otorgaba ningún dominio sobre ella, aunque pensaba que Hugo no lo entendía de la misma manera.

—No me hables de ese modo —le reprochó, disgustada.

—Lo siento —se apresuró a explicar él—. No quiero que la fiebre te suba de nuevo. Hace demasiado frío.

—Entraré dentro de un rato —afirmó Sara con determinación—. Él aparecerá. Sé que lo hará —dijo en un susurro casi inaudible, pero Hugo la escuchó.

— ¿De quién hablas?

Dudó confesarle la existencia de Denis y que su amigo la considerara una demente. Pero, para ella *su ángel* era muy real. Tan real que deseaba cada vez más que se le apareciera y esa idea amenazaba su estabilidad sentimental. Había llegado a pensar que no le incumbía lo que le sucediera a su mente.

—De él...

—¿De quién?

Podía decirle que esperaba con ansia que anocheciera para soñar con él en cualquiera de sus formas. También que era el hermano de Gerard y un ángel, aunque mucho menos terrorífico. Si le decía la verdad, Hugo creería que había perdido la razón. En cambio, su amigo era más reservado de lo que recordaba. Además, había detectado en él una mirada peligrosa, quizá Hugo Escaleta ya no fuera alguien en quien pudiera confiar, así que le dijo:

—Y tú, ¿quién eres tú?

Hugo no respondió. Silencioso se dirigió a la cocina para guardar las cosas que había traído. Sara pensó que esa noche había sido demasiado extraña para ella, pero no todo eran imaginaciones suyas. Desde uno de los árboles cercanos a la casa, distinguió cómo unos ojos plateados la vigilaban.

NUNCA JUEGUES CON DESCONOCIDOS

Hay puñales en las sonrisas de los hombres; cuanto más cercanos son, más sangrientos.

William Shakespeare

Dos días más tarde, el mal tiempo concedió una tregua a Pravia. Sara se soltó el pelo y se vistió con unos vaqueros oscuros, una vieja camiseta de manga larga con signos celtas, y unas desgastadas zapatillas grises de deporte. Con decisión, se encaminó a la antigua casa de su padre, dispuesta afrontar los fantasmas del pasado y los demonios del futuro. El tiempo que dedicó en llegar al acantilado lo invirtió en pensar qué haría con su vida. Con el sol de la mañana todo lo vivido apenas dos días antes le parecía irreal. Cuando divisó la que fue su casa, sintió una sensación de desasosiego que la afligió y mermó su valentía. Respiró hondo un par de veces, no podía flaquear después de llegar hasta allí, y pulsó el timbre. En esta ocasión, no fue ningún sirviente quien abrió, sino el mismo Gerard. El amante de Lidia se apoyó en el marco de la puerta y en silencio la miró con desdén sin pronunciar una palabra. Por primera vez desde que se conocían, no vestía un elegante traje de alguna marca francesa, solo unos vaqueros. «Qué obsesión por enseñar músculos tenían los hermanos Chevalier», pensó Sara. Tenía unas profundas ojeras y parecía cansado.

—¿Has decidido qué vas a hacer? —le preguntó malhumorado—. No dispongo de todo el día —dijo con una nota de impaciencia en la voz.

Gerard se giró y se dirigió al salón. Sara, durante unos segundos, permaneció indecisa delante de la puerta. Temía que, al entrar, su vida acabara destruyéndose. Aunque por el momento, su anfitrión se asemejaba más a un inofensivo joven rico y atractivo tras una noche de resaca que a un monstruoso ángel o demonio.

—¿Has pasado mala noche? —preguntó con un tono de sorna que Gerard reconoció sin dificultad.

Él no contestó. Continuó inmóvil delante del gran ventanal que presidía el salón como si la presencia de Sara le fuera indiferente.

—¿A qué has venido?

—Necesito respuestas —dijo, y alzó el mentón en una actitud desafiante que en otras circunstancias habrían divertido al ángel.

—¿Respuestas? —Gerard se dio la vuelta, y Sara se sobresaltó por la vehemencia que había marcado su voz—. Eso puede ser peligroso para ti.

—No mucho más que pensar que he perdido la razón —contestó.

Gerard sonrió y, ante aquella muestra de cordialidad, Sara aguantó las ganas de salir corriendo de la habitación.

—¿No temes que te mate? —Gerard le acarició la mejilla con suavidad—. Sé que mi hermano ha hablado contigo y compartido algo más que palabras. —Esta vez, exhibió una sonrisa maliciosa—. Él piensa que eres ella y eso hace todo esto mucho más interesante.

—Interesante o no, no quiero tener nada que ver con vuestros juegos.

—Eso no puedes evitarlo. —Gerard cogió uno de sus mechones rojos y jugueteó con él entre los dedos.

—¿Por qué yo? —Sara le retiró la mano de un manotazo y él las levantó en señal de paz.

—Muchas preguntas cuando apenas he descansado.

Se tumbó en el sofá, colocó el antebrazo sobre la frente y la ignoró.

—Por favor, quiero saber las respuestas —pidió Sara con humildad.

—No voy a negarte que me gustaría verte suplicar —dijo Gerard sin mirarla—. Aunque no tengo tiempo para saciar tu curiosidad.

La valentía de Sara le asombraba. Notaba su miedo, pero tenía el carácter suficiente para no amilanarse ante su presencia. Algo de lo que había carecido Casandra.

—Por favor... —rogó Sara, tragándose su orgullo.

—Está bien —terminó por claudicar—. A nosotros, los ángeles defensores, nos está prohibido yacer con humanas —confesó Gerard. De un salto, se colocó a su lado y le acarició el cuello. Sara sintió un escalofrío con la caricia y se alejó de él—. Una prohibición ridícula que a Dios le parece necesaria. —Gerard giraba alrededor de ella mientras hablaba—. No somos como el resto de los ángeles, no fuimos entregados a la muerte. Éramos mortales a los que Dios eligió para formar parte de un ejército contra los infiernos. Un ejército brutal y despiadado. Un ejército creado para vencer a los demonios. Nos dotó de los dones propios de los ángeles para combatir en su guerra. ¿Crees que yo elegí pertenecer a ese ejército?

—No lo sé. ¿Lo elegiste?

—¡No! —exclamó con una mueca de amargura, y a continuación le habló tan cerca que Sara sintió su respiración en el cuello—. Mi padre nos entregó a Dios como simples ofrendas. —Se alejó y le dio la espalda—. Era un hombre cruel. Poco antes de su muerte, el miedo a pasar la eternidad en el infierno le hizo rogar al Todopoderoso su perdón y él lo escuchó. A cambio, solicitó la entrega en sacrificio a sus tres hijos. —De repente, estaba tan cerca de ella que la sobresaltó su proximidad—. No le importó ninguna de nuestras vidas. Nos condenó a una eternidad de luchas, de destrucción y de soledad. Lo odié por ello desde el día en que supe que formaría parte de aquel ejército. Te aseguro que no fue nada agradable dejar de ser mortal y jamás hubiera elegido convertirme en una marioneta sin voluntad.

—Siempre existen opciones...

—¡Opciones! —la interrumpió. Gerard reveló el odio que sentía hacia lo que se había convertido—. Para los elegidos nunca existen alternativas. Sin embargo, ahora soy yo quien toma mis propias decisiones. Aunque, como todos, he pagado un alto precio.

—¿Qué precio? —preguntó, sin resistir saber más sobre los Chevalier y, en concreto, sobre *su ángel*.

Gerard se acercó a la mesa de las bebidas y se sirvió una en una delicada copa de cristal de Bohemia.

—El rechazo de mis propios hermanos. Fui el primero en abandonar a Dios. Cuando Denis y Lucien se enteraron de mi decisión, ambos renegaron de mí. Jamás les perdonaré que ninguno me preguntara los motivos de mi deserción. Ni a Denis que quisiera matarme.

—¿Por qué hizo algo así? —preguntó, sin creer del todo en sus palabras.

Sin darse cuenta de cómo había sucedido, sintió el pecho de Gerard presionar su espalda. Entonces, el ángel al oído le susurró:

—Por algo muy estúpido. —Sara se giró con rapidez, pero él ya se había alejado y la observaba con una sonrisa de hastío—. Un amor no correspondido, pero tuvo la suerte de que Lucien interviniera en su favor.

—¿Qué hizo tu hermano para ayudarlo?

—Para conocer la respuesta deberás pagar un precio.

A Sara no le gustaba cómo la miraba ni tampoco el juego que se traía entre manos.

—¿Qué quieres? —se atrevió a preguntar, aunque estaba segura de que no le agradaría escuchar la respuesta.

—Un beso —dijo con una sonrisa tan encantadora como la que exhibiría un cocodrilo antes de atrapar a una presa—. Después de todo, creo que es un precio ridículo para saciar tu curiosidad. Y puedo leer en tu mente que no te disgustan los hermanos Chevalier.

—¡No! —contestó, indignada ante la propuesta—. ¿No has abusado bastante de mí?

—Nunca he tomado nada que no hayas querido darme.

Pese a la repugnancia que sentía hacia él, Sara apreció en sus ojos sinceridad.

Gerard se acercó a la puerta y, con un gesto, le indicó que se marchara.

—Entonces, no tenemos nada más que hablar —anunció.

—¡Está bien! —admitió, resignada.

Gerard la tomó por la cintura con tanta fuerza que pensó que la partiría en dos. Notó la musculatura de su torso presionarle los pechos. También

escuchó el feroz latido de su propio corazón, el cual se había lanzado en una carrera a galope a causa del miedo. Pese al temor, no podía mentirse a sí misma, el atractivo de ese hombre o ángel era abrumador. Sintió la frialdad de sus manos atravesarle la ropa y se perdió en el abismo de sus ojos dorados. De repente, su mente rememoró otros ojos grises, mucho más cálidos y el recuerdo le hizo ponerse rígida. Al notar los labios de Gerard apoderarse de los suyos, la imagen de otra mujer surgió ante ella. La habitación desapareció, incluso ellos lo hicieron. De pronto, se encontró en un dormitorio donde había diferentes cuadros religiosos colgados en las paredes y una enorme cama con dosel. Quiso separarse de Gerard, pero todo giraba a su alrededor de una manera borrosa. Asustada, empujó con más fuerza al amante de Lidia y las visiones se desvanecieron. Cuando Gerard se alejó de ella, Sara respiraba con dificultad.

—Teníamos un trato. Contesta a la pregunta —logró decir.

También a él le costó recuperarse de la sorpresa de revivir aquellos instantes con Casandra. Disimuló su desconcierto acercándose a la mesa de las bebidas. Se sirvió una copa de *bourbon* y se la bebió de un trago.

—Algo terrible —dijo—. Lucien es el mayor de mis hermanos. Alguien al que es mejor no tener como enemigo. Es obstinado, tanto que para salvar a Denis se condenó para siempre, salvo que... bueno, esa es otra historia que en nada tiene que ver contigo. —Se bebió de un trago una segunda copa y se sirvió otra—. Lucien quiso liberarle y para ello utilizó varias almas humanas. Eso enfureció aún más a Dios. He de confesarte que el mayor de mis hermanos es capaz de sacar de quicio a cualquiera. De todas formas, se las ingenió para conseguir un trato que liberara a Denis. —Gerard le sonrió con amargura.

—¿Qué trato? —Sara temía la respuesta.

—Uno que pensé nunca encontraría. El problema de Lucien es su maldita obstinación. —Gerard se acercó al mirador desde donde Sara había contemplado tantas veces los acantilados en compañía de su madre—. El día que encontrara un alma mortal, semejante a Casandra, que hubiera llamado a

la muerte y no sucumbido a ese fatal desenlace. Ese día, esa alma le sería entregada para salvar a Denis. Ahora la ha encontrado.

Gerard se dio la vuelta y clavó sus ojos dorados en ella. Entonces, Sara advirtió un odio tan profundo que creyó que las tinieblas la envolvían.

—Tú eres esa alma —dijo, y al terminar de pronunciar esas palabras la sangre brotó de una de sus manos. Gerard había destrozado la fina copa de Bohemia.

SI LA MUERTE TE VISITA JAMÁS LA INVITES A PASAR

Todo el mundo desea saber, pero nadie quiere pagar el precio.

Juvenal

La transfiguración de Gerard la turbó por la semejanza que existía entre los dos hermanos. Pero más allá de su aspecto, Sara reparó en que Gerard era mucho más peligroso e imprevisible que Denis. Poseía unos ojos amarillos abrasadores y sus garras parecían tan afiladas como el filo de una espada.

—Nadie puede ayudarte —le advirtió, y su voz ronca, carente de emoción, resultó para Sara más terrorífica que su apariencia.

Gerard recuperó su forma humana, posó una mano sobre la frente de la joven y ella escuchó un mandato dentro de la cabeza. Una orden poderosa a la que no tenía la fortaleza de resistirse, tan tentadora que la obligaba a obedecer sus deseos. La voz quería que terminara con su sufrimiento, invitándola a lanzarse a las oscuras y profundas aguas del acantilado desde el mirador. Gracias a la inesperada entrada de Lidia en la habitación, se liberó de su dominio. El esfuerzo la había dejado exhausta, tenía la respiración agitada y un sudor frío le recorría la espalda.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, sorprendida, al encontrar a su hijastra en el salón.

—¡Lidia! —exclamó Gerard con desagrado por la súbita aparición.

Aún no había tomado la energía que necesitaba y controlar a las dos mujeres sería un desgaste inútil que no podía permitirse.

Sara estaba demasiado aturdida para contestar, pero gracias a Lidia recuperó la voluntad sobre su persona. La joven giró la cabeza hacia la puerta y corrió hacia ella.

El cielo se había cubierto de unas nubes de color azufre que ocultaron al sol por completo. Sara seguía sin comprender qué había pasado en aquella casa, aunque el tiempo al igual que ella se encontraba agitado. Como tantas veces en Pravia, la mañana soleada y primaveral daría paso a una tarde tormentosa, que descargaría toda su furia antes del anochecer. Debería estar aterrorizada, en cambio, sentía la necesidad de averiguar qué había de verdad en todo lo que le contó Gerard. Cambió de dirección y se encaminó al único lugar donde encontraría una respuesta.

Manuel había cerrado la cancela del cementerio con una cadena de gruesos eslabones. Sara acercó el contenedor de basura a uno de los muros del camposanto y lo utilizó para trepar. Saltó al otro lado y la bajada le costó un ligero dolor en el tobillo. Cojeando, se dirigió a paso decidido al mausoleo. Se plantó delante de la escultura de *su* ángel y lo estudió con minucioso detalle. Observó cómo sus ojos marmóreos parecían escudriñar la eternidad. Se sentó en una de las tumbas y esperó a que cobrara vida. La simple idea bastaría para ingresarla en un manicomio. No quedaba mucho para que oscureciera y el silencio que la rodeaba calmó la ansiedad que Gerard había sembrado en su interior. Se sentía en paz y observó embelesada cómo a su alrededor surgía una espesa niebla cargada con el olor del mar que llegaba desde los acantilados. Escuchó un ruido a su espalda y se giró con rapidez, pero solo se trataba de un gato que se paseaba entre las tumbas. Entonces, sintió una fría mano posarse sobre su hombro. No necesitó darse la vuelta para imaginar a quién pertenecía. Denis la ayudó a levantarse.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó con su acostumbrado gesto serio.

Se le veía cansado y triste.

—Buscarte —contestó Sara sin temor.

La joven evitó observar su desnudez, por lo visto si la maldición dejaba de

existir también lo hacía su ropa.

—Ya me has encontrado.

Denis rodeó la cintura de Sara, la acercó a su pecho y extendió las alas. Asustada, porque la tierra desaparecía bajo sus pies, se abrazó a su cuello y advirtió el latido pausado de su corazón, junto con el olor a tierra y humedad que siempre desprendía su cuerpo. En ese instante, hubiera vendido su alma por sentir su piel junto a la suya. Todas esas imágenes lujuriosas no la dejaban pensar con claridad, sobre todo, cuando sentía su masculinidad presionando contra ella.

—¿Dónde estamos? —preguntó Sara, para tranquilizar sus emociones y enfriar la situación, cuando notó, de nuevo, el suelo.

Denis, con suavidad, la apartó de él. Leer la mente de Sara le incitaba la necesidad de una ducha fría para apaciguar su deseo. Si seguía abrazándola, le arrancaría la ropa para cumplir cada uno de sus pensamientos.

—En la casa de los Chevalier —contestó al fin.

—Yo creí que tú...

—¿Que vivía en el infierno? —dijo, y exhibió una mueca burlona en los labios.

—Algo así —dijo Sara, sintiéndose ridícula al terminar de hablar.

Su casa era una de esas enormes y antiguas mansiones construidas por los ingleses en Pravia. Un cuidado jardín la rodeaba y un gran muro de piedra blanca velaba por la intimidad del propietario. Sara lo siguió sin levantar la vista de los pies, aunque la curiosidad la tentó lo suficiente para que de reojo contemplara el trasero de un ángel.

—Si sigues mirándome así tendré que hacer lo mismo contigo —la amenazó sin darse la vuelta.

Sara se concentró en una canción de su niñez para desterrar de su mente las imágenes eróticas que le provocaban su desnudez.

—Eso no te servirá.

Sorprendida, dejó de cantar y pensó en todas las palabras soeces que

recordaba.

—No te pases —le advirtió él, pero esta vez sus ojos se clavaron en los de ella. Sara admiró su pecho, su perfecta musculatura y sus atributos masculinos.

—Soy un ángel, no un eunuco —le aclaró, entre divertido y molesto porque dudara si era capaz de complacerla.

—¡Basta! —gritó Sara tan acalorada que podría encender las chimeneas de todas las casas de Pravia—. Deja de leerme como si fueras un escáner —pidió enfadada.

Denis no respondió, pero no disimuló una sonrisa jactanciosa cuando se giró satisfecho por el deseo que había turbado la mente y el cuerpo de la joven.

Por su parte, Sara decidió concentrarse en lo que la rodeaba. La decoración demostraba que el propietario ostentaba un sobrio gusto inglés. También había elaborados tapices y cuadros antiguos. Denis entró en la biblioteca, donde había unas gigantescas librerías de madera. Sara se acercó a una de ellas; colocados en un orden riguroso se mostraban ejemplares en todos los idiomas y de todas las épocas. Leyó títulos de filosofía, de arte, de política y multitud de ensayos y novelas. Una chimenea de mármol blanco presidía la biblioteca. Encima, habían colgado un enorme paño que escenificaba la caída de los ángeles fuera del Paraíso. Una batalla desigual donde muchos de ellos perecieron sin remedio. Sara observó a *su ángel* con disimulo, mientras se vestía. Suponía que había sido él quien había dejado aquella ropa en la biblioteca. Su rostro cuadrado entreveía a alguien con determinación férrea. Por primera vez, se fijó en que sus ojos eran ligeramente rasgados y la estudiaba con tanta precisión como si fuera una máquina con engranajes y piezas construidas con sumo cuidado. Reconoció que ambos hermanos tendrían mucho éxito entre las mujeres. Aunque Denis mostraba una solemnidad que le hacía parecer mayor que Gerard. El ángel sirvió dos copas de jerez y ofreció una a Sara. Ella ni siquiera sabía qué era aquella bebida de color dorado pálido, pero de todas formas se la tomó.

—Supongo que tendrás muchas preguntas —dijo él con voz tensa, sentándose en uno de los sofás que había frente a la chimenea. Sara imitó su comportamiento.

—Solo una —respondió, retándolo con la mirada—. ¿Quién eres?

—Esa es la más difícil de contestar.

Sara aguardó a que continuara hablando, pero su silencio terminó por hacerla estallar.

—¡Santo Cielo! —exclamó, y se levantó de golpe con un suspiro de exasperación—. ¡Necesito respuestas!

Denis ignoró su enfado y se dirigió a la ventana, mientras que ella, resignada, esperaba que se decidiera a hablar. El ángel sopesó el hecho de que hacerlo le traería duras consecuencias. Recordó cómo padeció al rebelarse para obtener más conocimientos. Al contrario que sus hermanos, nunca había pretendido dañar a los mortales. Habían pasado muchos años desde que dejó de ser un hombre para convertirse en un guerrero. Pese al poder, su conocimiento y su fe, el sentimiento de amar no había sido destruido del todo en él. Delante de Sara necesitaba todo su control para no lanzarse sobre ella y besarla. Era semejante a Casandra y, a la vez, muy diferente. Nunca había sentido la necesidad de proteger a Casandra como le sucedía con Sara. Su parecido era una broma del destino demasiado cruel. La única persona que podía salvarlo era a quien no se lo permitiría. Lucien había sacrificado muchas almas inocentes por ayudarle y, cada una de esas almas, pesaba sobre su conciencia obligándolo a sufrir aún más su propio castigo. Ahora, una había llamado a la muerte y esa sería sacrificada para que él fuera libre. No consentiría que la joven que lo miraba enfadada desde el otro lado de la habitación muriera.

—Esta noche no obtendrás tus respuestas —dijo, mostrando con su tono de voz que había zanjado por completo la conversación—. Acompáñame hasta uno de los dormitorios. Es peligroso que regreses a tu casa.

—¿Peligroso? —preguntó a punto de perder la paciencia.

—Hay muchas cosas que no entiendes.

—Explícamelas —insistió, decidida a averiguar por qué se encontraba en medio de esa lucha entre hermanos. A pesar de las respuestas que había obtenido de Gerard quería oír la verdad de boca de *su ángel*.

—Ya te he dicho que esta noche no saciaré tu curiosidad. Estoy cansado.

Denis se apoyó en la pared y una fina capa de sudor le cubrió la frente. No robaba la energía vital a los humanos, la suya la obtenía de los alimentos como cualquier otro mortal. Las cantidades eran mucho más pequeñas que las logradas por Gerard. Su falta de energía le ocasionaba cansarse con más facilidad cuando utilizaba su forma inmortal.

—¿Te encuentras bien? —Sara se acercó a él para ayudarlo, pero Denis se lo impidió con un gesto de la mano.

Durante un segundo, la intensa mirada de sus ojos plateados la intimidaron lo bastante para no acercarse a él. Sara necesitaba respuestas y ningún atractivo, seductor y sensual ángel la distraería de conseguirlas.

—¿Cómo lo harás?

Sara alzó el mentón, pese a la atracción que sentía por él no se dejaría amedrentar.

—¿Cómo haré qué? —contestó Denis con una expresión sombría, mientras mantenía su máscara humana delante de ella.

—Matarme.

El ángel evitó su mirada, aunque el rostro desafiante de Sara intentaba disimular su temor. Sus esfuerzos por ocultar el miedo no evitaron que el caído viera a la niña asustada, mojada por la lluvia y perdida en un mundo que no comprendía.

LA RULETA RUSA

Ni el sol ni la muerte pueden mirarse fijamente.

Francois de la Rochefoucauld

Sara se levantó de la cama y no encontró sus zapatos. Descalza, anduvo por aquella casa hasta llegar a la puerta de la cocina, donde un agradable olor a café terminó por despertarla. Ignoraba qué comían los ángeles, pero el suyo tomaba una taza de café, un par de tostadas con mantequilla y un zumo de naranja.

—Hola —dijo con amabilidad.

Él levantó los ojos del periódico que leía.

—Todavía es de noche. Aún puedes dormir —contestó. Denis suspiró resignado y como si le hiciera una promesa, añadió—: No dejaré que nadie te haga daño.

—Muy considerado por tu parte —respondió, y alzó una ceja antes de preguntar—: ¿Qué hora es?

—Las cuatro de la madrugada.

—¿Cuándo te convertirás en piedra?

Sara apoyó todo su cuerpo contra la puerta de la cocina, mientras su anfitrión doblaba con cuidado el periódico. Esa madrugada, vestía una camisa blanca y unos vaqueros. Sara tragó saliva ante el deseo que ese hombre despertaba en ella sin apenas proponérselo.

—Con los primeros rayos del sol —respondió Denis de mala gana.

—Entiendo.

—¿De verdad? —Esta vez fue él quien alzó la ceja y, para cambiar de tema, añadió—: Si tienes ganas de desayunar hay café y tostadas.

—El café está bien.

Sara, con la taza en la mano, se sentó en una de las sillas que estaban frente a él. Incómoda por el silencio que se había instalado entre los dos, se dedicó a observar los electrodomésticos. Después dirigió la vista hacia las telas de las cortinas. Debía reconocer que le concedían a la cocina una atmósfera agradable. Además, los dos ventanales permitían ver el jardín desde la mesa del desayuno.

Denis miró a Sara a los ojos y ella le devolvió la mirada impasible. La tensión entre los dos se respiraba en la habitación. Sin embargo, el ángel fue el primero en lanzar la toalla, cosa que suscitó en Sara una sonrisa de triunfo.

—¿Soy tu invitada o tu prisionera?

En esta ocasión, ella bajó la cabeza, había advertido sin necesidad de una palabra que no era buen momento para desafiarle. No de esa forma.

—Te aconsejo que estés en un lugar público durante el amanecer. Gerard no se atreverá a atacarte si hay gente a tu alrededor. Al anochecer, debes regresar aquí. Durante el día, tu casa no es segura, a pesar de los sellos protectores.

Sara, escéptica, discurrió sobre el hecho de cómo podía hablarle de peligro un tipo que tenía alas y quería arrebatarse el alma. Sus palabras le resultaron cómicas.

—¿En serio piensas que voy a creerme todo esto? ¿Sellos protectores? ¿Hay algo más que hayas olvidado decirme?

Denis convirtió sus ojos grises en dos ranuras plateadas, mientras dos alas negras y enormes surgían en su espalda. De un salto, se subió a la mesa y con un manotazo lanzó al suelo todo lo que había en ella, pero Sara salvó a tiempo su café. Lentamente, colocó el rostro a escasos centímetros del de ella. La joven no retrocedió, impasible a sus intentos de intimidarla. Bebió como si nada anormal sucediera ante sus ojos, aunque sujetó la taza con más fuerza para infundirse valor. Notaba su cálida respiración y también el autocontrol que se infligía para no matarla en ese momento.

—Sería fácil asesinarte —dijo, y su nariz rozó la suya—. Tú misma lo harías si te lo ordenara.

Sara juraría que no solo pensaba en matarla, su mirada la había examinado de arriba abajo como una sensual caricia.

—Yo...

—Antes puedo complacer tus más íntimos deseos —la interrumpió mordaz.

La furia de Sara aumentó al comprender el poder que ejercía sobre ella y cómo leía su mente. Se puso en pie, temerosa de que descubriera lo mucho que deseaba que la besara. Entonces, la rabia superó a su prudencia.

—¡Maldito seas! ¡Sal de mi cabeza! ¡Ahora!

Denis se colocó detrás de ella sin haberse dado cuenta de cómo lo había hecho. Sara se giró con los puños apretados por la rabia y él replegó las alas. Palideció al divisar una ligera mueca de cinismo asomar a sus labios. El juego había acabado. Ahora, estaba frente a un ángel con una pasión que terminaría consumiéndola, si no evitaba ese fatal desenlace. Intentó resistirse a su deseo, pero cuando las manos de Denis la sujetaron por los hombros y la tumbó en la mesa, supo que había perdido aquella batalla.

—Nunca enfades a un ángel caído. Puede ser muy peligroso.

Sara notaba el peso de su cuerpo sobre ella y era de lo más placentero. La presión de su torso desnudo sobre sus pechos resultaba tan excitante como turbadora. Se avergonzó al sentir cómo reaccionaba a la pasión que había encendido en su interior con tan solo besarla. Por una vez, estaba segura de que no soñaba. Sara enredó los dedos en su pelo y sus piernas rodearon la cintura de Denis.

—¿Cuánto de peligroso? —respondió Sara, mientras sentía cómo el corazón se le aceleraba por las emociones que él le generaba solo con mirarla.

Denis se quitó los vaqueros con urgencia, lo único que había resistido a su transformación. Necesitaba, al igual que ella, sentir y tocar su piel desnuda. La ayudó a desprenderse de su ropa. Sus manos, su boca y su cuerpo no la engañaban; la deseaba tanto como ella a él. Esta vez no permitiría que la abandonara.

—No te gustaría comprobarlo.

Denis recorrió el contorno del cuerpo de Sara con exigencia, marcando como suyo cada palmo de su piel. Sus manos frías encendían a su paso un fuego que amenazaba con consumirla desde lo más profundo de su ser. Sara se aferró a él por miedo a que se desvaneciera como ocurría en sus sueños. Los labios de *su ángel* besaron su cuello y descendieron con lentitud hacia su pecho. Sara emitió un gemido y arqueó la espalda en un gesto evidente de lujuria.

Denis la acarició con una urgencia tan descarnada que en esta ocasión no podría contenerse. Nada en este mundo o en cualquier otro hubiera detenido su necesidad por ella. Su ardor era una tentación que lo enloquecía y su plena entrega le devolvía la humanidad que creía ya perdida.

—Si quieres detenerme —se obligó a decir, y sus manos permanecieron inmóviles—, hazlo ahora, o yo...

—Ni se te ocurra desaparecer.

Denis sonrió complacido, ninguna mujer hubiera aceptado su forma no humana y Sara, lejos de temerle, se entregaba a él. Había leído su mente, no solo era sexo para ella, también se sentía atraída por su persona. Siempre había sido así, desde el día del entierro de su madre. Sin dejar de mirarla a los ojos se introdujo en su interior con toda su plenitud y temeroso de su rechazo.

—*Mi ángel* —pronunció ella con un hilo de voz, apretando las caderas contra el cuerpo de Denis.

A él le sorprendió su humedad y calidez, ni siquiera hubiera imaginado que esa mujer era tan dulce como la ambrosía y tan peligrosa para su voluntad como el mismo Satanás.

Con cada embestida angelical,

Sara se sentía completa, tan plena que lágrimas de felicidad y placer asomaron a sus ojos. Creía que se encontraba en el mismo Paraíso. Entonces, Denis inició un suave movimiento que la transportó a un abismo de absoluta enajenación.

—Casandra... —dijo él con la voz llena de deseo, cuando ambos estaban a punto de llegar al éxtasis. Sara no pudo evitar clavarle las uñas en la espalda.

Su cuerpo reaccionó como si la temperatura descendiera cien grados—. Sara, yo... —intentó disculparse cuando ella, igual que un pez fuera del agua, se removió y lo empujó con urgencia para expulsarlo de su interior.

Denis carecía de excusas para impedir que se marchara y la dejó ir. En silencio, se puso los vaqueros y Sara recogió su ropa sin pronunciar una palabra. Se sentía tan humillada y utilizada que necesitaba alejarse de él cuanto antes o empezaría a llorar, y eso era lo último que quería hacer. Se giró en redondo, mostrando todo el orgullo que aún conservaba intacto y salió de la cocina.

Denis quería explicarle el motivo que le había llevado a pronunciar el nombre de Casandra, pero nada de lo que dijera borraría el dolor que le había causado. No la siguió y tan solo pudo emitir un profundo suspiro lleno de una sosegada y oscura tristeza.

Sara ignoró las recomendaciones de Chevalier y regresó a su casa. Se había jurado que no volvería jamás a su lado. Le había dolido tanto que la llamara Casandra que ese dolor se le había clavado con dientes afilados en las entrañas. Cuando descubrió el motivo de por qué se sentía de ese modo casi se echó a reír. Se había enamorado de un ángel, pero que él no fuera capaz de recordar su nombre cuando la había amado era más de lo que podía soportar por el momento. Se asustó por la profundidad de sus sentimientos hacia un hombre o ser del que apenas sabía nada.

Al entrar en el pequeño jardín descuidado de su casa se encontró a Hugo esperándola en el porche. El rostro de su amigo mostraba el enfado que intentaba contener. Sara no quería ni tenía ganas de dar explicaciones y, menos aún, ver a su amigo despechado o celoso. Así que optó por lo más justo, no contarle dónde había pasado la noche.

—¿Qué haces aquí?

—¿De dónde vienes? —le exigió saber, ignorando su pregunta.

—No creo que deba darte ninguna explicación sobre lo que hago — contestó con la misma brusquedad con la que él le había hablado.

—No sabes dónde te estás metiendo.

Hugo intentaba controlar su furia. Durante un instante, Sara temió que perdiera el control.

—Y según tú, ¿en qué me estoy metiendo? —preguntó con una mezcla de curiosidad y miedo.

Sara abrió la puerta dispuesta a no dejarlo pasar. Su comportamiento le proporcionaba la excusa perfecta para empezar una pelea, pero Hugo no tenía nada que ver con su frustración y no debía ser quien pagara el precio en lugar de otro.

—Ten cuidado, Sara. No juegues a la ruleta rusa. Es arriesgado —dijo, y la sujetó del brazo para obligarla a escucharle.

—Hugo, por favor, he tenido una mala noche, deja de decir tonterías. ¿Ruleta rusa? ¿De qué hablas?

Por primera vez, no reconoció a su antiguo compañero de instituto y estaba demasiado dolida, cansada y confusa para seguir con claridad sus enigmáticas palabras.

—La ruleta rusa es un juego letal.

—¡Ya sé lo que es la ruleta rusa! —exclamó. No tenía ganas de aguantar una clase sobre juegos.

—Pocos saben cómo apareció, la mayoría ignora que...

—Qué pretendes —lo interrumpió—, ¿darme una clase de historia? Estoy cansada y quiero dormir. Si me disculpas. —Sara se soltó de su mano, quiso cerrar la puerta y Hugo se lo impidió al meter el pie entre la puerta y el marco.

—¡Escúchame por una vez en tu vida! —le gritó, y en sus ojos se leía una clara desesperación—. En ese juego existen cuatro posibilidades de vivir y una sola de morir.

Sara no soportaba más la intolerable actitud de Hugo, pero su amigo no había terminado aún de advertirle.

—Por favor —dijo conciliadora—, ¿de qué hablas?

Su furia atravesó la corta distancia que los separaba. Agarró a Sara por los hombros dispuesto a zarandearla hasta que comprendiera el peligro que la acechaba y que se empecinaba en ignorar.

—Tú no tienes ni la mitad de esas posibilidades para sobrevivir.

—Hugo, por favor, esta noche no...

—Para ti no hay ningún cartucho vacío —la interrumpió, de nuevo, apretando aún más los hombros de Sara—. En el cargador tienes cinco balas.

Él al fin la soltó y Sara casi perdió el equilibrio. Su amigo se dio la vuelta y atravesó el jardín a grandes zancadas. Mientras lo miraba alejarse, lo único que pensaba es que de una u otra forma, todo el mundo le hacía daño.

EL PALACIO DE LAS LÁGRIMAS

¿Es usted un demonio? Soy un hombre. Y por lo tanto tengo dentro de mí todos los demonios.

Gilbert Keith Chesterton

Sara jamás comprendería que pronunciar el nombre de Casandra había sido una manera de exorcizar sus demonios. Un ruido casi imperceptible a su espalda le avisó de que su hermano había aparecido en la biblioteca.

—Aún no es la hora —dijo conteniendo su irritación.

—¿Eso es lo único que tienes que decirme después de cinco treinta años?

Denis aún no le había perdonado que le impidiera vengarse de Gerard. Con el temperamento encendido, se volvió y observó a Lucien crisar los músculos del mentón, pero no replicó a sus palabras. Apenas había cambiado en todos esos años. Todavía poseía ese brillo salvaje en los ojos azules que lo convertían en el más letal de los tres hermanos Chevalier. Cuando no usaba su forma inmortal conducía una *Harley*, igual que un integrante de una legendaria banda de carretera. La familia era lo más importante para Lucien; Gerard y Denis su debilidad.

—Ya sabes a lo que he venido —dijo.

—Sí —contestó Denis endureciendo la voz—, pero lo harás cuando sea la hora, no antes.

—Da igual lo que hagas, al final me la entregarás.

—Lo sé —repitió Denis resignado.

Esa noche se decidió por un *kimono* de seda negra. No era el más alegre,

aunque sí el más adecuado para su estado de ánimo. Dejó el *kimono* con cuidado sobre la cama cuando escuchó el sonido del timbre. No esperaba ninguna visita, pero al abrir la puerta, se encontró ante un hombre con el pelo rubio y unos vacuos ojos azules. Sin duda era el hermano mayor de Denis. El ser que la miraba con ganas de matarla parecía recién salido de un concierto de *heavy metal*. Alzó una ceja sorprendida por su visitante e irritada porque la familia Chevalier no la dejara en paz. No estaba segura de a quién se enfrentaba, pero el repaso exhaustivo que le dedicó su exasperante visita, terminó por enfurecerla. Ella se mantuvo en apariencia sosegada cuando él se sentó en el sofá.

—¿Quién eres tú? —preguntó con los brazos cruzados sobre el pecho.

No estaba dispuesta a soportar a ningún otro miembro de aquella familia. Se sentía cansada de ser vapuleada por todos los hermanos. Ya había tenido bastante con los juegucitos de Gerard y el menosprecio de Denis.

—Creo que sobran las presentaciones.

El hermano de Denis la miró con una sonrisa aterradora.

—¡Fuera de mi casa! —le ordenó, y señaló la puerta con un dedo.

—Esas no son maneras de tratar a tu libertador.

Lucien se acercó a ella, Sara retrocedió un paso, asustada por la intensidad de su mirada letal.

—¿Mi... qué? —consiguió pronunciar.

—Tu libertador. Alguien que te ayudará a dejar de sufrir. Ahora tienes la oportunidad de conseguir lo que has querido durante tanto tiempo.

—¡Y un cuerno! ¡Estoy harta de todas vuestras estupideces angelicales! ¡Puedes meterte tu libertad por donde te quepa! —Sara no era mujer de palabras soeces, pero estaba harta de aquellos tres hermanos.

Lucien apretó el cuello de Sara ante una respuesta tan insolente. La chica no se amilanó, todo lo contrario, lo miró con tal grado de insolencia que al caído le costó todo su autocontrol no oprimir aquella frágil y delgada garganta.

—No me provoques —dijo con la voz tan endurecida que esta vez no pudo evitar transformarse en ángel.

El miedo se apoderó de Sara al ver cómo se convertía en un caído. Sus ojos azules brillaban como aguamarinas y sus alas negras se extendieron en toda su longitud. Ella le retiró la mano y él no se opuso. Unas feas marcas surgieron en la garganta de Sara y el dolor amenazaba con dejarla sin voz. Era consciente de que no tenía ninguna oportunidad de huir, pero no se entregaría sin luchar. Corrió hacia la puerta, en esta ocasión unas manos frías y fuertes rodearon su cintura. Cerró los ojos y forcejeó con el caído, pero era como golpear un muro de hormigón. Cuando pensaba que ya no tenía esperanza, una voz al oído le susurró:

—Sara, soy yo.

La joven reconoció la voz de Denis y temblando se abrazó a él con desesperación, como si pudieran fundirse en un solo cuerpo. Notaba el latir pausado de su corazón y la firmeza de su torso desnudo, también la suavidad de su piel en la mejilla. Alzó la vista y miró sus ojos plateados. Un sentimiento extraño se adueñó de ella, quiso besarlo, hasta le hubiera confesado que lo amaba, pero la tristeza invadió su corazón al comprender que eran dos seres diferentes. Lo peor de todo era que jamás ganaría el amor de Denis. Casandra no permitiría que lo apartara de ella.

Lucien había sacrificado mucho hasta dar con Sara. Necesitaba a esa mujer para acabar con el castigo de su hermano. Denis siempre había dejado que su corazón dominara a su mente y parecía que los siglos no le habían enseñado cómo evitar su compasión. Esa misma noche, estaba tan enojado con él por impedirle que dispusiera de la vida de esa chica que apenas podía controlarse.

—¡En qué piensas! —gritó enfadado—. Ella es la única manera de liberarte de tu castigo. Y yo, hermanito, no estaré siempre dispuesto a salvar

tu precioso pellejo. He sacrificado mucho para ayudarte —le reprochó.

Denis miraba por la ventana y pensaba en cómo Lucien la ejecutaría sin dudar ni un segundo de su decisión. Derramaría su sangre para que nunca más se convirtiera en un ángel de piedra. Durante mucho tiempo, había deseado que lo salvara, pero no sería a costa de sacrificar a Sara.

—Estoy esperando una explicación —exigió Lucien sin disimular la ira.

—Por favor —contestó su hermano—, ahora no.

Denis necesitaba tiempo para pensar. Sus sentimientos hacia Sara habían crecido lo suficiente para enfrentarse a su hermano si este intentaba hacerle daño. Sara le había demostrado con su entrega que no era como Casandra, aunque eran tan semejantes, que había llegado a pensar que se trataba de un juego diabólico del destino.

—¿Crees que es ella? —preguntó Lucien, adivinando sus pensamientos—. No seas estúpido. Será difícil que tengas otra oportunidad como la que ahora pretendes rechazar.

—¿Y tú, Lucien? ¿Dónde está tu oportunidad?

Denis retiró la mirada de la de su hermano. En ella había apreciado un fulgor rojizo que amenazaba con estallar en ese instante. Gerard y él lo habían obligado a tomar decisiones que le habían conducido a una condena de la que nunca contaba una palabra. Denis se mantuvo expectante ante su reacción; había sobrepasado los límites.

Sara entreabrió los ojos, aturdida, se incorporó y reconoció la habitación de Denis y eso la tranquilizó. Una punzada dolorosa en las sienes le advirtió que necesitaba un par de analgésicos. Un escalofrío la hizo comprobar con la mirada cada rincón de aquel cuarto al presentir que no estaba sola en el dormitorio.

—¿Quién está ahí? —preguntó asustada, levantándose de la cama.

Nadie contestó. En cambio, un silencio opresivo amenazó con ahogarla, como si se hubiera caído en un profundo y oscuro pozo. Temblaba de los pies a la cabeza y estaba segura de que una presencia peligrosa rondaba sobre ella. Se dirigió a la terraza y abrió el ventanal como una sonámbula. El aire le revolvió con violencia el pelo alrededor de las mejillas. Bajó la escalera que conducía hasta el jardín y caminó con determinación al lugar al que le ordenaban ir, al mismo tiempo que su corazón llamaba a gritos a Denis para que la salvara. Derramó lágrimas de impotencia al comprender quién se encontraba a su lado, observando con frialdad cómo se dirigía a la muerte.

LA VENDETTA

Antes de iniciar un viaje de venganza, es mejor que caves dos tumbas.

Confucio

Hugo reconoció el puñal que aquel bastardo había dejado sobre la tumba de Casandra; pertenecía a Gerard. De niño había visto cómo el ángel lo lanzaba una y otra vez a una diana de madera. Se había ocultado detrás de una gran tumba, y fue un estúpido al creer que no advertiría su presencia. Intentó liberarse de su dominio, pero el control que ejercía sobre él era demasiado fuerte, impidiéndole llegar hasta ella. Recordó todo lo que le había enseñado Denis para luchar contra la voluntad de un caído, pero fue en vano. Odiaba a ese ángel, por ser responsable de hacerle destruir a su familia. Los Escaleta habían servido a los Chevalier durante generaciones. Si Denis hubiera accedido a convertirlo en un guerrero, sus padres aún estarían vivos. A pesar de todas las creencias cristianas de que los ángeles eran entes buenos y nobles, existían otros tipos de ángeles. Pocos conocían al ejército de Dios. Estaba formado por humanos a quienes se les concedía la inmortalidad y los poderes propios de los ángeles. Batallaban contra el mal y, a veces, era necesario ampliar sus filas por las continuas pérdidas que sufrían contra los demonios. Estos ángeles eran los que manifestaban el dominio de Dios sobre la Tierra. Hugo deseaba más que nada pertenecer a ese grupo de soldados. El único capaz de concederle ese deseo se había negado aludiendo una compasión innecesaria. Mientras intentaba soltarse de la dominación de Gerard, recordó con nitidez el día en el que se lo pidió al menor de los hermanos Chevalier.

—Nunca deseé nada de esto —le confesó Denis, y cerró el libro de medicina que había empezado a leer.

—Para mí sería maravillo ser uno de vosotros —afirmó Hugo.

El joven demostraba tal entusiasmo que Denis supo que nada de lo que le dijera lo haría desistir de sus intenciones.

—No sabes qué dices.

El caído colocó el libro en el lugar asignado en la estantería. Amaba esos libros y era lo único que le permitía mantener la cordura después de su enfrentamiento con Gerard.

—Por favor, sé que tienes la facultad de solicitar el ingreso de nuevos ángeles.

Lo sentía por el chico, pero jamás sentenciaría a una vida como la suya a ningún otro.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó, sorprendido porque conociera una de las normas.

—Mi padre me lo contó —confesó, avergonzado. A un inmune le estaba prohibido hablar de los dones de los ángeles con cualquier otro mortal, incluida su propia familia—. Desde niño he querido ser uno de vosotros.

Denis se acercó al muchacho y colocó las manos en sus hombros. Ambos parecían tener la misma edad, aunque el ángel había participado en guerras, conocido la traición, el amor, el poder y las ansias de destrucción de los hombres. No condenaría a ese joven a ese horrible destino, ni siquiera lo tomaría como a uno de sus servidores.

—Nunca decidí esta vida —confesó Denis con tristeza—. Tan solo he encontrado dolor y muerte.

—Gerard no piensa lo mismo —protestó Hugo, incapaz de contener su enfado ante la negativa de Denis.

—No pronuncies el nombre de mi hermano en mi presencia —dijo con rabia. Ante la cara de frustración del muchacho, le aconsejó—: Disfruta de tu vida mortal y de tu libertad. Es la única recomendación que puedo darte.

—¡No! —exclamó Hugo con los puños apretados.

—Jamás vuelvas a pedirme algo así. —La mirada glacial de Denis atravesó a Hugo antes de decirle—: Nunca más.

—No lo haré —respondió, orgulloso tras su negativa—. Acudiré a Gerard, quizá él si me acepte.

Denis guardó silencio y lo dejó marchar. No se iba a oponer a lo que pretendía, pero su hermano no tendría piedad y sintió otra carga más sobre su alma inmortal. Los inmundos tenían conocimientos para invocar a un ángel y, con seguridad, el muchacho disponía de ellos para llamar a Gerard. Hugo ignoraba por entonces las consecuencias de su decisión. Todavía era un ingenuo, un muchacho presuntuoso que cometió el error de creer en la palabra de un ángel caído.

Denis no se equivocó con su predicción. Ese día, Hugo convocó a Gerard.

—¿Quieres ser un defensor? —le preguntó el caído.

El muchacho asintió ante la sonrisa cínica de Chevalier.

—Es lo que más deseo en esta vida —aseguró Hugo con arrojo.

—Está bien —aceptó Gerard complacido por su ferviente deseo.

—¿Así de fácil?

—¡Oh, no! —contestó Gerard—. Nada es fácil. Todo tiene un precio.

—Claro... no pensé en el dinero —dijo Hugo, y dirigió su pensativa mirada a los pies.

—No es dinero —le aclaró Gerard, y palmeó el hombro del muchacho—. Es algo diferente.

—¿Qué quieres decir? —dijo, esperanzado.

—Necesito alimentarme de la energía de los mortales. Algo que tú también tendrás que hacer a partir de tu conversión. Tus padres desprenden una gran cantidad puesto que Denis no se alimenta de ellos.

—¡No puedes pedirme eso!

—No te preocupes, no les sucederá nada malo. Durante un tiempo, se sentirán cansados. Eso será todo, además, tú estarás allí para ayudarlos a recuperarse.

Gerard guardó silencio a la espera de que el chico se decidiera a aceptar la oferta. Veía cómo su mente calibraba la propuesta por la tensión que reflejaba

su cuerpo.

—No puedo hacerlo —terminó por decir con un hilo de voz.

—Todos realizamos sacrificios para ser ángeles. De todos modos, puedes pedirle a mi hermano Denis que te convierta en uno de nosotros, quizá él lo haga gratis. —Hugo lo miró con tristeza, pero Gerard todavía no había terminado de hablar—. ¡Oh! Comprendo. Se ha negado.

—Sí —reconoció al fin, sería absurdo ocultarle la verdad.

—¿Qué nos deja eso? —preguntó Gerard, complacido.

Hugo se convenció de que los cuidaría para que no enfermaran. Las ganas de convertirse en uno de esos seres inmortales vencieron todas sus reticencias. Vendió a toda su familia a cambio de conseguir su ambición; el problema fue que Gerard nunca cumplió su palabra. Hugo había entregado el alma y la vida de cada uno de los miembros de su familia para satisfacer al mal que profesaba Gerard. Y este olvidó convertirlo en un ángel defensor y, peor aún, contarle que algunos humanos no resistían esa pérdida de energía. La mayoría sucumbía a una tristeza tan profunda que terminaban por suicidarse. Eso fue lo que les sucedió a sus padres: los dos se lanzaron por el acantilado. Hugo quiso morir debido a la culpa, pero no tuvo el valor para arrojarse a esas agujas rocosas, aunque algo se rompió en su interior. Ignoraba cuánto tiempo estuvo inmerso en esas aguas de desesperación, pero fue Denis quien lo salvó de ellas. Con paciencia, logró recomponer parte de él; gracias a que le concedió la oportunidad de adiestrarlo para que fuera un inmune. Hugo tenía una cuenta pendiente con Gerard y había jurado sobre la tumba de sus padres que algún día la cobraría.

Sara se encaminó al mausoleo de Casandra obligada por un impulso que no le pertenecía.

Termina de una vez con tu tristeza. Denis siempre ha amado y amará a

Casandra, escuchaba decir a Gerard en su cabeza una y otra vez.

—¡No! ¡Déjame! —gritó, apenada por la certeza de que no le mentía.

Denis amaba a *Casandra* y ella solo había sido un medio para satisfacer el deseo que, aun después de más de un siglo, sentía por ella. Sin embargo, no debía dejarse llevar por las promesas de una existencia más placentera que esa voz le anunciaba. La voluntad de Sara a resistirse a las órdenes de Gerard casi había desaparecido, pero no lo suficiente para tomar la daga que él había dejado sobre la lápida de *Casandra*, cuya empuñadura dorada la mantenía hipnotizada por completo.

—¡Por favor! ¡No me obligues a hacerlo! —gritó, mientras las lágrimas brotaban de sus ojos.

Estaba cansada de luchar y resultaba tentador clavarse el cuchillo. De esa manera terminaría con el dolor, con la soledad, con un corazón roto a causa del rechazo de *su ángel*. Pero sus ansias por vivir eran muy superiores a esa sensación de tristeza que la instaba a terminar con su vida.

—Sara, ¿por qué sufrir más? —le susurró Gerard. El ángel levitó sobre una de las lápidas—. Ahora es el momento de poner fin a todas esas noches de soledad. Mi hermano ama a *Casandra* y nunca dejará de amarla. —Acarició su rostro y besó sus labios—. Te brindo la oportunidad de reunirte con tu familia, de volver a ser feliz y de no estar sola.

—¿Por qué? —Sara consiguió realizar la pregunta y rompió el control que ejercía sobre su mente—. ¿Por qué me haces esto?

—¡A ti! Los humanos sois tan egocéntricos, pensando en vosotros mismos. No entiendo el amor que Denis os profesa.

—¡Contesta de una vez! —exigió Sara, apoyándose en una de las lápidas. Las piernas apenas la sostenían y el esfuerzo que había realizado para liberarse de Gerard la había dejado exhausta.

—No eres tú. —Gerard descansó levemente los pies sobre la tumba de *Casandra* como una mariposa negra y terrible—. Es a mi hermano Denis al que quiero destruir. El pacto, la maldición, bla, bla, bla...

—¡Maldito seas! —le insultó ella, mientras sus ojos lanzaban ráfagas de

odio.

—No tengo toda la noche para esto. Y tú ya no tienes nada que te retenga aquí.

—Antes de que me obligues a suicidarme, concédeme saber la razón —le exigió con una súplica en los ojos.

—¡Está bien! —reconoció Gerard con fastidio—. Lucien debe ser quien te quite la vida. Si lo haces por tus propios medios, Denis continuará siendo un ángel de piedra. Ha tardado más de un siglo en encontrarte. ¿Te imaginas lo que esperará esta vez para dar con otra alma como la tuya? Además, ninguna se parecería tanto a Casandra.

—¡Es tu hermano! ¿Por qué quieres hacerle algo así? —Sara no podía imaginar que Gerard consiguiera ganar. Con sus palabras dedujo que se había acercado a su madrastra para llegar hasta ella. Un pensamiento perturbador invadió la mente de Sara—. ¿Mataste a mi padre? —preguntó, temerosa por la respuesta.

—No fue necesario, tu madrastra hizo todo el trabajo.

Un dolor agudo atravesó el pecho de Sara y, como en una tempestad, su interior se colmó con vientos de odio y venganza.

En ese mismo momento, Denis sintió que un terrible peligro acechaba a Sara. Ignoraba cómo su hermano había roto los sellos protectores que envolvían su hogar, pero de alguna manera lo había logrado.

—¡Sara está con Gerard! —exclamó en voz alta a Lucien.

—¿Adónde la ha llevado?

—Al único lugar al que yo también la llevaría.

—El cementerio —dijeron al unísono.

Ambos desaparecieron de la habitación para hacer su aparición en el camposanto. Denis reparó en la lucha de Hugo para liberarse de su hermano, pero no tenía tiempo para ayudar al chico, ahora lo importante era Sara. Los dos hermanos se acercaron a Gerard por ambos flancos, este dibujó una sonrisa cínica al comprender que había perdido aquella partida. Gerard era un

ángel escurridizo, capaz de enfrentarse a cualquiera y vencer, pero nunca había peleado con Lucien y no estaba seguro de ganar la contienda. Debía ser cauto en su comportamiento. Una cosa era cierta y es que Denis impediría que la chica fuera asesinada por su hermano mayor. Esperaría una nueva oportunidad, así que huyó cuando Denis intentó capturarlo con más ímpetu que astucia.

—¡Ocúpate de ella! —le gritó Lucien a Denis—. Perseguiré a Gerard, tu odio ciega tu capacidad de luchar. Si atrapo a ese bastardo, te juro que le daré una paliza que jamás olvidará.

Al huir Gerard, Hugo se liberó de su dominio. El inmune se aproximó a Sara, rodeó con el brazo la cintura de la muchacha y la atrajo hacia sí.

—¿Estás bien? ¡Te ha hecho daño! ¿Qué te ha dicho? —preguntó Hugo sin dejar que Sara contestara a ninguna de sus preguntas, abrazándola con fuerza.

Sara se sentía agotada y confusa. No necesitaba una batería de preguntas, sino cobijarse en los brazos de *su ángel*, pero él se mantenía al margen, como si no le importara lo más mínimo lo que había estado a punto de suceder. Debía aceptar las palabras de Gerard: Denis seguía amando a Casandra. Todo el mundo lo había sabido desde el principio menos ella. Se sentía tan estúpida que las lágrimas amenazaron con asomar a sus ojos.

Lucien apareció de nuevo de la nada como si fuera un mago en un espectáculo circense. Su mirada se dirigió a su hermano y con un gesto de la cabeza le indicó que Gerard había escapado. La actitud desafiante de Hugo, la tozudez de Denis y aquella humana habían conseguido que perdiese la paciencia pero, sobre todo, su enfado se dirigía a Denis. Debía comprender que su vida dependía de que le entregara a esa mujer.

—¡Chico, ya puedes marcharte! —ordenó Lucien a Hugo con una voz que denotaba que no aceptaría su desobediencia.

—¡Tú no puedes darme órdenes! —profirió Hugo casi como un ladrido.

El mayor de los hermanos Chevalier mostró un fulgor rojizo en los ojos y Hugo lo retó con la mirada. Lucien reparó en que era uno de los inmunes y se

hallaba protegido por las leyes de los caídos. Era el servidor de Denis y no debía leer su mente ni someterlo a su voluntad. Cada caído disponía de una familia que a cambio de ciertos privilegios, la mayoría económicos, servían a un ángel. La familia Escaleta era la de Denis y él no había reconocido a Hugo hasta que vio en la frente del chico el nombre de su hermano. Un tatuaje invisible para los ojos humanos, aunque no para los caídos. Los ángeles no podían matar a los inmunes bajo pena de perder las alas. El castigo por incumplir dicha norma era el de abandonar su paraíso terrenal y descender al verdadero infierno.

—Sara, pronto nos veremos —dijo Lucien, ignorando al humano—. Te aseguro que dentro de dos noches cumplirás tu destino.

El hermano mayor de Denis desapareció y dejó tras sus palabras una estela fatalista. Sara se sintió como un reo al escuchar su sentencia de muerte.

LUNA ROJA

Quien no ha afrontado la adversidad no conoce su propia fuerza.

Benjamín Jonson

Sara esperaba una palabra, un gesto de preocupación, pero Denis la ignoró a propósito. Su actitud indiferente le demostró que no existía ninguna esperanza de acercamiento.

—Lleva a Sara a su casa —ordenó a Hugo.

—Me ocuparé de ella, no te preocupes —contestó el inmune.

Ninguno de los dos preguntó su opinión. Sara bullía de indignación, contó hasta diez, pero ni siquiera las terapias que le habían enseñado aplacarían el enojo ante aquella falta de deferencia de esos dos hombres. Uno, por considerarla su posesión; y el otro, por desdeñar sus sentimientos.

—¡Basta! —gritó exasperada con todas sus fuerzas—. Nadie va a tomar ninguna decisión por mí.

—Deja de comportarte como una niña —la regañó Hugo.

Ella lo miró, dolida por sus palabras. Luego, sus ojos se orientaron hacia Denis.

—¿Tú también piensas como él?

Denis no respondió. Retiró la mirada, desoyó su pregunta y, de nuevo, se dirigió a Hugo.

Sara, mucho más dolida por su indiferencia, fijó una mirada fría en él.

—Vigíla —ordenó Denis como haría un alto cargo al mando de un ejército—. No desafíes a mis hermanos —le aconsejó—. Hoy has tenido suerte, pero no durará mucho. No si te enfrentas a Gerard.

—No dejaré que maten a Sara —contestó el joven con rotundidad.

—Ni yo tampoco —aseguró Denis.

Hugo comprendió en ese instante las consecuencias de su decisión: permanecería siempre maldito. Entonces, entendió el sacrificio que el ángel realizaba. Al reconocer la verdad, los celos aprisionaron el corazón del mortal y atrajo con más fuerza hacia sí a su amiga. Denis apretó la mandíbula al observar el gesto posesivo del inmune, mientras Sara se aferraba a su brazo. Pudo leer en sus ojos que la había abandonado y tenía razón: cuando estuviera a salvo, él no volvería a verla. Denis extendió las alas y se adentró en la noche, bajo la atenta mirada de Sara.

El cielo exhibía unas nubes oscuras que el viento, en un juego caprichoso, había congregado cerca del acantilado. Sara se retiró de la ventana y, para tranquilizarse, empezó a dibujar el rostro de Hugo. Apreció cómo contraía la boca en una clara señal de resentimiento.

—¿Qué te ocurre? —preguntó en un tono conciliador, sin levantar la vista del cuaderno de dibujo.

—Nada —respondió él, ignorando sus intentos de entablar una conversación.

—Vamos, es a mí a quien quieren matar —bromeó Sara, y lanzó el cuaderno sobre el sofá.

—Nada de esto es gracioso. —Hugo se incorporó enfadado, y se acercó a la ventana.

—¿Crees que para mí es divertido?

Tenía miedo de Lucien y Gerard, pero sobre todo, estaba destrozada por el comportamiento indolente de Denis. Lo que menos necesitaba era que Hugo le recordara que su vida era la que estaba en peligro.

—¿Qué sientes por él? —le preguntó sin darse la vuelta.

—¿Qué siento por quién?

—Por Denis. —Esta vez se giró para enfrentarse a ella.

Hugo temía su respuesta, pero el silencio y el enrojecimiento de las mejillas de Sara le mostraron mejor que cualquier confesión cuál era la respuesta.

—Yo... él...

Entonces, el timbre de la puerta interrumpió la conversación.

—¿Esperas a alguien? —preguntó Hugo con el cuerpo en tensión.

Sara negó lentamente con la cabeza. Él asintió y extrajo de debajo del sofá un paquete envuelto en papel marrón. Al abrirlo la joven vio una impresionante espada. El brillo del metal era cegador, tenía el puño de alabastro blanco, tallado con pequeñas figuras de animales feroces.

—¿Cómo ha llegado eso ahí?

Hugo alzó los hombros a modo de respuesta y esbozó una sonrisa traviesa, la primera que Sara le había visto desde que llegó a Pravia.

—Sé buena chica y quédate aquí.

La besó en los labios, mientras el timbre sonaba con insistencia. A Hugo le dolía que ella se sintiera atraída por Denis, pero sus sentimientos no lo cegarían para dejar que alguno de esos bastardos la asesinara. No si él podía evitarlo. Abrió la puerta y se enfrentó a los ojos dorados de Gerard.

—Vengo a ver a Sara —preguntó el ángel con una mueca desdeñosa, y añadió—: ¿Puedes guardar ese juguete? Podrías cortarte.

Hugo, en respuesta, alzó la espada y colocó su cuerpo en posición de ataque. No le permitiría que entrara en la casa.

—No es buena idea —le aconsejó Gerard, apoyándose con indiferencia en el marco de la puerta.

—No le harás ningún daño.

—No pienso hacerlo —respondió, limando las garras en la madera—. Lo hará ella.

—Antes tenemos una cuenta pendiente.

—Creo que no, pero si insistes... —dijo Gerard. El ángel extendió una mano y le indicó que saliera para enfrentarse a él—. ¡A qué estás esperando!

¿Necesitas una invitación?

Aceptó el desafío sin dejar de vigilar los movimientos del ángel. Gerard desplegó las alas y emitió un grito ensordecedor. Hugo había sido entrenado por Denis y resistió varios de los envites de las garras de Gerard sin que consiguiera herirle. El inmune tomó la iniciativa de lanzarse contra él y el caído, en esta ocasión, logró esquivarlo por unos milímetros. Hugo enarboló la espada y, esta vez, el arma entorchó con una de las garras de Gerard. Ambos resistieron, pero el ángel era mucho más fuerte que el humano y lo arrojó al suelo sin ningún esfuerzo.

—Veo que mi hermano no ha perdido el tiempo contigo. —Gerard giró despacio a su alrededor evaluando el momento en el que debía atacar. Por el contrario, Hugo intentaba recuperar la respiración y ponerse en pie—. Pero no es suficiente. Podría explicarte cómo pelear, un ataque...

—Nadie te ha dicho que para ser un ángel, ¿hablas demasiado? —le interrumpió.

Hugo sudaba por el esfuerzo. Notaba que cada vez le costaba refrenar más los ataques de ese bastardo, pero no cejaría de hacerlo hasta que uno de los dos hubiera muerto.

—Sí, muchas veces —contestó Gerard, divertido por la obstinación del inmune. No tenía ninguna posibilidad de vencerle, pero debía reconocer su valentía—, aunque dichos comentarios no me importan.

—¿Tampoco los que te acusan de ser un bastardo?

Hugo sabía que Gerard se enardecería por esas palabras, y no se equivocó: el ángel mostró una sonrisa maligna. Necesitaba cegarle lo bastante para que cometiera un error o lo agotaría antes de rozarle con la espada.

—Reza lo que sepas —le amenazó Gerard, quien había picado el anzuelo—. Hoy morirás.

Entretanto, Sara escuchaba la lucha que ocurría en el jardín de su casa. Los nervios la obligaron a desobedecer a Hugo y se dirigió a la puerta cuando vio entrar a Gerard. La joven giró la cabeza buscando una salida, pero el miedo se apoderó de ella cuando advirtió que arrastraba a Hugo. Su antiguo

compañero tenía la cara amoratada y una mancha escarlata se extendía por su pecho.

—¡Hugo! ¡Qué le has hecho! —gritó, asustada al ver tanta sangre.

—Nada que no se mereciera por hacer trampas —respondió, dejándolo caer al suelo. Sara se lanzó en su ayuda.

Gerard la agarró de un brazo y la obligó a ponerse en pie.

—¡No me toques!

La joven levantó la mano para abofetearlo y él la aprisionó en el aire.

—Me gustas cuando te enfadas —dijo, atrayéndola con brusquedad hacia él—. Ya sé por qué Denis renuncia a su libertad. Casandra era especial, pero tú eres... valiente.

Gerard la soltó, le divertía ver los intentos de la chica por salvar al inmune. Se había arrodillado al lado de su amigo sin saber qué hacer para aliviar su sufrimiento.

—Haz algo, por favor —pidió ella con lágrimas en los ojos. Gerard pensó que la diversión ya había durado mucho. La tomó de un brazo y la obligó a sentarse en el sofá. Sara sentía los pies y las manos prisioneras de unos grilletes invisibles que le impedían moverse—. ¡Déjame llamar a un médico! ¡Hugo se está desangrando!

—No, querida. Ahora es tiempo de disfrutar y Hugo... en fin, ya es tarde para él. Le dolerá un poco, pero no sentirá tanto dolor como el que espero infligirle a Denis cuando le cuente lo bien que lo hemos pasado juntos esta noche. Matar a un inmune hará que me convierta en sombra, pero si no lo hubiera hecho, él me habría matado. Denis no ha jugado muy limpio dándole a su sirviente una espada de fuego. Te juro que antes de abandonar este paraíso pienso disfrutarlo al máximo y tú me ayudarás.

Gerard la abrazó con fuerza. No podía moverse y sus ojos se agrandaron por el horror, la perplejidad y la certeza de lo que pretendía hacerle cuando rasgó la tela de su camisa sin importarle arañar la piel con una de sus garras. Sara forcejeó con él en un intento inútil para liberarse, aunque eso pareció divertirse aún más.

—No fuiste tan salvaje con Denis —le recordó—. Leo perfectamente qué hiciste y te aseguro que puedo superar a mi hermano.

Sara no dejaría que ensuciara esos recuerdos y pensó con más intensidad en Denis.

—¡Maldita zorra! Eso no te servirá. —Agarró su barbilla y la obligó a mirarlo—. Sé que estás pensando en él, pero cuando se entere de que te entregaste a mí, no te perdonará y te odiará para siempre.

—Espero que te pudras en el infierno —le escupió con tanto desprecio que su gesto confirmó a Gerard que Sara era una mujer por la que merecía la pena condenarse.

El ángel se adueñó de su boca con unos besos bruscos, mientras se retorció sobre ella, presionando su cuerpo sobre el de la joven marcando su posesión. Las lágrimas ahogaron a Sara y mordió uno de los labios de Gerard con todas sus fuerzas. En respuesta, el caído le dio una bofetada y un hilo de sangre apareció en la comisura de la boca de la muchacha. Gerard agarró las muñecas de Sara con la intención de inmovilizarla por completo, cuando escuchó un grito a su espalda y un dolor profundo en el costado. El ángel se giró enfurecido. Hugo empuñaba la espada con dificultad, no era mucha vida la que le quedaba, pero sí la suficiente para herirle. El corte no lo mataría, pero el ataque de Hugo le había sorprendido tanto que el caído se arrojó furioso sobre él.

—¡Vete de aquí, Sara! —le gritó su amigo, justo cuando recibía un zarpazo que le cruzó el vientre.

Ella lo miró con una expresión emocionada. Desde la puerta, Sara giró la cabeza para ver cómo Hugo movía los labios y le decía: Te quiero. Sara le sonrió y, a su vez, contestó: Yo también. Luego, huyó y dejó que se enfrentara a Gerard. Abandonó *La casa del olvido* cargada con un peso horrible en el corazón, el peso de la mentira, la cobardía y el dolor.

LAS AGUJAS DEL RESENTIMIENTO

Cuanto más pequeño es el corazón, más odio alberga.

Victor Hugo

La muerte de Hugo le impedía pensar con claridad. Sara luchaba con las ganas de volver junto a él y, a la vez, huir lo más lejos posible de aquel monstruo. Durante unos segundos, la tentó la idea de terminar con todo aquella tortura, pero Hugo había muerto para salvarle la vida y su sufrimiento no sería en vano. Se dirigió con paso tambaleante por el camino que conducía hasta los acantilados, ya que Gerard le cerraba el paso que llevaba al pueblo.

Nadie te ayudará. Hugo está muerto. Denis es un ángel de piedra y Lucien me lo agradecerá tarde o temprano, dijo en su cabeza.

Sara, presa del pánico, corrió como nunca lo había hecho, pero resbaló en el camino de tierra y se golpeó el codo.

—¡No! —gritó, venciendo las ganas de huir de nuevo—. ¿Por qué le has matado?

Por placer, por diversión, elige tú misma. —Gerard posó con suavidad los pies en el camino—. *Fue muy divertido presenciar cómo le mentías. Fuiste muy cruel al decirle que lo amabas, cuando tú y yo sabemos que no era cierto.*

—¡Te odio! ¡Algún día te pudrirás en el infierno!

Seguro que sí. Y tú estarás a mi lado.

Sara había llegado casi al filo del acantilado. El ruido ensordecedor del agua al estrellarse contra las rocas aumentó el ritmo cardiaco de la joven. Sin pensar en las consecuencias, se puso en pie y se acercó al borde de aquel abismo. Gerard no se lo impidió, al contrario, aguardaba con impaciencia el desenlace de aquel drama. Sara se descolgó despacio hasta uno de los salientes. En el descenso, las rocas le rompieron varias uñas de las manos,

pero aguantó el dolor y continuó bajando. El sonido del agua al chocar contra ese abismo resultaba ensordecedor como el mensaje de un heraldo de la muerte. El sudor le bañaba el rostro y las rocas le hicieron algunos cortes en los brazos. Uno de sus pies soltó el agarre en el que se encontraba. Un grito escapó de su garganta cuando resbaló hasta otro de los salientes. Antes de sujetarse de nuevo, quedó suspendida por un instante en el vacío. Se balanceó con la intención de asirse a las rocas, pero aquel movimiento le hirió el costado. Sara emitió otro grito, pero continuó descolgándose. Tras un momento de duda, se arrastró hasta un pequeño borde que le permitía permanecer en cuclillas. Era la única salida de la que disponía hasta que Denis apareciera, si acaso aparecía.

—¿No estas cansada de luchar? —dijo Gerard—. Lánzate a esas aguas, prometo que no sentirás dolor.

Gerard movía las alas con elegancia y a Sara le recordó a una enorme y letal mariposa negra.

—No pienso suicidarme —le retó Sara con una débil sonrisa—. Si quieres verme muerta, tú tendrás que hacerlo.

Gerard comprendió el desafío y, durante un instante, barajó la posibilidad de matarla, pero era el alma que Dios había concedido a Lucien para liberar a su hermano. No se opondría a su creador y perder su propio paraíso terrenal. Gerard no cruzaría esa línea. Por alguna razón que no lograba entender, no había perdido las alas tras la muerte del inmune. No tentaría su suerte dos veces.

—Es una verdadera pena que no pueda hacerlo. Me condenaría contigo y eso, querida, no entra en mis planes —dijo, negando sus palabras con el dedo índice—. Además, no sería nada divertido.

—¡Si tocas a esa mujer yo seré quien te conducirá al mismo infierno! —intervino Lucien a sus espaldas.

Ni Sara ni Gerard habían advertido su presencia hasta que escucharon sus palabras. De todos modos, para la joven fue en cierta forma una desilusión que fuera Lucien y no Denis quien la rescatara.

—Hermano, ¿no estás cansado de intentar salvar a Denis? —le recriminó Gerard.

—He dicho que te alejes de ella.

La voz de Lucien sonó tan ronca y dominante que Sara creyó ver en Gerard una vacilación.

—Y si no lo hago, ¿piensas matarme?

—No tienes tu suerte —le amenazó—. No te queda mucha.

—Lucien, puedo ahorrarte la molestia de matarla. Denis siempre ha estado enamorado de Casandra, no lamentará estar varios siglos más custodiando su tumba.

—Es mi última advertencia —le avisó Lucien, lanzando a su hermano contra los acantilados.

—¡Vaya! ¡Una pelea desigual! Siempre fuiste el mejor —gritó enfurecido Gerard ante la sorpresa del ataque—. Creo que deberíamos igualar nuestras posiciones.

Agarró a Sara por uno de los brazos; ella miró el vacío aterrador que se presentaba bajo sus pies y el color desapareció de su rostro.

—Muéstrame algo más de respeto o la lanzaré contra las rocas.

Lucien manifestaba en los ojos un resplandor rabioso que intentaba controlar. Al ver a su hermano en ese estado comprendió que Lucien no le concedería ni la más mínima oportunidad de vencer.

Sara emitió un grito desgarrador cuando Gerard dejó de sujetarla, pero de pronto, unos brazos fuertes y el aleteo de unas alas poderosas la acunaron con delicadeza y la condujeron hasta la casa de Denis. Sin soltarla, Lucien se dirigió a la biblioteca y con un gesto de la mano encendió la chimenea. Luego, la dejó sobre el sofá y ella, poco a poco, se atrevió a abrir los ojos. Temerosa de lo que iba a encontrar, intentó serenarse y respirar de nuevo con cierta normalidad.

—¿Por qué me has salvado? —preguntó, procurando apaciguar los latidos del corazón.

Lucien había recobrado la forma mortal, aunque la serpiente de su brazo se movía inquieta bajo la piel.

—No es la forma en la que debes morir —afirmó Lucien.

Sara se incorporó del sofá y apretó los dientes a causa del dolor en el costado. Necesitaba enfrentarse al hermano de Denis, aunque era una simple mortal y él... bueno, ignoraba qué era exactamente, mostraba una mirada muy diferente de la de Denis o Gerard. Esta vez, debía aceptar su destino, pero no se lo pondría fácil. Sara se lanzó en una carrera desigual hacia la salida, pero el ángel la interceptó y la lanzó contra la pared. El golpe le provocó un dolor agudo que le subió por la columna vertebral hasta la nuca.

—Nada de lo que hagas te libraré de tu destino.

—No quiero morir —consiguió decir, tocándose la cabeza. Tenía una herida y no dejaba de sangrar.

Lucien le tendió un pañuelo que sacó de uno de los bolsillos para que se limpiara. Sara lo tomó con rabia, pero no sentía temor, más bien, la resignación ante lo que iba a pasar la mantenía en una calma engañosa.

—Te he esperado mucho tiempo y Denis también.

Ella asintió y aceptó la ayuda de Lucien para ponerse en pie. Estaba mareada y se sujetó a la pared. Intentó no perder el equilibrio y se acercó despacio a una de las estanterías.

—¿Y cómo se supone que debo morir? —preguntó sin dejarse amilanar.

—Tu sangre limpiará los pecados de mi hermano.

—Mi sangre... entonces tú... debes...

—Te degollaré a los pies de Denis cuando esté cumpliendo su castigo.

Las palabras de Lucien la habían conmovido el ánimo. Conocer cómo acabaría su vida le había causado tal impresión que Sara se desplomó arrastrando con ella en la caída varios libros. Lucien la sostuvo antes de que cayera al suelo y la dejó con suavidad sobre el sofá.

—¿Qué le ocurrirá después? —se atrevió a preguntar, consciente de que nada en este mundo evitaría el desenlace que ese ser hubiera previsto para

ella.

—Denis será libre. Jamás volverá a ser un ángel de piedra y podrá redimirse si es lo que desea.

Al menos, salvaría a Denis de su maldición. No era ningún consuelo, pero su muerte no sería en vano.

—¿Por qué lo ayudas?

Durante un momento, pareció que el ángel no se molestaría en contestar, pero terminó por comprender que le debía una explicación.

—Daría cualquier cosa porque alguien me salvara —dijo, y su rostro se ensombreció. Sus ojos se convirtieron en dos piedras azules, pero al contrario que sus hermanos, del todo vacíos.

—Mi madre decía que si de verdad buscas el perdón solo hay que pedirlo.

—No es que yo necesito.

El ángel no aparentaba más de treinta y cinco años, sin embargo, sus ojos reflejaban siglos de vivencias y, en ese instante, Sara apreció su verdadera edad.

—Antes de que lo hagas, quiero pedirte una última voluntad.

El hermano de Denis esbozó una ligera sonrisa. Aquella mujer no dejaba de sorprenderlo.

—¿Un último deseo?

Esperaba gritos, llantos, incluso súplicas, en cambio, esa chica había aceptado su destino con una serenidad admirable. Denis tenía razón: Sara era diferente.

—Algo así —respondió ella con voz débil.

—¿Cuál es?

—Cuéntame la verdadera historia de Denis y Casandra.

—¿Solo eso?

No creía que le gustara demasiado averiguar cómo su hermano había amado a Casandra.

—Así es, solo deseo conocer su historia —contestó ella, y con una

tranquilidad que le fascinó, añadió—: Después, podrás matarme.

UN AMOR INESPERADO

Ahora sé lo que es el amor.

Virgilio

La Sorbona, 1889

Ese año, Denis aprendería medicina en París. En sus más de cuatrocientos años de existencia había estudiado arquitectura, filosofía, botánica, varias lenguas, teología y un sinfín de materias que le habían interesado en mayor o menor medida a lo largo de los años. Con la llegada del nuevo siglo ambicionaba conocer mucho más de los avances científicos que habían conseguido los hombres. Se había instalado junto a su hermano Gerard en una casa cercana al *Palais Garnier*. París era tan cosmopolita por el día que ensombrecía a cualquier otra urbe europea. En cambio, por la noche, se presentaba mundana y perversa. En algunas ocasiones, temía dejarse arrastrar, como le sucedía a Gerard, por esa vida de desenfreno. Su hermano había descendido del cielo por incumplir las normas de los ángeles y se había convertido en un caído por sucumbir al placer. Siempre fue un rebelde y ni siquiera Gabriel había podido domar su carácter salvaje. Recordaba demasiado su existencia humana y nunca aceptó ser un guerrero. Su caso era muy diferente. Él había sido testigo de la masacre de muchos de sus compañeros de filas y no soportaba una vida donde la compasión y el amor hacia los demás había sido desterrada. Ninguno de ellos sería perdonado, pero Denis deseaba ayudar a los hombres, mientras que Gerard los utilizaba en su propio beneficio, algo que al final terminaría por destruirlo. Lamentó decepcionar a Lucien. Esperaba algún día que su hermano mayor comprendiera que prefería el conocimiento al derramamiento de sangre. Durante un tiempo, creyó que era el responsable de su descenso, hasta que comprendió que nadie podía salvar a Lucien de sí mismo. Su lealtad a la

familia le había conducido a seguirlos a pesar de las consecuencias. Todavía cumplía las normas de los ángeles y vivía apartado de los hombres, libre de sus tentaciones, como si aún fuera un ángel defensor. No les había confesado su anhelo de volver, aunque Denis tenía la certeza de que su hermano deseaba más que nada ascender de nuevo a los cielos. No era cierta la creencia popular de que los ángeles caídos se convertían en demonios. Si no perdían las alas, aún podían salvarse y regresar. De todos modos, Gabriel nunca se lo permitiría y el único lugar en el que habitaría sería el Purgatorio. Si los hombres imaginaran por un momento que su amada existencia transcurría en ese estado transitorio entre el cielo y el infierno, todo convergería en un auténtico caos. Cualquier caído elegiría vivir entre los hombres a perder las alas, pero sospechaba que Lucien deseaba morir a llevar tal existencia.

Gerard entró en la biblioteca canturreando una canción. A diferencia de él, su hermano no disfrutaba del olor a papel viejo que desprendían los libros. Se había vestido para asistir a una cena en conmemoración de la Exposición Universal y la inauguración de la Torre Eiffel. Con su atuendo, conquistaría a cualquier chica parisina que se propusiese, sobre todo, lo harían su porte aristocrático, su amabilidad fingida y sus galanterías. Una sonrisa cálida y un aspecto juvenil le otorgaban una inocencia que atraía a sus víctimas con absoluta perdición.

—¿Me acompañas a ver el pueblo negro? —le preguntó.

Todo París comentaba lo extraordinario que era el zoo humano que habían construido para la exposición.

—No tengo ningún interés en ver a cuatrocientos indígenas como si fueran insectos tras una mampara de cristal —dijo Denis sin levantar los ojos del libro que leía—. Todavía tengo trabajo —añadió, algo irritado por la interrupción a la que se veía sometido.

Gerard se sentó en el brazo del sillón y le cerró el libro de un manotazo.

—Para ser un caído eres de lo más aburrido. Por una vez, diviértete y disfruta con la visión de una bonita muchacha. No te imaginas lo que te

pierdes, hermanito.

—No nos fascinan las mismas cosas.

Denis se levantó y colocó con cuidado en el estante el ejemplar de anatomía. Una joya del siglo XV escrita por un médico árabe.

—Una pena, estaría bien tener un compañero —contestó Gerard con un deje de amargura.

—Tú no necesitas nada de eso.

—Tienes razón —concluyó con una mueca de aceptación que desfiguró su rostro.

Se levantó e hizo una inclinación ridícula acompañada de un saludo de la mano que enterneció a Denis al recordarle otros años. A pesar de esa absurda actuación, advirtió que crispaba la mandíbula a consecuencia de su rechazo, pero nunca había congeniado con Gerard. Su nacimiento ilegítimo le hacía considerarse inferior y a pesar del tiempo transcurrido aún no lo había superado. Ambos hubieran preferido no vivir bajo el mismo techo, pero Lucien era quien les proporcionaba los medios económicos para subsistir en París, así que ninguno de los dos había tenido más opción que aceptar la propuesta de convivir. A veces, la situación era insoportable. Recogió el resto de los libros, se puso el sombrero y ambos jóvenes salieron de la biblioteca.

Gerard detuvo un carruaje y se montó en él. Se asomó por la ventana y con una frialdad que atormentó la conciencia de Denis, dijo:

—Diviértete en tu aburrida clase.

No tuvo tiempo de contestar. Su hermano golpeó con el bastón el techo del carruaje. Al verlo partir, comprendió que había levantado una nueva barrera entre los dos.

Los alumnos de la clase de anatomía permanecieron en un silencio concentrado cuando el profesor subió a la tarima. El aspecto sobrio y

distinguido del doctor había cautivado a Denis desde el primer día. Además, sus lecciones le resultaban mágicas. Pronto, el menor de los hermanos Chevalier sobresalió como uno de los alumnos más aventajados y no fueron pocos los amigos que consiguió. Entre ellos, se hizo inseparable de un joven llamado Charles Leckmacks, un caballero irlandés de agradable carácter y, al igual que él, con unas ganas desmesuradas por aprender. Charles visitaba con regularidad la casa de París. Ninguno de los dos compartía el temperamento mundano de Gerard, pero Charles era más propenso a dejarse convencer por las tentaciones que describía su hermano. Denis se sentía incómodo y fuera de lugar en la mayoría de las ocasiones en que, junto a su amigo y Gerard, se adentraba en el París más sórdido. A Charles le gustaba acompañarlo, aunque no siempre podía permitirse aquellos gastos extras. El joven se sentía en deuda con la hospitalidad brindada por los Chevalier y pensó que una invitación a su casa compensaría la amistad que le habían ofrecido los dos hermanos.

—Desearía que tanto Gerard como tú me visitéis estas vacaciones en Killarney —dijo con verdadero afecto.

—No puedo hablar por mi hermano —contestó Denis—, pero cuenta conmigo.

—¡Estupendo! Mandaré una carta a mi familia para que hagan los arreglos necesarios.

—No quisiera ser ninguna molestia.

—¡No seréis ninguna molestia! —exclamó Charles con una sonrisa eufórica—. Sino un entretenimiento para mi familia, mi madre intentará presentaros a la mitad de las chicas bonitas de Killarney.

El verde era lo más destacable del condado de Kerry. Denis apreció la belleza de las tierras de Charles con verdadero placer. Durante el trayecto

hasta Killarney divisó un sinfín de lagos, valles y praderas de diferentes tonalidades verdosas. Cuando llegaron a la casa de Charles, Denis se sorprendió al descubrir que se trataba de un antiguo castillo que databa del siglo XIV y las distintas generaciones de Leckmacks se habían encargado de reformar con mayor o menor acierto. Las dos torres con sus grandes ventanales vigilaban los terrenos como un par de disciplinados centinelas. Según Charles, el castillo había estado bajo el dominio del clan O'Brien pero, tras la invasión de Cromwell, el jefe del clan murió. Tras su muerte, la viuda, una bruja pelirroja de ojos verdes, quien no estaba dispuesta a perder también sus tierras, además de su marido, contrajo nupcias con el joven oficial llamado William Leckmacks, el soldado que había matado a su esposo. De esa forma, el castillo y las tierras de los O'Brien pasaron a formar parte de la propiedad de la familia Leckmacks. Ahora, Charles poseía tierras que dedicaban a la ganadería y obtenían beneficios suficientes para pertenecer a la burguesía del condado.

—¡Charles! ¡Charles!

Una mujer de estatura pequeña y pelo rojo se lanzó sobre su amigo besándole el rostro una y otra vez.

—¡Mamá! —contestó Charles, besándola a su vez.

—Suéltame... ¿Qué va a pensar tu amigo? —La mujer, con las mejillas sonrosadas por la vergüenza, palmeó el hombro de Charles—. Discúlpame, pero hace más de un año que no veo a mi hijo.

—Denis, te presento a mi madre.

—Señora Leckmacks, encantado de conocerla. Muchas gracias por invitarme a su hogar. A última hora, mi hermano ha tenido que rehusar la invitación debido a...

—Somos demasiado aburridos para alguien como Gerard —lo interrumpió Charles contemplando a su amigo con una sonrisa socarrona.

—Señora Leckmacks, debe disculpar...

—Muchacho, no soy tan vieja para no ver que Charles te toma el pelo —intervino la mujer ante el azoramiento del joven. Luego, tomó del brazo a

Denis y añadió—: Por favor, olvida las formalidades y llámame Amy. Dejaremos lo de señora Leckmacks para otras ocasiones —dijo, y le guiñó un ojo—. Charles, hay alguien más que está deseando verte.

—¡Casandra! —exclamó Charles con una sonrisa.

—Ella también ha terminado las clases en el internado y está aquí —le informó su madre—. Aunque está arreglándose aún.

—Entonces, no la veré hasta esta noche —dijo su hijo con complicidad.

—¿Denis, tienes hermanas? —le preguntó la madre de Charles.

—No señora, solo hermanos.

—Tu padre es un hombre afortunado.

Denis no pudo contestar, ya que la señora Leckmacks sujetó a su hijo del brazo y lo guio al interior del castillo. Un grito de mujer le hizo mirar hacia la escalinata. Una joven de pelo rojo descendía los escalones de dos en dos dirigiéndose con rapidez hacia ellos. Casandra se lanzó a los brazos de Charles y Denis advirtió el amor que ambos se profesaban. Tras unos segundos, la joven se separó de su hermano y se acercó a él. Sus ojos verdes lo miraron con calidez, su amplia sonrisa asomó a sus labios y terminó convirtiéndose en una encantadora risita. El ángel pensó que jamás se cansaría de oírla.

—Amigo mío, te presento a mi hermana Casandra.

—Encantado de conocerla, señorita Leckmacks —contestó, a la vez que tomaba su mano y la besaba.

El contacto de su piel removi6 en Denis un sentimiento que nunca había creído poseer. No era un c6libe, pero ninguna mujer le había provocado tal deseo y ansiedad.

—Llámame Casandra, por favor. Eres amigo de mi hermano y por lo tanto espero que también lo seas mío.

Denis asintió distraído por su hermoso rostro e hipnotizado por una voz que le sonó al canto de una sirena. Para alguien a quien nunca le habían faltado las palabras, la presencia de esa menuda muchacha lo enmudeció.

Casandra tenía el cabello rojo de un tono algo más fuerte que el de su madre, y le concedía un color mortecino al rostro. No poseía un cuerpo voluptuoso ni tampoco una belleza fascinante. No obstante, había dibujado en sus labios un mohín sensual que lo había conquistado sin remedio.

Durante una semana, apenas había visto a la hermana de Charles, pero las veces en que había coincidido con ella el deseo por la joven se había acrecentado. Ese día, a la hora del desayuno, Casandra apareció vestida con un traje de amazona de terciopelo verde. Se ceñía a su cintura como una segunda piel y realzaba el color de su cabello. Denis se levantó nada más verla y ella lo besó en la mejilla igual que había hecho con su hermano al entrar en el cuarto. Ese gesto alentó sus esperanzas de ser algo más que un amigo para la joven.

—¿Habéis terminado de desayunar?

La muchacha se sentó sobre las rodillas de Charles y mordisqueó un trozo de jamón que él había dejado en el plato.

—Hermanita, hace rato que terminamos. ¿Qué te ronda por esa bella cabeza? —preguntó él y golpeó de forma cariñosa con un dedo su frente.

—Denis no conoce nuestras tierras —dijo, rodeando el cuello de su hermano con los brazos antes de añadir—: Eres un mal anfitrión —le regañó con dulzura la muchacha.

—Tienes razón. —Charles se puso en pie, y empujó con afecto a su hermana hacia Denis—. ¿Te apetece un paseo a caballo? —propuso Leckmacks.

—Me encantaría —contestó el ángel a escasos centímetros de la joven.

—Entonces, ahora sería un buen momento —dijo Casandra con una sonrisa encantadora.

Ella se sujetó del brazo de Denis y los tres se encaminaron al establo.

—Mamá ha preparado una fiesta de bienvenida. —Casandra guiñó un ojo a su hermano. El comportamiento burlón y misterioso de ambos intrigó a Denis—. Ya sabes lo que eso significa.

—Desde luego —contestó Charles, y esta vez fue él, quién le devolvió el guiño—. Temo por la integridad de Denis.

—Seguro que sabe protegerse —contestó Casandra, y fijó los ojos en el caído—. Aunque, quizá deberías alejarlo de las más peligrosas.

—¿Alguno de vosotros puede explicarme de qué estáis hablando? —protestó al fin, molesto por el juego de su amigo y la posibilidad de hacer el ridículo delante de su hermana.

Denis, a causa de la amistad que le unía a Charles, se abstuvo de leer el pensamiento de los dos hermanos. La tentación de hacerlo le costó aumentar su mal humor.

—¿Crees que será conveniente que se lo digamos? —respondió Casandra con una sonrisa juguetona.

—Debemos prepararle o mamá conseguirá comprometerlo —contestó Charles con sorna.

—¡Ya basta! —terminó por decir, muy serio—. ¿De qué habláis?

Ambos hermanos se rieron y eso lo irritó aún más, pero la sonrisa que le dedicó Casandra le hizo desear besarla. Imaginar que podía poseer su boca le causaba una excitación que apenas podía disimular. Casandra ofreció un terrón de azúcar a su caballo, acarició el morro del animal y le susurró algo al oído. Los tres esperaban que les entregaran las monturas, aunque Denis no dejaba de observar cada movimiento de la joven.

—Mamá invitará a todas las muchachas casaderas del condado e intentará comprometerte con alguna de ellas —dijo Charles, dándole un discreto codazo en las costillas.

—¿Qué? ¿Comprometerme?

Charles no pudo contener la risa ante el rostro de incredulidad de Denis.

—Amigo mío, mi madre es una experta en situaciones comprometedoras. Cuídate de ella y de todas las mujeres guapas que bailen contigo esta noche.

—Entonces, no bailaré con ninguna.

—Así tendré más para mí —dijo Charles, y montó sobre un caballo pardo.

Azuzó al animal y salió a campo abierto.

Cassandra miró a Denis fijamente a los ojos y él, a pesar de su timidez, le dijo:

—Sálvame esta noche y concédeme todos tus bailes.

Cassandra sonrió complacida por sus palabras.

—No puedo hacer eso, o todos pensarán que estamos comprometidos.

—Si tú quisieras, yo... —Denis sujetó el brazo de la muchacha. El deseo se había apoderado de él con más fuerza. Desde que la conoció no dejaba de pensar en ella. Le torturaba imaginar que terminara en brazos de otro.

—Pregúntamelo esta noche —le pidió Cassandra, y el mozo de cuadra la ayudó a montar.

—¿Por qué esta noche? —preguntó con curiosidad, esperanzado por la idea de que sintiera algo por él.

—Esta noche conocerás a muchas mujeres de Killarney.

—Solo me interesa una y está conmigo en este momento —dijo, y besó su mano.

Cassandra sonrió y fustigó al caballo, mientras el ángel admiraba cómo cabalgaba, ella se volvió y le gritó:

—¡Denis de Chevalier, pregúntemelo esta noche!

Denis sabía que no necesitaba conocer a ninguna otra mujer. También que Cassandra lo odiaría si algún día averiguaba quién era en realidad.

EL DESPERTAR DE LOS SENTIDOS

Las sensaciones extremas, cuando se prolongan, acaban por no sentirse.

Shakespeare

Amy Leckmacks revisaba las mesas de comida una por una y se aseguró de que los manteles estuvieran impecables, el suelo reluciente, las manos de los criados limpias, las flores en los diferentes jarrones y, sobre todo, que nada quedara al azar. Ansiaba, aunque no tenía ninguna esperanza, que su hijo Charles encontrara una joven bonita para retenerlo en sus tierras y no regresara a Francia. Amy miró a través del ventanal del salón y observó preocupada la amistad surgida entre el amigo de Charles y su hija. Reconocía que Denis de Chevalier era un joven culto, atractivo, de porte aristocrático; pero Casandra era una muchacha ingenua que apenas conocía nada de la vida y esperaba por su bien que no se hubiera enamorado de ese joven. Amy sentía que, a pesar de todas sus cualidades, era diferente, distinto del resto de caballeros de su edad. Encontraba en sus ojos grises una sabiduría tan vieja que a veces la incomodaba. Su hija la saludó con la mano desde el jardín y ella correspondió al saludo. Amy se retiró de la ventana y volvió a comprobar el estado de los manteles, el suelo, las flores y las manos de los sirvientes.

Esa noche, los invitados acudieron a la fiesta en el castillo de Leckmacks a la hora convenida. Denis se encontraba inquieto, deseaba bailar con Casandra y besar esos labios que le estremecían con tan solo mirarlos. Ni siquiera cuando había participado en alguna batalla celestial se había sentido tan inseguro y asustado.

—Amigo, parece que fueras tú el menú de esta noche —bromeó Charles al verlo tan tenso.

Denis era un hombre templado, pero no dejaba de tocarse el cuello almidonado de la camisa y había tomado dos copas de whisky antes de la

cena.

—Esta noche es importante para mí —confesó.

—¿Esta noche? —Charles alzó una de las cejas motivado por la curiosidad —. ¿Y puede saberse por qué?

La conversación quedó interrumpida por la aparición de su hermana. Casandra había escogido un vestido de gasa de color aguamarina que se ajustaba a la perfección a su cuerpo. Diminutas cuentas brillantes adornaban su pelo y un collar de perlas descansaba en su cuello realzando la belleza de sus hombros desnudos. Denis creyó reconocer en ella a una ninfa marina. Casandra le sonrió y su sonrisa hinchó su corazón con un amor mucho más profundo.

—¡Estás preciosa! Seguro que llenas todo tu carné de baile —le dijo su hermano. La tomó de las manos y la hizo girar para verla mejor.

—Ya está completo —respondió ella sin dejar de mirar a los ojos de Denis.

—No me digas, hermanita. ¿Y quién es ese caballero tan afortunado? — Charles dibujó un cómico gesto de enfado en el rostro—. Espero que se comporte o se las verá conmigo.

—Se comportará y no necesitaré tu ayuda —dijo, y le dio un puñetazo cariñoso en el pecho.

Casandra se aferró al brazo de Denis. Charles se alegró por los dos. Amaba a su hermana y no encontraría a nadie mejor que su amigo para ser su esposo. Tan solo esperaba que su madre también pensara lo mismo.

La primera vez, Charles no lo resistió y vomitó tres veces. Después de regresar de Killarney se enfrentaron a una lección de anatomía que Denis consideró magistral: diseccionar cadáveres como parte de su enseñanza en medicina.

—¡Dios! No sé cómo aguantas hacer esto sin expulsar el desayuno. — Charles estaba cubierto de sangre al igual que Chevalier.

El olor a hierro de aquella sustancia vital era inconfundible, pero Denis se sentía exultante por el milagro que constituía el ser humano.

—¿Esto? Esto es la obra más maravillosa de Dios —contestó el ángel con verdadero orgullo.

—Sí... Claro... Aunque toda esa sangre, vísceras y demás órganos me dan náuseas.

Charles se quitó el peto de cuero y se lo entregó a uno de los ayudantes del profesor. Denis hizo lo mismo, ambos jóvenes se lavaron las manos y los brazos en una jofaina; otro de los ayudantes les entregó unas toallas limpias.

—Seguro que cuando pasen estas dos semanas de prácticas, lo aguantarás.

—Espero superarlo o no podré aprobar el examen. Solo de pensarlo me enferma.

—Te invito a una copa en mi casa, eso te ayudará a librarte de tu mal humor — propuso Denis al ver el rostro pálido de Charles.

Ambos subieron a un carruaje y se dirigieron a la casa de Chevalier. Tal y como le había pronosticado Denis, el licor asentó el estómago de Leckmacks e hizo sonreír a su amigo. Comprendía a Charles, pero él había presenciado tantas muertes, visto tanta barbarie, que ya nada podía sorprenderlo, y menos aún, lo harían un par de cadáveres.

Una sombra apareció de repente en la habitación y sobresaltó a Charles. El joven se preguntó cómo había entrado Gerard en la biblioteca sin que se hubiera dado cuenta. Miró la copa con desconfianza, ese whisky debía ser más fuerte que el de Killarney. En cambio, Denis había intuido la presencia de su hermano mucho antes de que lo detectaran los ojos de su amigo.

—¿Qué quieres? —preguntó con un tono de voz cargado de fastidio.

—Creo que es hora de que me marche —dijo Charles al ver cómo se había enrarecido el ambiente en la habitación.

—Gracias, nos veremos mañana en clase.

El irlandés asintió y se retiró con discreción de la biblioteca. Denis hablaba poco de la relación con Gerard, pero era palpable la rivalidad que existía entre ellos.

—Traigo noticias —le dijo cuando se quedaron a solas. Su hermano distinguió en sus palabras un deje de burla.

—¿Qué tipo de noticias? —suspiró Denis con impaciencia.

Ese día estaba cansado. Necesitaba alimentarse para recuperar parte de su energía y lo que menos necesitaba era aguantar los juegos absurdos de Gerard.

—Unas que te interesarán.

—¿Piensas tenerme todo el día adivinando tus acertijos o me dirás de una maldita vez esas noticias?

Gerard se sirvió una generosa copa de coñac.

—Después —respondió, apoyándose en la pared con pereza—. Ahora, cuéntame algo sobre los maravillosos valles de Killarney.

—Hay poco que contar —se apresuró a decir Denis.

Su hermano le lanzó una mirada inquisitiva que intentó evitar.

—No sabía que eras un mentiroso. No te molestes en ocultarlo, he leído la mente de Charles. Un chico poco interesante. En cambio, esa jovencita llamada Casandra parece fascinante.

—Deja de hablar de ella —le pidió, y sus palabras sonaron más a una orden que a una petición.

Gerard detectó en los ojos de su hermano que esa muchacha le había gustado. Los ángeles no podían leer las mentes de otros ángeles, pero al igual que los humanos, sus sentimientos se podían predecir a través de sus reacciones.

—No está bien que te guardes para ti los platos más deliciosos —dijo, recostándose en el sofá con una dejadez que enardecía a Denis.

—No es ninguna de las mujerzuelas que tú frecuentas. Así que déjala en paz o lo lamentarás.

—¿Es una advertencia? —preguntó Gerard con malicia.

—No —respondió Denis, tragándose su enfado.

—Dilo, hermano —le incitó con un fulgor divertido en los ojos—. Estoy deseando escucharlo.

Denis cerró la boca y apretó los dientes. Gerard había conducido la conversación hasta ese punto para que mordiera el anzuelo. Como un imbécil había caído en la red y ahora no podía echarse atrás.

—Es una amenaza —afirmó, resignado.

—Está bien, me olvidaré de ella... por el momento. No me importa que tú la disfrutes primero. Estoy seguro de que no sabrás ni cómo hacerlo. Después, yo le mostraré a un ángel de verdad.

Denis se dirigió a la mesa donde se encontraban las bebidas y se sirvió un whisky doble. Necesitaba calmarse o estallaría en ese mismo instante y golpearía a su hermano. Gerard intentaba desafiarlo con todas aquellas palabras, pero no soportaba que pronunciara el nombre de su prometida.

—¿Vas a contármelo de una vez? —preguntó con vehemencia, dándole la espalda.

—Lucien.

—¿Qué le ocurre? —preguntó, y se giró de inmediato.

Gerard pudo leer en los ojos de Denis su preocupación y una punzada de celos le hizo ponerse serio.

—Ha intentado volver.

—¿Se lo han permitido? —preguntó con un interés que no pudo disimular.

—El gran jefe se ha negado. —Siempre que podía Gerard eludía nombrar a su creador—. ¿Sabes lo que significa?

—Dolor y muerte —respondió Denis.

—Así es. Pero creo que ha conseguido un pacto, algo que lo atormenta más aún que no volver.

—¿Qué tipo de pacto?

—No ha querido hablar sobre él. —Alzó los hombros con una inocencia

fingida. Denis podía ver la alegría que lo dominaba y le costaba disimular.

—Intentaré hablar con él cuando lo vea.

Gerard asintió y se bebió de un trago su copa. Luego, se aproximó a la ventana y le dio la espalda a su hermano antes de preguntar:

—¿Charles te ha invitado a su casa para las próximas vacaciones?

—¿Por qué? —respondió con cautela Denis.

—Quizá acepte su oferta de visitar Killarney.

Denis lo miró con rencor, pero antes de decirle qué pensaba sobre su intención de visitar Killarney, Gerard había desaparecido de la biblioteca.

OCASO EN KILLARNEY

Nadie tiene dominio sobre el amor, pero el amor domina todas las cosas.

Jean de La Fontaine

Denis contempló el paisaje cubierto de nieve mientras el carruaje avanzaba por el camino que conducía a Killarney. En esta ocasión, Gerard los acompañaba, algo que le había molestado desde el principio. Durante el camino, los dos hermanos apenas se habían dirigido la palabra y Charles estaba demasiado cansado para limar el ambiente tenso que se había instalado en el interior del coche y acabó dormido. Denis y Gerard también cerraron los ojos, pero al contrario de Charles, no dormían.

No entiendo por qué estás tan enojado, dijo Gerard sin pronunciar una palabra. Los ángeles tenían la capacidad de comunicarse entre ellos con la mente, aunque no podían leer sus pensamientos. *Parece que te dirijas al patíbulo.*

Te lo advierto. Una mano invisible apretó el cuello de Gerard. Si Charles hubiera despertado en ese momento, solo habría presenciado cómo los dos hermanos, cansados por el viaje, dormían. *No te acerques a ella.*

Suéltame o Charles será testigo de una pelea entre ángeles y te juro que no será nada agradable para nuestro común amigo.

Denis aflojó la fuerza que presionaba el cuello de Gerard. Abrió los ojos y lo observó durante un instante, escudriñó cada centímetro del rostro de su hermano con la única intención de averiguar qué pretendía. Gerard era retorcido y juró que si osaba dañar a Casandra él mismo lo mataría.

No te acerques a ella o lo lamentarás, sería capaz de...

Deja de pensar en esas tonterías, le interrumpió. *Puedes quedarte con tu Casandra. Estoy convencido de que hay cientos como ella en el precioso condado de Killarney.*

Un bache en el camino hizo que Charles se golpeará con la ventana de la puerta del carruaje y despertara. El joven asomó la cabeza y divisó sus tierras.

—¡Amigos! —anunció emocionado, y zarandeó a los dos hermanos para que despertaran—. Hemos llegado a Killarney.

En esta ocasión, el castillo tenía las dos torres cubiertas por la nieve. Denis observó que la impresionante casa de Charles se hallaba empañada por una oscura sombra que teñía de tristeza su estampa. Su amigo descendió de un salto del carruaje y se apresuró hacia la puerta, esta vez, la madre de Charles no acudió a recibirlo, en su lugar, un criado con el rostro apesadumbrado esperaba al joven.

—¿Dónde está mi madre, William? —preguntó emocionado de estar en casa, pero el silencio del sirviente lo alarmó en exceso.

—Señor, la señora Leckmacks ha sufrido un accidente —comunicó, frotándose las manos, y miró solemne al muchacho.

—¿Está bien? —preguntó Charles. El joven presentó de pronto una lividez que entristeció a Denis.

—Es mejor que hable con el médico —le aconsejó el viejo sirviente casi al borde de las lágrimas.

Charles se giró hacia los dos hermanos y dirigiéndose a Denis con inquietud, le dijo:

—Eres el mejor médico que conozco, te agradecería que vinieras conmigo.

—Claro, Charles —respondió pero, al igual que su hermano, había leído en la mente del anciano la gravedad de la señora Leckmacks.

—William, acompaña al señor Chevalier a su dormitorio —ordenó Charles con la voz tensa de preocupación.

Denis y Charles se apresuraron a subir la gran escalera que conducía a las habitaciones principales del castillo. A Gerard sus prisas le parecieron estúpidas. La mujer no tenía salvación. También había descubierto que la señora Leckmacks guardaba un buen whisky escocés en la biblioteca.

—William.

—Sí, señor.

—Aún es pronto para retirarme a mi dormitorio, ¿le importaría conducirme a la biblioteca?

—No, señor, sígame.

—Gracias, William... ah, espero que me ofrezca una copa de ese whisky que tanto aprecia.

William miró con recelo al joven, alzó una ceja sorprendido y asintió con un movimiento de la cabeza, desconcertado ante el descubrimiento del francés. Nadie en aquella casa sabía que bebía ese brebaje escocés, salvo la señora Leckmacks. No era tan despistada como para no ver que la botella debía rellenarse cada dos meses, pero era una licencia que le permitía por todos los años de servicio a la familia.

Tras dos copas del whisky escocés de William, el mejor que había bebido en mucho tiempo, comenzó a aburrirle la larga espera en aquella biblioteca. Se puso en pie y contempló el paisaje; lejos de tranquilizarlo lo irritó aún más. Gerard no era hombre de campo. Creía que dada la situación su estancia en el castillo de Leckmacks sería de lo más mortificante. Su intención no había sido otra que fastidiar a su hermano y conocer a esa joven que había conseguido alejar el pensamiento de Denis de los libros. Terminó de beber de un trago su tercera copa cuando se abrió la puerta. Se giró y observó a la joven que había entrado; sin duda era Casandra. Entonces, entendió perfectamente por qué su hermano se había prendado de esa humana. El deseo también se apoderó de él, un deseo ardiente y feroz como nunca había sentido por una mujer.

—¡Oh! —exclamó ella, sorprendida al darse cuenta de que no estaba sola—. ¡No sabía que estaba aquí!

—Lo siento, no pretendía asustarla —tomó su mano y la besó—. Soy

Gerard de Chevalier, el hermano de Denis.

—Lamento conocerlo en estas circunstancias. —La voz de la muchacha se quebró e intentó disimular su agitado estado.

—Quien debe disculparse soy yo, comprendo que está pasando por un momento muy duro y una visita no es lo más adecuado.

—Todo lo contrario, la presencia de Denis y la de usted nos consolará a Charles y a mí. Cada vez que pienso que mi madre pronto... Casandra empezó a llorar sin terminar de hablar. Resultaba encantador verla temblar por el dolor que la inminente muerte de su madre le causaba, aunque hubiera deseado contemplarla vibrar de placer y deseo. La abrazó con la intención de consolarla, pero leyó la mente de la joven y vislumbró los anhelos de la muchacha. La sensualidad oculta que deseaba mostrar y sus ganas de conocer lo prohibido sorprendieron de manera grata a Gerard. Le acarició con suavidad la espalda y ella dejó de estar tensa. El ángel ascendió despacio hasta su nuca. La chica terminó por relajarse cuando él masajeó su cuello con movimientos delicados. Por su parte, Gerard olió el aroma a jazmines de su cabello. Cada vez la cercanía entre los dos era mayor, pero Casandra no se opuso. Él le alzó la barbilla y ambos se miraron con intensidad. La muchacha casi no podía pensar, y apenas respirar. Ni tampoco explicar la atracción que aquel hombre ejercía sobre ella. Se sentía culpable. Su madre agonizaba, su prometido intentaba junto con su hermano salvarle la vida y ella sentía un inconcebible impulso de besar a su cuñado.

—Lo deseas, ¿verdad?

Los labios de ella mostraron un ligero temblor que aumentó la excitación del ángel. Ansiaba apoderarse de su boca, quería besarla hasta que la voluntad de la joven le perteneciera, hasta que no deseara a nadie salvo a él.

—Más que nada en este mundo —contestó perturbada por sus intensos y pecaminosos pensamientos.

Cuando los labios de Gerard cubrieron los suyos, Casandra supo que jamás amaría a nadie más, pero un par de lágrimas surgieron de sus ojos. Descubrir que era una mujer tan pecadora le hacía sentirse digna de

desprecio.

Dos días más tarde, un viento gélido acompañó el sepelio de la señora Leckmacks. Charles y Casandra no tenían más familiares y a la ceremonia acudieron los más allegados y la servidumbre. Amy Leckmacks era una mujer querida por sus vecinos, que se había ganado el afecto de los terratenientes de las tierras que colindaban con las suyas. Charles debería encargarse a partir de ahora de sus propiedades y Denis pensaba que su amigo no estaba preparado para hacer frente a tantas nuevas obligaciones. Al quinto día, Charles se vio en la tesitura de conocer a sus arrendatarios. Tenía responsabilidades hacia ellos y su madre no le hubiera perdonado no cumplir con ellas. También debía hablar con el señor Craig, el capataz. Un hombre hosco, de pocas palabras, pero muy eficiente, que miró a Charles y a los Chevalier como a unos pusilánimes y jóvenes vagos de ciudad.

—¿Señor, por dónde quiere empezar? —preguntó Craig, sin dejar de mover con impaciencia el pie izquierdo, como un reverendo ante una panda de mocosos que no supieran la lección de algún pasaje de la Biblia.

—Quisiera ver las cercas, señor Craig. Mi madre me comentó en mi anterior visita que no se encontraban en muy buen estado.

—Muy bien, para ello tendríamos que ir a primera hora de la mañana. Prometí a su madre, que Dios la tenga en su gloria, comprar un carnero semental en el condado de Scrahane y tardaré todo el día en llegar.

—Claro —dijo Charles, luego se giró hacia sus dos amigos—. Denis, en la parte norte hay un camino que lleva a un monasterio. Tiene una de las mejores bibliotecas del condado y, después de que el señor Craig nos enseñe la cerca dañada, tendremos todo el día para visitarla.

—Gerard, acompáñanos tú también —le pidió Denis.

En el fondo su petición se debía al temor de dejarlo a solas con Casandra.

Tenía la impresión de que Gerard se comportaba de manera extraña con su prometida. No disponía de ninguna prueba que avalase tal pensamiento, pero su hermano era capaz de hacer muchas cosas despreciables. Si osaba tocar un solo cabello de Casandra no dudaría en castigarlo.

—Puedo acompañaros al pueblo o a cualquier lugar donde sirvan un buen whisky. Soy capaz hasta de ir con el señor Craig a comprar ese hermoso carnero semental, pero he de rehusar vuestra invitación para visitar a unos aburridos monjes y una biblioteca. —Craig sonrió por las palabras del joven, era de su misma opinión—. Prefiero quedarme en la cama. No os preocupéis por mí. Seguro que encuentro alguna cosa con la que entretenerme.

A Denis el juego de palabras lo enardeció lo suficiente para apretar los puños de rabia, clavándose las uñas en las palmas de las manos.

—Como quieras —consiguió decir sin que Charles ni el señor Craig notaran las ganas que tenía de pegarle un puñetazo a su querido hermano.

A la mañana siguiente, Charles y Denis desayunaron sin la presencia de Gerard. Sospechaba que tramaba alguna maldad y esperaba por el bien de ambos que no tuviera nada que ver con Casandra. Hasta ahora, no había mirado ni siquiera una sola vez a la joven y ella parecía no reparar en su existencia. Podría haber leído sus pensamientos y confirmar sus sospechas, pero hubiera sido una traición imperdonable. No confesarle quién era ya suponía un delito contra el amor que le profesaba, así que había jurado no abusar más de su confianza adentrándose en su mente. Además, el dolor por la muerte de su madre la había sumido en una depresión y pasaba la mayor parte del día encerrada en su dormitorio. La había visto a solas una vez. Se había mantenido reacia a que la besara y había rechazado sus intentos por consolarla. Quería pensar que todo era producto de la situación de duelo por la que atravesaba, pero la idea de que Gerard hubiera influenciado en Casandra no dejaba de atormentarlo por las noches.

Esa mañana, la lluvia había derretido parte de la nieve y fue fácil llegar hasta la abadía de la que había hablado Charles. Emplearon en ello toda la mañana. Sin embargo, Denis no admiró, como hubiera sucedido en cualquier

otra ocasión, los magníficos ejemplares ni prestó atención a las explicaciones de los monjes. Estaba impaciente por regresar al castillo y espoleó a su caballo con una insensibilidad impropia de él. A Charles le había sorprendido y preocupado el comportamiento de su amigo durante la visita al monasterio, aunque le impresionó mucho más su galope desenfrenado. Leckmacks no deseaba matarse y desistió de mantener el ritmo de la cabalgadura de Chevalier.

Denis desmontó de un salto sin esperar a que el mozo de cuadra le sujetara las riendas. Entró a grandes zancadas en el castillo. Subió de dos en dos las escaleras que conducían a la habitación de Casandra y abrió la puerta de un golpe. La joven se asustó al verlo entrar de aquella manera inesperada.

—¿Qué sucede? —preguntó al contemplar su semblante invadido por la ira—. Tus ojos... Han cambiado.

Denis se arrodilló ante ella y tomó su mano. Ocultó el rostro entre los pliegues de su falda, aliviado por no encontrar a Gerard y descubrir que su desconfianza había sido producto de los celos. Casi había perdido el control, casi le había mostrado quién era. Sentía pavor a que ella lo rechazara y pensar que podía perderla hacía que no tuviera el valor necesario para actuar con sinceridad. Su comportamiento era mezquino y cobarde, pero haría cualquier cosa por mantenerla a su lado.

—Nada... Perdóname —le pidió, mientras abrazaba su cintura con más fuerza—. Perdóname por dudar de ti y pensar que Gerard y tú... ¡Dios! Solo de pensarlo me vuelvo loco.

Casandra no contestó. Tampoco correspondió al abrazo y su silencio fue la peor confesión que hubiera podido escuchar. Ese silencio y la rigidez de su cuerpo le demostraron que no se había equivocado. Pese a descubrir la verdad, optó por acallar sus celos bajo un manto de olvido que le rompió el corazón.

LA HORA DE LA VERDAD

Las mentiras más crueles son dichas en silencio.

Robert Louis Stevenson

Lucien guardó silencio cuando terminó de cumplir el deseo de Sara. Le había contado la historia de Casandra, Denis y Gerard y cómo todo acabó para los tres en una tragedia. El ángel le dio la espalda y se concentró en admirar el gran jardín que rodeaba la casa de su hermano.

—El resto es fácil de imaginar. —Lucien seguía sin girarse—. Gerard conquistó a la dama y quiso comportarse con honradez confesándole qué somos. Casandra prefirió lanzarse por una de las ventanas de nuestra casa en París que compartir la vida con un monstruo. Gerard quiso evitarlo, pero no supo contener su fuerza y con sus propias manos mató a Casandra. En venganza, Denis quiso matarle también y todo esto ya sabes a qué nos ha conducido —dijo, y se fijó en las distintas plantas que adornaban el exterior.

—A mí —dijo ella con un hilo de voz.

Ahora que conocía qué había sucedido en la vida de Denis no tenía miedo a morir, pero el caído le había proporcionado una razón para vivir. No estaba dispuesta a perder esa batalla sin luchar contra su destino. Se precipitó hacia la salida consciente de que para Lucien era un insecto al que destruir sin ningún esfuerzo. Él la alcanzó en la puerta y emitió una orden en su mente que la obligó a detenerse.

—Es la hora. —Su voz dulce era tan autoritaria que Sara, a pesar de su resistencia, se vio en la obligación de obedecer.

—Todavía no... Yo... —dijo con inmensa tristeza.

Lucien extendió las alas negras, pobladas de plumas aterciopeladas, una magnífica extensión de su espina dorsal. Sus ojos brillaron como dos piedras aguamarinas y su rostro mostró una ferocidad que no había contemplado en

ninguno de los hermanos Chevalier. Sara apretó los puños, revelándose contra el mandato de dirigirse a la cocina y buscar un cuchillo. Intentó oponerse y solo consiguió un fuerte dolor de cabeza. Después, Lucien le exigió que se encaminara al camposanto. Pronto anochecería y Sara debía ser degollada justo a esa hora. Apenas quedaba algo de luz cuando atravesó la puerta del cementerio dispuesta a cumplir con la voluntad inquebrantable de Lucien. Nada podía detenerla, ni siquiera su propia voz interior gritándole que no se entregara a la muerte. El ángel era mucho más fuerte que ella. Sus pies avanzaban a través de las estrechas calles flanqueadas por lápidas de granito. El viento rugió con insistencia cuando posó la mano en una de las verjas que protegían la entrada de un mausoleo. Oía en su cabeza una y otra vez que debía llegar hasta la tumba de Casandra. Estaba tan confusa que resbaló e intentó mantener el equilibrio, fracasó y cayó al suelo. Se puso en pie y siguió avanzando hacia el lugar en el que encontraría la perdición sin advertir que se había hecho un profundo corte en la muñeca. Durante un segundo, tuvo que apoyarse en una de las lápidas para recuperar el aliento. Sus ojos divisaron la tumba de Casandra, aquella visión la llenó de temor y contuvo la respiración. Entonces, la voz de Lucien, de forma imperiosa, le exigió que llegara hasta allí. Sara se resistió a cumplir su petición, pero el dolor de cabeza que ese esfuerzo le causaba era más de lo que podía soportar. En aquel enfrentamiento de voluntades, Sara perdió la batalla. Sus piernas no fueron capaces de sostenerla y se desplomó sobre el suelo con los ojos llenos de lágrimas. Lucien la levantó y la arrastró hasta la tumba de Casandra dispuesto a degollarla ante *su ángel*. Entonces, el olor a tierra húmeda le hizo imaginar que los fuertes y seguros brazos de Denis la abrazaban e, incluso, que la envolvía el aroma a flores marchitas. Antes de morir, creyó sentir cómo *su ángel* la besaba.

Lucien esperaba a su hermano en la biblioteca. Estaba tan enfadado que le

era imposible mantener su forma humana. Recorrió con la vista la habitación en un intento por calmarse, nada en aquel cuarto conseguía apaciguar su cólera. Ni los legendarios libros ni los dos vasos de whisky que se había tomado. Justo cuando estaba a punto de degollar a Sara, Denis se lo había impedido. Su hermano había perdido una oportunidad y, si no fuera de su propia sangre, ahora mismo estaría muerto por aquel acto de rebeldía. Lucien aguardaba impaciente dicho encuentro.

En la planta superior, Denis dejó a Sara sobre la cama. Definitivamente, se enfrentaría a Lucien si persistía en matar a la mujer que amaba. Sí, la amaba, y eso no mejoraba las cosas entre ellos, pero casi la había perdido y el temor a no ver su sonrisa o tenerla entre sus brazos le aterraba. Pensar en la soledad que invadiría su corazón si ella hubiera muerto lo hacía desear entregarse al infierno. Denis entró en la biblioteca, preparado para advertirle de que no consentiría que pusiera en peligro la vida de Sara. Conocía muy bien a Lucien y sus intentos de controlar el temperamento que había heredado de su padre. También que sus ganas de ayudarlo habían motivado aquella semejante situación.

—Te lo dije —le amenazó Denis—. No vuelvas a intentar matarla.

Lucien plegó las alas, pero sus ojos continuaron brillando con la misma intensidad que cuando mostraba su forma inmortal.

—¿Me amenazas? —le preguntó, sorprendido por el súbito cambio de su hermano—. No tienes ni idea de todo lo que he tenido que pasar para concederte una oportunidad —le recriminó.

Lucien lanzó al fuego el vaso en el que había bebido. Dos llamas azules se reflejaron en su rostro, otorgándole más la apariencia de un demonio que la de un ángel.

—Nunca te pedí que lo hicieras.

Lucien había escuchado demasiado, apretó los dientes y aguantó las ganas de propinarle una buena paliza a ese ingrato. Denis se acercó a la ventana y le dio la espalda.

—Es verdad —respondió Lucien, ahora reflexivo—, nunca me lo pediste,

pero somos hermanos. No permitiré que tu amor infantil por la humana te impida liberarte de tu prisión —le aseguró Lucien con severidad.

—No la llames humana —le recriminó Denis, furioso—, se llama Sara.

Su hermano había conseguido acabar con su paciencia y un silencio tenso vaticinó lo que estaba por suceder en aquella habitación. Lucien agarró a Denis por el cuello y lo lanzó contra la ventana. Ninguno de los dos pareció sufrir demasiado con aquel golpe, aunque los ojos de Denis cambiaron de la misma forma que los de Lucien. A ambos les costaba mantener su forma humana.

—Desde crío protegías animalillos indefensos —le recordó con burla.

Denis se incorporó del suelo y se sacudió los cristales como si fueran migas de pan. Lucien veía que sus palabras lo habían enfurecido y esperaba la ocasión de lanzarse en un ataque feroz contra él. Nunca había sido un buen soldado y tal como había presagiado su hermano se abalanzó, gritando:

—¡Sara no es ningún animal!

Lucien contraatacó y lo empujó contra una de las librerías; varios ejemplares cayeron al suelo. Sabía cuánto amaba su hermano esos libros y levitó para no pisarlos. Esquivó el golpe de Denis y su puño se estrelló contra la barbilla de su hermano menor y lo arrojó contra la chimenea. El golpe rompió el mármol como si fuera de yeso. Las delicadas imágenes talladas desaparecieron igual que frágiles esculturas de arena.

—Para mí, todos los humanos son animales —respondió, y cruzó los brazos sobre el pecho a la espera de que Denis correspondiera al ataque.

Su hermano se levantó sin dificultad, todos aquellos golpes solo habían sido un calentamiento. Quería irritarlo para que perdiera el control. Necesitaba desfogar la frustración que le suponía malograr aquella partida en la que tanto había invertido. Había apostado demasiado por él y no soportaba perderlo todo. No era capaz de aceptarlo y, menos aún, cuando el motivo de su derrota era una simple y débil humana.

—Es mi vida —dijo con un tono de voz de reconciliación—, y yo decido sobre ella.

Lucien agarró de nuevo el cuello de su hermano y lo alzó a un metro del suelo. Denis no se resistió, extendió las alas a su espalda y sus ojos plateados brillaron con más intensidad, pero defendería la vida de Sara con la suya.

—No es solo tu vida —le escupió Lucien entre dientes—. En eso te equivocas.

Después, lo lanzó contra la puerta de la biblioteca. El golpe la destrozó y Denis quedó un momento tendido en el suelo. No podía convencer a su hermano, no comprendería sus motivos. Jamás había amado a nadie y creía que nunca lo haría.

Sara despertó sobresaltada al escuchar unos golpes que resonaron como cañonazos a sus oídos. Al principio, pensó que todo había sido una pesadilla, pero la habitación, la venda en el brazo y el fuerte dolor de cabeza, le demostraron que no se trataba de ningún sueño. Se levantó muy despacio al notar que el cuarto giraba a su alrededor como una noria en una feria. Se apoyó en la pared y comprobó que llevaba puesta una camiseta de Denis. Los ruidos parecían provenir de la planta baja. Salió del cuarto y descendió descalza la escalera que conducía hasta el recibidor. Allí, se encontró una imagen dantesca. Habían destrozado la puerta de la biblioteca. Tambaleándose, consiguió llegar al marco que habían convertido en astillas. Ninguno de los dos hermanos notó su presencia. Estaban concentrados en destruirse uno a otro, aunque por el momento solo habían conseguido acabar con la chimenea, las paredes, los sillones, las ventanas y parte de la estantería que almacenaba aquellos viejos libros.

Sara no resistiría mucho más tiempo de pie sin caer al suelo y decidió poner fin a esa disputa familiar que, con seguridad, ella había originado.

—¡Parad! —dijo. Ninguno de los dos la oyó, así que con todas sus fuerzas que no eran muchas, gritó—: ¡Dejad de comportaros como dos imbéciles! —

Los dos hermanos se giraron a la vez. Sara mostraba una palidez cenicienta y enfermiza. Lucien fue consciente del amor que reflejaban los ojos de su hermano y supo que la pequeña humana lo había derrotado—. Hasta yo puedo darme cuenta de que estáis jugando —dijo Sara con la voz casi apagada.

—¡Deberías estar en la cama! —le recriminó *su ángel* sin dejar de vigilar a su hermano.

Lucien leyó en el rostro de Denis que se enfrentaría a él hasta la muerte si tocaba un solo cabello de esa mujer.

—Sí, debería...

Sara notó cómo las piernas no la sujetaban más, algo que *su ángel* también apreció. Sin que fuera consciente de cómo lo había hecho, se encontró entre sus brazos.

Lucien regresó a su estado mortal y observó la escena. A pesar de todo siempre albergaría un sentimiento de protección hacia sus hermanos.

—Gerard no será tan comprensivo como yo —le avisó.

—Lo sé, por eso necesito que hables con Gabriel.

Sara escuchaba la conversación como una suave música de fondo. Su atención se concentraba más en el latido del corazón de Denis y en el cálido refugio que le proporcionaba su pecho.

—¡Te has vuelto loco! —exclamó Lucien colérico, elevando la voz—. Ni siquiera ella merece tanto sacrificio.

—Hazlo —le ordenó Denis y añadió—: o seré yo quien mate a Gerard. Y a ti, si te interpones en mi camino.

Lucien barajó la posibilidad de matar a la humana, pero Denis jamás se lo perdonaría. No había sacrificado ciento de años para terminar ganándose el odio de su hermano.

—Al matar a Hugo ha perdido las alas. Quiere vengarse de ti y la utilizará a ella para herirte.

Lucien conocía muy bien a sus dos hermanos y Gerard era el más

despiadado de los tres. No cejaría en su empeño de dañar a Denis a través de Sara.

—Entonces, con más razón debo hablar con Gabriel —insistió.

Lucien advirtió en los ojos de su hermano que nada de lo que le dijera lo haría cambiar de opinión.

—Si lo haces, no habrá marcha atrás. Ni siquiera yo podré salvarte.

Denis miró a Sara, su pelo rojo destacaba sobre la blancura de su rostro. La joven abrió los ojos y esbozó una leve sonrisa que impregnó el corazón del ángel de esperanza.

—No dejaré que te hagan daño —le prometió.

Esta vez, nada ni nadie destruiría a la mujer que amaba.

EL MEJOR DE LOS PACTOS

Huyo de lo que me sigue y sigo a lo que me huye.

Ovidio

Sara acarició el rostro de *su ángel*. Nunca lo había observado con tanto detenimiento como en ese instante en el que por primera vez contemplaba el amor reflejado en sus ojos. Cuando abrió la puerta de su habitación y la depositó sobre la cama con suavidad, todo su ser se resistía a dejarlo marchar. Sus dedos se enredaron en su sedoso cabello oscuro. No moriría en manos de Gerard sin probar qué significaba entregarse al placer. Estaba preparada para amarlo y, aunque no la quisiera como a Casandra, no podía negar que se sentía atraído por ella. La excitación que había experimentado cuando la besaba o el deseo que leía en sus ojos al tocarla no eran imaginaciones suyas. Denis no correspondió a sus intentos de seducción pero, al menos, no la apartó de su lado. Mordisqueó con delicadeza su labio inferior, besándolo con timidez. Sara respiró aliviada al comprobar que aceptaba su cariño y no la rechazaba. Emitió un suave gemido de entrega absoluta, de plena rendición. Denis la atrajo hacia sí, abrazándola con fuerza. Estar entre sus brazos hizo que todo a su alrededor desapareciera: el dolor, el miedo, la muerte, incluso ella misma, absolutamente todo. Solo existían ellos dos en aquel mundo real o imaginario, de ensoñación o locura. Sara posó las manos sobre el pecho de Denis y sintió los acelerados latidos de su corazón. Esbozó una sonrisa de felicidad y *su ángel* deslizó las suyas bajo su camiseta. El contacto de sus suaves y frías manos le arrebató un grito sofocado. Creía que había muerto y resucitado en el Paraíso al sentir cómo acariciaba cada centímetro de su ardiente piel.

—Sara... —susurró él con voz entrecortada y ronca junto a su cuello.

El segundo beso la había desarmado, pero oír cómo pronunciaba su

nombre amenazaba con quemarla en las llamas del infierno, y nunca imaginó cuánto deseaba quemarse si quien encendía ese fuego era *su ángel* de alas negras. Denis besó sus párpados, sus mejillas y al final se apoderó de nuevo de su boca. Notaba el peso de su cuerpo incitándola a querer más de él. Le agradaba tanto aquel contraste entre el calor que le ocasionaba y la frialdad de su piel que creyó que se convertiría en vapor de agua. La respiración agitada de Denis aceleraba su sangre y presionó sus caderas contra las suyas. Sin poder evitarlo arañó sus brazos con una urgencia desconocida para ella. Debía demostrarle que no era Casandra, que lo amaba y que deseaba con todas las células de su cuerpo entregarse a él. Denis la apartó e intentó recuperar el dominio sobre sí mismo. El esfuerzo que realizaba para no dejarse llevar por la invitación de Sara se apreciaba en sus ojos, que la miraban con su forma inmortal.

—Ámame esta noche —le pidió ella.

Denis se debatía entre concederle la oportunidad de tener una vida normal o tomarla entre sus brazos y dejarse llevar por la necesidad que sentía de ella. Cerró los ojos, incapaz de tomar una decisión. Ella acarició su mejilla y el contacto de sus manos le obligó a mirar el dulce rostro de la mujer que amaba.

—Denis... no me rechaces esta noche —dijo ella con una súplica. Podía ver cómo los remordimientos lo atormentaban.

—Sara... yo... ¡Dios!

Lanzó un gruñido y se apoderó de sus labios, rendido ante la evidencia de que ella había ganado aquella batalla. Sara le había vencido, su calidez e ingenuidad había derrotado a su voluntad de hacer lo correcto. La abrazó con tal fuerza que temió dañarla; aspiró su aroma como si precisara dicha fragancia para vivir, y besó sus labios con tanta desesperación que temió arrebatarse el último aliento de vida. La despojó de la ropa y besó su cuello. Esta vez, se obligó a descender con lentitud, sin prisa, hasta sus pechos. Tenía toda la noche para amarla, después, al amanecer no solo se convertiría en un ángel de piedra, sino que desaparecería para siempre de su vida.

Sara emitió un gemido cuando Denis se abrió paso en su interior. Había deseado tanto ese momento que temió que fuera parte de un sueño. Clavó las uñas en sus hombros, acercándole más aún a ella. Sara observó sus ojos plateados y él la envolvió en un abrazo de aterciopeladas plumas negras. Ni siquiera yacían sobre la cama, levitaban a un metro de ella. La sensación de ingravidez era tan excitante como sentir la boca de Denis besar sus pechos, mientras sus cuerpos entrelazados se amaban con desesperación. En el momento en el que ambos sucumbieron al placer Denis posó a Sara con suavidad sobre la cama. Retiró con cuidado uno de los mechones húmedos de su sien. Ella le regaló una sonrisa resplandeciente que guardaría en la memoria hasta el fin de los tiempos. Quería a esa mujer con todo su ser y lo que haría era tan imperdonable que hubiera preferido convertirse en una sombra antes que producirle tal dolor. Acarició su mejilla y abrazó de nuevo su tierno cuerpo desnudo. Sara se acurrucó entre sus brazos sin imaginar que él destrozaría sus sueños. Era tan mezquino que jamás se perdonaría, pero debía protegerla, debía asegurarse de que nadie le hiciera daño. Besó su cabeza y susurró en una de las lenguas muertas que había aprendido en su juventud sus sentimientos. Sara acarició su mejilla, las palabras eran tan dulces que a pesar de no comprenderlas supo que estaban cargadas de amor. Besó con ternura sus labios y cerró los ojos. En su rostro solo había felicidad.

Pronto, el amanecer desterraría las sombras de la noche. Denis miró una vez más a Sara. Había llegado el momento de decirle adiós. Si veía de nuevo su amor en sus ojos, no podría separarse de ella. Se levantó de la cama con un claro gesto de resignación. Apretó los puños sintiéndose una auténtica escoria.

—¿Adónde vas? —preguntó ella.

—Me marcho, ya nos veremos —terminó por decir. Hubiera soportado cien latigazos a tener que pronunciar aquellas palabras.

—¿Por qué haces esto? ¿Es por qué aún amas a Casandra? —preguntó con la ingenuidad propia de una niña. Temía la respuesta y más que nada temía su rechazo. Se sentía dolorida porque no la considerara mejor que a ella. Pese a

todo, estaba dispuesta a compartir su amor con un fantasma antes que renunciar a él.

—Tú eres una pobre sustituta —le dijo.

Sus palabras atravesaron el corazón de Sara, pero siempre había sido una chica obstinada y se dijo que no estaba equivocada. Había visto su entrega, su amor, su pasión, hasta un deseo abrasador que casi había acabado con los dos. Nada de lo que le decía era cierto. Su corazón no podía engañarse de tal forma que lo vivido esa noche fuera una mentira. Él intentaba alejarla, con la única intención de protegerla. No era tan estúpida para no ver qué pretendía hacer. Su comportamiento le motivó ganas de gritar. Esa actitud incomprensible le causaba tal frustración que apretó los dientes. Aquel ser angelical o demoníaco no parecía entender qué estaba dispuesta a sacrificar para recibir unas migajas de su amor.

Denis no contestó. No podía pedirle que renunciara a todo, incluso a su vida. Además, ¿qué mujer se uniría a un ángel caído con una terrible maldición? No la condenaría a sufrir de esa forma. Debía encontrar a alguien con quien compartir su existencia. Ni siquiera tenía veintidós años y se había entregado a él, sin medir las consecuencias.

—Olvídate, Sara, yo... —dijo sin terminar de pronunciar una palabra más, y se alejó de ella. Necesitaba hacerlo o ambos se arrepentirían más tarde.

Sara se incorporó de un salto de la cama y se aferró a su brazo al ver qué pretendía hacer. No quería que se marchara, aceptaría cualquier condición que impusiera para que permaneciera a su lado.

—Tengo que saberlo —le pidió en un último intento para convencerlo de que no la rechazara.

—¿Por qué? —preguntó con tristeza. Se veía tan hermosa y deseable que Denis se maldijo por el daño que le produciría—. Puedo hacer que me olvides, que nada de lo que has vivido te parezca real.

Sara no disimuló el horror que le produjo su propuesta. No quería que la sometiera a ningún hechizo para que no recordara nada de esos últimos días.

Se negaba a aceptar que la forma en cómo la había amado, o las veces que le había salvado la vida no significaban nada para él. Y no estaba dispuesta a renunciar a esos recuerdos. Ni a esa noche de amor compartido. Debía romper sus murallas y conquistar el corazón del ángel.

—No olvidaré. No puedo olvidar —dijo, y rodeó su rostro con las manos, y añadió—: Te quiero, mientras pueda respirar, te amaré; mientras mi corazón siga latiendo, te amaré. Mientras mis ojos puedan abrirse cada mañana, te amaré...

—¡Basta! —gritó Denis incapaz de soportar más aquella tortura.

El caído usaba todo su autocontrol para no lanzarla de nuevo sobre la cama y amarla hasta que el mundo terminara. Se dijo una y otra vez que debía hacer lo correcto. Con Casandra su error terminó en muerte, no volvería a repetir la experiencia. Esta vez, salvaría a la mujer que amaba, incluso de él. Le retiró las manos con brusquedad y ella dejó caer los brazos a sus costados, derrotada por su fría mirada. Se veía tan dolida, tan indefensa vestida con una de sus camisetas; el pelo despeinado, el rostro enrojecido y los labios hinchados por sus besos que se odió por lo que le diría.

—Pues no deberías hacerlo, yo nunca te he amado.

Denis salió de la habitación dando un enérgico portazo, cuyo resultado culminó con una quiebra del marco. Sara observó la madera resquebrajada, la puerta no resistiría otro golpe como ese ni su corazón tampoco. Esta vez no lloraría: no existían en su interior lágrimas suficientes para demostrar cuánto sufría. Al amanecer, abandonó la casa de Denis de Chevalier. Maldijo a esos tres cabezotas y engreídos ángeles caídos pero, sobre todo, maldijo a Casandra.

Denis nunca hubiera imaginado que Gabriel se presentara en su casa y, menos aún, aceptara sus condiciones. El viejo comandante era muy

desconfiado, pero Lucien lo había convencido de su sinceridad. Se juró que jamás volvería a trabajar a las órdenes de Gabriel, sin embargo, no disponía de ninguna otra forma de proteger a Sara. Lucien le había contado que Gerard se había marchado de Pravia. Ignoraba dónde se escondía, aunque tarde o temprano reaparecería con deseos de venganza. No dejaría a Sara indefensa cuando su maldición lo convertía en un ángel de piedra. Los guerreros de Gabriel perseguían a su hermano por la muerte de Hugo, y no confiaba en que fueran capaces de atraparlo. Se removió inquieto en el sofá y se enfrentó con la mirada a Gabriel. El viejo comandante aún exhibía la actitud rígida y marcial de antaño.

—Debo confesar que me sorprendió tu propuesta. —El arcángel mostró una sonrisa satisfecha.

—Todos podemos sorprender alguna vez.

Su decisión era una locura que lo condenaría a convertirse en un perdido, un ser incapaz de sentir ninguna pasión humana.

—De todos tus hermanos nunca hubiera apostado por ti. Quizá Lucien por su coraje o Gerard por su avaricia, ¿pero tú? Solo te interesó el conocimiento. —Señaló con desprecio las estanterías de libros que había vuelto a ordenar—. Parece que me equivocaba.

—No siempre se tiene razón —respondió Denis, y caminó hasta la destrozada chimenea—. ¿Lucien te ha explicado mi oferta?

—Sí, lo ha hecho. —Gabriel se puso en pie y desenvainó una enorme espada de fuego—. No creo que deba explicarte qué ocurrirá después.

Denis asintió. Se arrodilló indefenso ante el arcángel.

—Hazlo —dijo, y clavó los ojos en Gabriel—. ¿Cumplirás tu palabra? ¿La protegerás?

El comandante lanzó una mirada de desprecio a su soldado. Gracias a su debilidad, había encontrado al candidato perfecto para infiltrarse en el infierno. Le prometería cualquier cosa con tal de conseguir información sobre los perdidos.

—Cumpliré mi palabra —le aseguró Gabriel levantó la espada y se colocó

al flanco del caído. Denis extendió las alas. El viejo comandante, de un mandoble certero, las cortó y el joven ángel cayó al suelo dominado por el dolor; pero el comandante aún no había acabado con él, lo agarró del pelo y le dijo:

—Eres un estúpido necio. Ahora me perteneces. —Soltó su cabeza con brusquedad, y añadió—: Bienvenido de nuevo al rebaño.

Denis logró incorporarse, mientras la sangre le bajaba por la espalda y su serpiente se removía inquieta en el brazo. Temblaba a causa del dolor. Perder las alas para un caído significaba varias cosas importantes que, durante un instante, lo desconcertaron. Casi no podía creer que la maldición se hubiera roto, ya nada lo retenía a Casandra. En el trato había perdido su alma, esta poco a poco se oscurecería. Pronto, dejaría de ser Denis de Chevalier para convertirse en uno de los perdidos; en una sombra devoradora de almas.

Sara se encerró en su casa, desconectó el teléfono y el ordenador. Necesitaba curar su corazón. Estaba tan furiosa con *su ángel* que si lo hubiera tenido delante le habría pateado el trasero. Apenas había dormido durante esa semana y ni siquiera comía lo razonable para mantenerse con fuerzas. Francesc la obligó a visitarlo tal y como le había pedido unas semanas antes.

—Sara, no creo que sea buena idea que vivas sola, al menos, durante un tiempo. —El médico observó el rostro pálido de la muchacha y lo achacó a la huida de Hugo—. Ningún hombre merece que una joven tan bonita e inteligente como tú sufra de este modo. Hugo siempre ha sido un muchacho muy extraño. Ya se marchó del pueblo durante un tiempo, quizá no deseaba lo mismo que tú. Seguro que pronto haces otros amigos y el amor aparecerá de nuevo.

Francesc recogió sus utensilios médicos, pero para Sara sus palabras habían sido el desencadenante de más dolor. Todos los habitantes de Pravia

creían que Hugo se había marchado, aunque en realidad Lucien se había encargado de enterrar su cuerpo. El hermano de Denis también le había asegurado que Lidia pagaría por la muerte de su padre y había entregado a la policía numerosas pruebas que la incriminaban. Solo era cuestión de tiempo que la apresaran. Miró los ojos bondadosos de Francesc y dibujó una leve sonrisa de aceptación. Nunca más amaría a nadie, ni llenaría el agujero oscuro y desolador que se había formado en el interior de su pecho donde antes había estado su corazón. Nunca más, a menos que tomara ella esa decisión.

Francesc examinó asombrado el cambio que se producía en Sara. Su rostro, de repente, presentaba la mayor de las determinaciones.

—Así me gusta, muchacha, optimismo y decisión. —Francesc tocó en un gesto cariñoso la barbilla de la joven.

Sara asintió con una amplia sonrisa por motivos muy diferentes a los que pensaba Francesc, aunque guardó silencio. Salió de la consulta decidida a convencer a un ángel de que ella era la mejor elección de su vida.

TEN CUIDADO CON LO QUE DESEAS...

Todo deseo estancado es un veneno.

André Maurois

Tres semanas más tarde, Sara había recuperado algo de color y ganado un poco de peso. Debía enfrentarse a Denis y no podía posponerlo más. Temía que *su ángel* desapareciera de Pravia y de su vida. Esa noche se presentaría en su casa para hablar de su futuro común. Solo era un cabezota inmortal con un instinto de protección anticuado. Como excusa para visitarlo, preparó una buena cena. Después de invertir dos horas en elaborar una comida aceptable, el resultado la complacía lo suficiente para afrontar con optimismo su misión. Se trataba de un ágape sencillo, aunque esperaba que Denis no fuera demasiado exigente. Se encaminó a su cuarto y rebuscó en el armario. Lo más seductor que poseía era un traje oriental que le regaló su tía. Se trataba de un vestido chino de seda negra, con cuello *Mao*, y una abertura de vértigo en la pierna izquierda. El vestido requería unos zapatos de tacón.

—¡Perfecto! —dijo en voz alta delante del espejo para darse valor.

Se sujetó el pelo con dos palillos de nácar. La imagen reflejaba a una chica muy decidida y más mundana de lo que era en realidad. Reconoció que su atuendo resultaba sensual. Se puso su gastado abrigo negro y pidió un taxi para que la llevara a casa de Chevalier. Debido a las dudas le temblaban las piernas. No era el momento de flaquear ni vacilar de su decisión. Se obligó a pulsar el timbre, durante unos segundos estuvo tentada a darse la vuelta y marcharse, temerosa de que la echara de su casa. Si eso es lo que sucedía, no podría afrontar su indiferencia sin derrumbarse.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Denis con la voz enronquecida al verla ante su puerta.

Sara no supo descifrar qué reflejaban sus ojos. No le disgustó su presencia,

pero tampoco mostraba gran entusiasmo. Su torso desnudo alteró la entereza que pretendía mantener ante él. El magnetismo que ejercía sobre ella la obligó a contener las ganas de lanzarse a sus brazos y acariciar la piel desnuda que se le ofrecía como un plato apetitoso ante sus ojos. Un estremecimiento atravesó su cuerpo al advertir una ligera mueca desdeñosa aflorar a sus labios. Denis la examinó de arriba abajo con ojos lascivos y esa misma mirada la subyugó por completo. Algo en él había cambiado. Su rostro parecía distinto y una expresión de crueldad se manifestó en torno a la comisura de sus labios. Sara temió estar equivocada en cuanto a sus sentimientos.

—He venido a verte —dijo ella, con un hilo de voz.

Él le quitó la cesta de la comida y la dejó caer al suelo. Un ruido seco le indicó que uno de los recipientes de cristal se había roto. Sus manos se deslizaron por su espalda despojándola del abrigo con una lentitud inquietante, después, lo tiró al suelo. Ese gesto alentó la esperanza de que se hubiera arrepentido en cuanto a la decisión de apartarla de su vida, aunque sus palabras fueran tan lapidarias que Sara tragó saliva desalentada cuanto terminó de escucharlas.

—Te dije que te alejaras de mí.

Contrariamente a lo que decía le alzó el rostro y la besó con rudeza. Sara creía ahogarse en la desesperación. No lo comprendía. Solo estaba aturdida por el deseo que veía en sus ojos. Temía que esa noche jugara con ella y con sus sentimientos. Si ese era su plan, ella no ganaría la partida.

—Estás preciosa —dijo, y le acarició el cuello.

—Gracias —respondió con timidez. La derretían sus caricias y su presencia, pero había una tensión contenida que la mantenía en alerta.

Denis la acercó a él y acarició de nuevo con suavidad su espalda. Esta vez, notaba el ardiente tacto de sus manos a través de la seda del vestido. Sara se vio forzada a posar las suyas sobre su pecho y, se sorprendió al sentir el calor que desprendía su piel. Observó sus ojos y advirtió en ellos una llama peligrosa que la excitó y, al mismo tiempo, le avisó del riesgo de que saldría

lastimada esa noche, si no se alejaba de él. Denis le quitó los palillos del pelo y le desabrochó uno de los botones del vestido sin siquiera cerrar la puerta. Mordisqueó la piel de su cuello con brusquedad, como si no tuviera tiempo. Su apremiante urgencia la mareaba, mientras su cabeza intentaba analizar con frialdad su comportamiento. No podía pensar con claridad si las manos de Denis tocaban su cuerpo de aquella manera. Al día siguiente le aparecerían las marcas de aquel arrebató de pasión, pero no le importaba. Nada le importaba cuando estaba entre sus brazos. Denis terminó de romper los botones del vestido y sus labios descendieron hasta su pecho besándola sin ternura. Necesitaba hablar con él, hacerle comprender que lo amaba y que era capaz de compartirlo con Casandra o vivir el resto de su vida con una maldición. Detestó aquella situación en la que él la había colocado y utilizó toda su fuerza de voluntad para apartarlo de ella.

—¿Podríamos comernos la cena? —preguntó para enfriar la situación que ambos protagonizaban—. He estado toda la tarde preparándola.

—Preferiría comerte a ti. —Sara esbozó una sonrisa forzada. Esas palabras no parecían pertenecer a un hombre como *su ángel*. Su aspecto también había cambiado, ahora su piel era más blanquecina, sus ojos carecían de calidez y sus manos la trataban con rudeza cuando acariciaban su cuerpo.

—No sé si eso sería una buena idea.

—Tengo muchas maneras de condimentar la cena y una sería quitándote ese precioso vestido que te has puesto esta noche.

—Denis...

—¡Esta bien! Vamos a cenar —dijo, y tomó la cesta. Aprisa sacó las cosas y las colocó sobre la mesa de la biblioteca.

A Sara le extrañó que varios de aquellos ejemplares que él siempre había cuidado con esmero estuvieran esparcidos por el suelo, incluso, a algunos les habían arrancado sus páginas.

—¡Tus libros! —exclamó ella, desalentada al ver el estado de la biblioteca.

—Esos libros me aburrían demasiado, ahora prefiero entretenerme con

otras cosas.

—¿Qué te gusta ahora? —preguntó con la única intención de apaciguar el ritmo de su corazón.

—¿En serio quieres averiguarlo?

Sara retrocedió un paso ante la salvaje mirada que había visto en él.

—¿Cenamos? —preguntó ella incapaz de responder a su pregunta.

—Si es lo que deseas...

Él le retiró la silla y esperó a que ella tomara asiento; justo cuando lo hacía, Sara notó sus manos en los hombros. Su presión, aunque tosca, no le causaba dolor. Descendió hasta sus pechos en una caricia que aceleró el corazón de Sara y su respiración.

—¿Aún deseas cenar? —susurró él.

Su aliento cálido era una tentación, pero debía hablar con él, debía convencerlo de que desistiera de abandonarla.

—Sí —consiguió pronunciar con la voz entrecortada.

Denis giró la silla con brusquedad y colocó su rostro a escasos centímetros de su cara.

—Sé que estás mintiendo. Dejaremos la cena para otro momento —dijo, y tomó a Sara de las muñecas y la levantó de golpe.

La joven esquivó su cercanía y retrocedió unos pasos hasta que su espalda se encontró con la pared. A pesar de que Sara estaba excitada por su proximidad, tenía la sensación de que él mantenía a raya sus instintos más primitivos. Sin soltarla, Denis le subió la falda del vestido y con una de las piernas la forzó a abrir las suyas.

—¡Para! Tenemos que hablar.

—No hay nada de qué hablar —dijo él, rompiendo su vestido.

Sus manos avanzaban con violencia sobre su cuerpo y Sara empezó a temblar. Ese no era *su ángel*. Forcejeó en un intento vano de librarse de sus caricias.

—¡Para! ¡No pareces tú! —exclamó.

—¡Vamos! No me digas que pare. Tú lo deseas igual que yo. ¿Si no, por qué te has vestido como una ramera esta noche y has venido aquí? —A Sara esas palabras le dolieron tanto que lo abofeteó con rabia.

—¡Maldita zorra! —gritó Denis, y la empujó. Sara terminó cayendo al suelo. El golpe le lastimó un costado. Esta vez sí vio con claridad que ese ser no era Denis—. Todas las humanas sois iguales. Lucien tenía razón, sois animales —dijo él con desprecio.

El dolor contrajo el rostro de Sara, pero fue peor cuando hizo un amago de golpearla. Ignoraba qué le había sucedido a Denis, sin embargo, sus ojos horrorizados rescataron a *su ángel* del abismo en el que se encontraba y su mano se detuvo en el aire.

—¡Sara! —exclamó con una nota profunda de desesperación, y la alzó, abrazándola con fuerza—. ¡Dios! ¡Perdóname! —suplicó, enterrando el rostro en el cuello de ella.

Sara fue incapaz de corresponder a su abrazo.

—¡Suéltame! —gritó, y lo apartó de su lado, asustada. Él no hizo nada para evitarlo.

—¡Vete! Ahora que todavía puedes, ¡vete! —pidió Denis con un tono de voz lleno de derrota—. Nunca más vuelvas a acercarte a mí.

Sara negó con la cabeza sus palabras que habían sonado demasiado crueles, sinceras y desgarradoras. De todos modos, supo que debía cumplir esa orden o ambos se arrepentirían más tarde. Entonces, recordó una conversación entre Denis y Lucien el día en el que casi perdió la vida por segunda vez.

—Lo has hecho... —musitó sin aliento—. ¡Has perdido tus alas! —gritó, y las lágrimas brotaron de sus ojos al conocer el sacrificio que había realizado por ella.

—He perdido mucho más que eso —aseguró él.

Sara se acercó a Denis y se aferró a su brazo. La serpiente se revolvió con tanta violencia que el caído se contrajo de dolor, y se desprendió de sus manos de un manotazo.

—¿Por qué lo has hecho?

—No podré controlarlo por mucho más tiempo. ¡Eres tan estúpida! ¡Aún no te has marchado! —le gritó.

Sara ignoró su comentario insultante. Ni siquiera la tocaba, aunque sentía la violencia de Denis escaparse por cada poro de su cuerpo. Pronto, la fuerza de voluntad que mantenía aquel ser oscuro y diabólico encerrado dentro de él se liberaría y sería mejor no encontrarse en su camino. Sara intentó acariciar su rostro y su mano quedó suspendida en el aire, ante el dolor que vislumbró en sus ojos.

—¡Vete! Si no quieres que te obligue a acostarte conmigo esta noche. — Denis golpeó la pared con un puño y su expresión mostró una agresividad que al fin atemorizó a Sara—. ¡Dios! ¡Vete de una maldita vez! —gritó, y masculló—: Te aseguro que nada de lo que estoy pensando te complacería.

Sara contuvo las lágrimas al apreciar que *su ángel* sí había desaparecido. En su lugar, otro ente ocupaba su cuerpo. Se apresuró a ir hacia la puerta; antes de marcharse, miró a Denis. Nunca más volvería a verlo.

¿QUÉ HARÍAS POR AMOR?

Todo lo que se hace por amor, se hace más allá del bien y del mal.

Friedrich Nietzsche

Dos meses más tarde, Sara se guardaba mucho de mostrar cómo se sentía ante los demás. Si Francesc o Llorens adivinaban su estado ninguno de ellos la dejaría en paz y solo quería que olvidasen su existencia. Esa mañana, Sara removía los cereales de su desayuno sin mucho interés. Tenía la tonta esperanza de que algún día regresaría a su lado, de que volvería a verlo convertido en una estatua de mármol negro sobre la lápida de Casandra. Se engañaba con aquellos deseos inalcanzables. Aunque sí tenía la certeza de que jamás sentiría el amor que él había sembrado en ella. De nuevo, notó que le faltaba el aire, pero era mucho peor por las noches. En esos momentos lo odiaba por hacerla sufrir de aquel modo y, sobre todo, por haber renunciado a algo tanpreciado como el amor que ambos compartían. Sus pensamientos no aumentaron sus ganas de comer. Apartó el plato con la idea de que debía hacer algo para disimular que la vida había dejado de tener sentido para ella o Francesc, gracias a su historial clínico, la ingresaría en un psiquiátrico. Sacó un folleto informativo del cajón de la mesa de la cocina sobre una escuela de Bellas Artes en Muros y decidió matricularse. Necesitaba una excusa para sobrevivir, la pintura siempre la había ayudado a sobrellevar los malos momentos. Se prometió que nunca más dibujaría el rostro de un caído.

Dos días después, Sara se subió de nuevo en el tren que la llevaría hasta Muros. Hasta ese día, no se había dado cuenta de lo mucho que echaba de menos realizar ese viaje y a Hugo. Su corazón se encogió al recordar a su amigo y cuál fue su final. Su desconuelo amenazaba con hacerla llorar. Reconoció que ahora cualquier hecho insignificante le arrancaba una lágrima. Abrió la mochila, sacó una botella de agua y un par de pastillas. Francesc le

había dicho que las tomara si se sentía deprimida. Cerró los ojos y el ruido monótono del tren la hizo acordarse, una vez más, qué había sucedido un mes antes. Lanzó un suspiro de resignación e intentó imaginar otra cosa para olvidar el dolor y a Denis. El problema era que siempre guardaría en su memoria aquel día. Nunca podría arrinconar en su mente lo ocurrido, ni siquiera si se tomaba el bote entero de pastillas.

Las lágrimas le impedían ver el camino con claridad. Se quitó los zapatos, apretó el abrigo contra su cuerpo y caminó descalza durante dos horas hasta llegar a la casa de los acantilados. Se sentía perdida, saber el sacrificio que había realizado para salvarla no disminuía su pena. Comprendía que todo lo había hecho por ella, también que la amaba, pero hubiera preferido mil veces morir a verlo transformado en ese ser desconocido y cruel. Sus pasos la habían conducido a su antigua casa del acantilado. Su mente dolorida requería tranquilidad y su cuerpo supo adónde debía dirigirse. Las cosas que todavía pertenecían a su madre calmarían el dolor de su corazón. La puerta estaba abierta, la empujó despacio y subió las escaleras. Parecía que Lidia y todos los empleados habían huido cuando Gerard escapó por miedo a las represalias. Entró en el dormitorio de su madre y abrió el mirador. El ventanal aún conservaba algunas de las marcas tras estrellarse contra la pared hacía unos años. El aire le removió el pelo y le secó las lágrimas. Un escalofrío le recorrió la espina dorsal y supo que no estaba sola; pero no le importó.

—¿Qué haces aquí, Lucien? —preguntó.

Estaba tan cansada que apenas se sostenía en pie. El ángel se sorprendió de que lo reconociera sin verlo. Esa chica había desarrollado un sexto sentido con los hermanos Chevalier.

—Necesito tu ayuda —le pidió sin más preámbulos.

El ángel se acercó a ella y no sintió miedo ante sus ojos azules y fríos, aunque la estudiaba como si buscara en su mente su más íntimo secreto. El pelo rubio le caía sobre los hombros y numerosas manchas de sangre le cubrían los pantalones. Pese a mostrarse con su presencia humana, Sara apreciaba cómo luchaba por no cambiar en el temible caído que ella había visto en alguna otra ocasión. Observó cómo su serpiente se movía inquieta bajo la piel.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Sara, alarmada.

—Es Denis.

El miedo oprimió el corazón de Sara.

—¿Está bien? ¿De quién es esa sangre?

Lucien contempló los ojos de la chica agrandados por el temor y cómo se frotaba las manos, preocupada por su hermano. Por una vez, dejó de considerarla como a un animal y comprendió qué había visto Denis en ella.

—No es de él —le respondió al leer en su mente lo que pensaba.

Sara exhaló un suspiro de alivio y lo miró con una determinación que sorprendió al ángel.

—¿Qué tengo que hacer?

—No te va a gustar y además te dolerá —reconoció Lucien, avergonzado por cómo la había tratado.

—Lo he entendido, no será muy divertido. —Lucien esbozó una sonrisa ante las palabras de la humana—. ¿Ayudará a Denis?

—Espero que lo bastante para salvarlo del infierno.

—Dime qué tengo que hacer —se oyó decir sin pensarlo dos veces.

Lucien temía su reacción al contarle qué esperaba de ella. No tenía tiempo ni paciencia para histerismos.

—Denis ha perdido su voluntad. Es casi una sombra y su alma se precipita hacia las llamas del infierno. No permitiré que eso ocurra. Denis pactó con Gabriel tu protección, ningún ángel o demonio puede acercarse a ti. Ese fue el trato y Gabriel jamás lo romperá. —Sara odiaba aquel pacto—. Tú eres la

única que puede incumplirlo. También eres la única que puede convencer a Gerard para que nos ayude.

—Tu plan es... desastroso —dijo Sara con una débil sonrisa que otorgó a la joven un aspecto derrotado.

—Lo sé, pero no dispongo de tiempo ni tampoco de ninguna otra idea.

—Quizá Gerard me mate antes de que pueda decir una palabra —dijo Sara, y en sus ojos podía verse una expresión de cansancio que conmovió a Lucien.

En cambio, a la joven le extrañaba su propia frialdad, cuando se trataba de salvar a *su ángel*, se convertía en la chica más valiente y decidida del planeta.

—Bueno... es una de las posibilidades —reconoció.

—¿Cuándo debo hacerlo?

—Debe ser esta misma noche. Gerard no anda muy lejos y Gabriel, después de que te marcharas, ha detenido a Denis. Te aseguro que el viejo comandante no tiene demasiada paciencia y utilizará cualquier medio del que disponga para sonsacarle toda la información que ha obtenido de los perdidos. Denis, como ya has comprobado, es uno de ellos —dijo al ver el estado de la joven—. No dirá una palabra y eso lo pone en una difícil situación.

—Entonces, no perdamos más el tiempo.

—Di que renuncias a tu protección.

—¿Solo eso? —exclamó, asombrada. A punto estuvo de echarse a reír ante la simplicidad que a veces mostraban los ángeles.

—¿Qué esperabas? —preguntó, y alzó la ceja de forma inquisitiva.

—Algo más solemne —reconoció. Luego, se restregó nerviosa las manos en la ropa y dijo—: Renuncio a mi protección.

Sara no notó nada alarmante a su alrededor, salvo que Lucien se había marchado y otra vez se encontraba sola. Esperó unos segundos de tenso silencio, hasta que tuvo la seguridad de que nada ni nadie estaba en aquella casa. En cierta forma su soledad la había desilusionado y se quitó el abrigo.

Abrió el armario. Lidia se había llevado todos sus vestidos salvo algunos que suponía que con las prisas había desechado. Escogió uno de los más sencillos, de todos modos era demasiado ajustado, demasiado corto y demasiado erótico para la ocasión, pero era ese vestido o parecerse a una muñeca china a la que habían lanzado contra una pared. No se puso los zapatos, pensó si tenía que huir mejor lo haría descalza. Entonces, reflexionó sobre su estúpido pensamiento. ¿Huir de un ángel? Ni siquiera le dio tiempo a lavarse la cara. Gerard apareció delante de ella en el mirador, tal y como había pronosticado Lucien. El mediano de los hermanos replegó las alas negras y se encaminó hacia ella con la elegancia propia de un hombre acostumbrado a ser admirado por las mujeres. Sara sintió un nudo en el estómago al pensar que Denis había renunciado a sus alas y a la condición de ángel caído para protegerla.

—Bonito vestido, aunque no es de tu estilo —dijo, y tomó su mano para besarla. A pesar del miedo que sentía, ella no la retiró.

—Hola, Gerard —dijo, sin responder a sus juegos dialécticos—. Necesito tu ayuda.

—¿Mi ayuda? —preguntó Gerard, con aire aburrido.

El ángel se colocó a escasa distancia de su nariz. Sara podía oler su embriagadora colonia y el aroma la mareó. Emanaba una sensualidad que no podía ignorar. Se sentía atrapada en su magnetismo y eso podía ser muy peligroso. Tragó saliva y con toda su fuerza de voluntad se apartó de él.

—Me vas a ayudar a liberar a Denis de Gabriel y a recuperar su alma del infierno —dijo, con tal seguridad que sorprendió al ángel.

A Sara su petición le había sonado ridícula e imposible. ¿Desde cuándo todo eso podía ocurrir? Sin embargo, salvo que todo fuera producto de una mente enfermiza, los hermanos Chevalier existían, los ángeles existían y los demonios también.

—¿Y por qué voy a hacer eso? —preguntó en un tono burlón.

—Porque es tu hermano. Es tu familia.

—¡Mi familia! —gritó, agarrando a Sara de los brazos.

—Por favor, al menos, hazlo por Lucien —le rogó.

La mirada peligrosa que le lanzó Gerard la sobrecogió. El ángel la acercó a él con brusquedad casi derribándola contra su pecho. Sara no tuvo tiempo de emitir una queja ya que tiró con ensañamiento de su pelo. Pensó que le partiría el cuello, en su lugar la besó con tal brutalidad y la abrazó con tanta fuerza que no podía respirar. Cuando la soltó, tenía los labios ensangrentados y una mancha escarlata en el costado. Lucien no le había mentado. La furia de Gerard le dolería.

—Entonces... —vaciló Sara unos segundos. Luego, temblando de dolor continuó hablando. Temía la reacción de Gerard al pronunciar su nombre. Sin embargo, no había llegado tan lejos para comportarse con cobardía—. Hazlo por Casandra —dijo al fin.

El ángel la empujó con fuerza, furioso al escuchar aquel nombre. El golpe contra la pared la mareó. Pese al dolor, se dijo que debía sobreponerse para ayudar a Denis.

Gerard observó con cierta preocupación a la joven. No había sido su intención empujarla, podía haberla matado y solo quería disfrutar de ella. De esa manera, le haría mucho más daño a su querido hermano. El nombre de esa mujer le había despertado recuerdos que quería olvidar. Y Sara había pagado las consecuencias de ese instante de sensiblería al mencionar a la humana que le había causado tanta desgracia.

Sara se sentía mareada y creía que su cuerpo se había roto en mil pedazos. El golpe contra la pared la había dejado sin respiración. Se tocó la nuca y sus dedos se mancharon de sangre. Seguía sin convencer a Gerard, incluso creía que había empeorado la situación, pero no podía abandonar. Pensaba que lo había enfadado lo suficiente para matarla, y todavía no había conseguido su ayuda. Se levantó con dificultad, como si tuviera una gran resaca. Apoyó las palmas de las manos en la pared para equilibrarse, o el mareo la derrumbaría al suelo.

—Te propongo algo —dijo finalmente Sara, pronunciando con firmeza sus palabras—. Ayuda a tu hermano y moriré como siempre has querido. Esta

vez, prometo que no fallaré. ¿Qué te parece? —Gerard extendió las alas y sus ojos se mostraron satisfechos—. ¿Hay trato? —Sara saboreaba su propia sangre y apenas soportaba el dolor de las costillas. Intentaba que no se le notara demasiado o Gerard podía aprovechar su debilidad y no aguantaría otro asalto como el que había sufrido.

—¿Por qué debería aceptarlo? Denis ya es una sombra.

Sara pensó con rapidez una respuesta para convencerlo.

—La falta de sinceridad de Denis hizo que perdieras a la mujer que amabas, ahora tú puedes vengarte de él matando a la persona que ama.

—¿Y perder mis alas? No querida, no soy tan estúpido.

Sara se frotó las manos sudorosas en la ropa y terminó por proponerle lo único que creía lo convencería.

—No serás tú quién me mate, lo haré yo, como siempre has deseado.

Gerard temía que lo engañara, pero los ojos de la joven solo hablaban con sinceridad. Amaba a su hermano hasta el punto de entregar su vida para salvar su alma. Durante un instante, la admiró para ayudarla sin cobrar su parte, aunque el recuerdo amargo de Casandra, el dolor que le produjo su muerte y la incomprensión de Denis, lo hicieron acceder a lo que le pedía.

—Acepto, querida. Tenemos un trato. —Tomó de nuevo la mano con delicadeza y la besó—. Mi bella dama puede estar segura de que he disfrutado de su compañía esta noche.

Sara retiró la mano con brusquedad; su contacto le había quemado, pero no tuvo tiempo de analizar sus emociones. Gerard había desaparecido y se había llevado con él todas sus esperanzas.

UN FINAL INESPERADO

La felicidad es saber unir el final con el principio.

Pitágoras

Por suerte no tenía ningún hueso roto, pero el dolor era insufrible. No podía visitar a Francesc o le haría muchas preguntas y regresó a casa. El taxista le aconsejó que presentara una denuncia por el comportamiento despreciable de su novio. Sara le mintió diciéndole que iría con su madre a comisaría. La joven se despidió del preocupado conductor y se dirigió a la cocina. Abrió el congelador, sacó todo el hielo que había en la nevera, lo envolvió en una toalla y se lo colocó en la nuca. Tenía el cuerpo lleno de moratones y el corazón fraccionado en tantos pedazos como granos de azúcar. Solo quería llegar a su dormitorio y meter la cabeza debajo de la almohada, pero parecía que su destino era siempre estar junto a uno de los hermanos Chevalier.

—¿Cómo ha ido?

Lucien levitaba sobre la encimera de la cocina aumentando su malestar. Era como si una enorme polilla negra se hubiera apoderado de la casa. Sara le dedicó una terrible mirada enojada. El ángel posó los pies en el suelo y recuperó su apariencia mortal.

—Podría haber ido peor —dijo, alzando los hombros. Una mueca de dolor le atravesó el rostro.

—Lo siento... te advertí que dolería.

Sara se colocó la toalla en la cabeza y asintió con gesto cansado. Se sentó en una silla y cerró un instante los ojos. Necesitaba despejar la mente y eso sucedería en un par de horas, cuando las pastillas le hicieran efecto.

—¿Tienes noticias de Denis? —preguntó conteniendo la respiración.

—Aún no he conseguido ninguna noticia. Gabriel lo tiene bien oculto.

Sara tomó un paño de cocina y se limpió el rostro. Su maquillaje se había extendido por toda la cara como una mancha de petróleo en el océano. Lucien observó sus labios ensangrentados e hinchados y un golpe en la mejilla izquierda. Estaba seguro de que Gerard no se había conformado solo con lo que Sara mostraba. Debía reconocer que la chica era valiente.

—No tienes por qué preocuparte —aseguró Sara con tal firmeza que desconcertó a Lucien—. Gerard cumplirá su palabra.

—¿Cómo estás tan segura? —preguntó, y le ofreció un vaso de agua.

—Porque cuando liberes a Denis, le he prometido suicidarme.

—Sara...

—Era lo que tú también querías.

Lucien había deseado su muerte, aunque saber que se sacrificaría por su hermano le hacía sentir remordimientos.

—No tengo mucho tiempo. Gerard me llama.

—¿Cómo...? —preguntó, y enseguida añadió—: ¡Oh, claro! Habláis en la mente o algo por el estilo.

—Sí, es algo por el estilo —dijo, y desapareció.

Sara lanzó la toalla sobre la encimera con verdadera rabia. Odiaba esa manera de entrar y salir de su vida que tenían los hermanos Chevalier.

Durante una semana, no supo nada de ninguno de ellos. Sara mantenía bajo control su preocupación rompiendo la promesa que se había hecho de no dibujar otra vez el rostro de Denis. Recordaba su voz ronca y apagada y, sobre todo, sus besos. Creía que enloquecería de angustia si Lucien no aparecía pronto para contarle qué había sucedido. Miró por la ventana el jardín que estaba mucho más descuidado, ya ni siquiera florecían las flores silvestres que Gerard había pisado cuando la visitó. Recordar a los Chevalier le causaba un nudo en la garganta que amenazaba con ahogarla. Se

preguntaba si *su ángel* estaría vivo, si lo habrían torturado como había sugerido su hermano o, peor aún, si ya no existía salvación para él. Las primeras gotas contra el cristal de la ventana anunciaron que una tormenta descargaría sobre Pravia, pero no fue un relámpago lo que la sobresaltó, sino el timbre de la puerta. Como siempre, ninguno de los hermanos Chevalier había sido invitado y Sara se había vestido con otro de los *kimonos*. Le hubiera gustado mostrárselo a Denis, no al resto de su familia. En esta ocasión, casi era una provocación para los ángeles. Se trataba de un *kimono* blanco con dos alas negras bordadas en la espalda.

—Bonito *kimono* —dijo Gerard con sorna.

Sara no respondió. Sus ojos solo podían ver a Denis. Le habían golpeado hasta perder la consciencia. Lo arrastraban entre los dos como si fuera un muñeco inanimado. Tenía los pantalones manchados de sangre, junto con varios cortes en el pecho y en el rostro. Sara se apresuró a acercarse a él.

—¡No! —gritó Lucien, y extendió el brazo para impedir que se aproximara a su hermano—. Su sangre te haría daño si la tocas.

Sara contuvo las lágrimas y se retorció las manos, mientras Gerard la contemplaba, divertido.

—No queremos que nuestra heroína sufra de esa forma, ¿verdad, Lucien?

—¡Oh!, ¡Cállate! —le recriminó su hermano—. Sara, trae un par de sábanas y agua caliente. Hay que reanimarlo —ordenó a la joven—. Aunque te aseguro que no será agradable.

Sara se apresuró a buscar todo lo que le había pedido Lucien, pero escuchó cómo hablaban los dos hermanos.

—¿Se lo has dicho? —preguntó Gerard, mientras sentaban a Denis en una silla con una rudeza innecesaria.

—No —confesó.

—Esto va a ser muy divertido —contestó Gerard.

Lucien detuvo en el aire un puñetazo que iba dirigido a su hermano, cuando Sara reapareció en la cocina.

—¿Qué tienes que decirme? —preguntó con decisión, y con el corazón en vilo ante aquello a lo que se enfrentaría.

Gerard exhibió una sonrisa jocosa y se alejó de los dos. Extendió las alas, levitó en mitad de la habitación y cruzó las manos sobre el pecho.

—No hay tiempo para eso. —Sara apretó las sábanas contra su cuerpo—. Dámelas, la sangre de demonio le hace daño.

Ella obedeció, pero no pudo aguantar más la inquietud.

—¿Qué debo saber? —insistió, cada vez más asustada.

—No pienso perderme el espectáculo —se burló Gerard. Lucien ignoró a su hermano y se dirigió a Sara.

—Cuando despierte no será Denis. Él ha hecho cosas que es mejor que desconozcas. Quiero salvar su alma y para ello su cuerpo debe morir.

—Me has mentido —dijo, aterrada por lo que sugería.

—Te dije que lo salvaría y eso es lo que vamos a hacer —confesó Lucien—. No podía dejar el alma de mi hermano en ese lugar. Ni te imaginas qué es aquello.

—¡Vamos!, por favor, algo más de emoción —intervino Gerard desde la posición en la que se encontraba.

—¡Si vuelves a abrir la boca —le amenazó Lucien—, te juró que te la cerraré para dos siglos!

—¡Uf! —Gerard alzó las manos en señal de paz—. Nunca imaginé que fueras tan sensible.

—Me has mentido —pronunció de nuevo, asustada por las consecuencias.

Los tres guardaron silencio al ver cómo Denis abría los ojos. Sara se acercó a él sin que Lucien pudiera evitarlo y lo rodeó con los brazos. Sintió las manos de *su ángel* presionar con fuerza su cuello. Si Lucien no lo hubiera separado de ella, golpeándolo sin consideración en el rostro, la habría matado.

—¡Te avisé de que ya no es el mismo a quien conociste! —bramó el ángel al comprobar que su hermano aún luchaba contra él.

Sara se refugió en un rincón de la habitación. Ese ser ya no era *su ángel*. Le dolía la garganta al respirar y unas nuevas marcas oscuras surgieron en su piel. Gerard ayudó a Lucien a controlar a su hermano y disfrutaba con cada golpe que le propinó para conseguirlo.

—Sara, debes ser tú quien lo haga —le pidió Lucien cuando lograron reducirlo y lo dejaron inconsciente—. Nosotros perderíamos nuestras alas, aunque Gerard disfrutaría haciéndolo.

—Para mí no sería ningún problema y dudo que perdiera mis alas, creo que no quieren separarse de mí. Ni siquiera con la muerte de Hugo he descendido a los infiernos. Así que si estáis de acuerdo, me encargaré de enviar al averno a mi querido hermano.

—¡Cállate de una vez! —gritó Lucien. Esta vez, sí le propinó un puñetazo que lo lanzó contra la pared. Unas gotas de sangre brotaron de los labios de Gerard. Lejos de enfadarse, emitió una risa grotesca que le desencajó el rostro. Por primera vez, se mostró tal y como era y no resultaba nada agradable a la vista.

—¡No puedo! —exclamó Sara con los ojos desorbitados por el horror. Negó una y otra vez con la cabeza la petición de Lucien. Había comprendido qué pretendía de ella y no podía matarlo.

—Él nunca te dejaría en ese lugar. —Lucien le tendió un puñal que había sacado de la cintura del pantalón. La hoja parecía recubierta de fuego líquido y era liviano. Sara notó el frío metal del puño cuando lo cogió con manos temblorosas—. ¡Hazlo! No tenemos mucho tiempo. Debes destruir su serpiente.

Respiró aliviada porque, después de todo, no debía clavárselo en el corazón. Se arrodilló a su lado y retiró el pelo de su frente. Gerard sujetaba a su hermano, y Lucien le mantenía el brazo extendido para que le clavara el puñal.

—¿Puedo besarlo? —preguntó con lágrimas en los ojos sobrecogida por lo que estaba dispuesta a hacer.

Gerard envidió a Denis por poseer el amor de una mujer como Sara. Él

habría deseado que Casandra se hubiera comportado con la mitad de valentía y comprensión que ella.

—No tenemos tiempo para...

—Déjala —Gerard interrumpió a Lucien—. No es fácil destruir aquello que uno ama.

Lucien se sorprendió de su intervención a favor de la chica. Sara cumplió su deseo y besó a Denis a la vez que le clavaba la daga en el brazo y destruía a su serpiente. Notó su dolor que unido al suyo le desencadenó un estallido de agonía que la obligó a soltar el puñal. En ese instante, supo que había asesinado a su propio corazón.

Lo que ocurrió a continuación le era confuso, demasiado irreal para ser cierto. Recordaba que Gerard y Lucien habían peleado, mientras ella no dejaba de abrazar a Denis, como si sus brazos pudieran devolverle la vida.

—¡No voy a permitirlo! —gritó Lucien.

—Teníamos un trato —exigió Gerard con los dientes apretados por la rabia.

—Tú lo has dicho, teníais un trato. Pero, hermano, si tocas a esa chica, te juro que yo mismo te enviaré de cabeza al infierno con o sin alas.

—¿Por qué es tan importante?

Lucien miró cómo Sara abrazaba a Denis. La chica acariciaba su rostro con ternura, lo besaba con amor y lloraba de pena. Habría regalado la mitad de su vida inmortal porque alguien hubiera sentido por él la milésima cantidad de amor que Sara profesaba a su hermano menor. Hacía tiempo que la soledad pesaba demasiado sobre sus hombros.

—Se lo prometí a Denis.

—¡Maldita sea, Lucien! Me has vuelto a engañar—. Gerard golpeó la pared de rabia y abrió un enorme agujero.

—Hermanito, nunca supiste perder —dijo, con un tono burlón que encendió la furia en los ojos de Gerard.

—Esto no quedará así. Me las pagarás —le juró.

Lucien conocía muy bien a su hermano para no temer su amenaza, pero haría todo lo posible para que no dañara a Sara.

En el instante en el que Gerard desapareció, Lucien se acercó a ella y le dijo:

—Debo llevármelo. —Sara negó despacio con la cabeza, no aceptando la realidad—. Debo hacerlo, estará bien —dijo él con amabilidad.

Lucien retiró las manos de Sara y ella obedeció sin resistirse. Entonces, ambos desaparecieron. Se sentía desolada por lo que había hecho y en su interior se había extendido un terrible vacío que había invadido todo su cuerpo.

Su tía llegó dos días más tarde a Pravia. Francesc la había llamado, y a Sara todo lo vivido le parecía una pesadilla. Todo menos el dolor desgarrador que la consumía cada noche. Visitaba el cementerio todos los días y solo se dirigía a un lugar, a la parte más vieja del camposanto. Manuel sabía a quién buscaba, a ese ángel de piedra negra. Para todos los habitantes de Pravia unos vándalos lo habían robado e incluso la noticia salió en los periódicos del país. Había intentado prevenirla a través de su hermano, quien le entregó una nota con el nombre de Casandra el día del entierro de su padre. Esperaba que hubiera descubierto alguna cosa sobre la familia Leckmacks y que sus descubrimientos fueran suficientes advertencias para olvidar a los Chevalier. Su familia conocía una vieja historia, se contaba de padres a hijos. Nunca había querido creerla, hasta que una noche vio que los terribles cuentos eran ciertos. Había intentado que Sara no se acercara a ese monstruo. Esa chica ya había sufrido bastante, pero a pesar de sus esfuerzos, no pudo evitar que se enamorara del ángel de mármol negro.

Epílogo

Faltaba un mes para su cumpleaños, pero su tía Alexandra le había regalado unas clases especiales de pintura y arte. Creía que tenía talento y pensaba que debía dejar de dibujar ángeles de esa forma obsesiva. Además, de esa manera, empezaría a relacionarse con jóvenes de su edad. Incluso le había organizado un par de citas a ciegas con varios hijos de algunas amigas suyas de la ciudad de Muros. Sara odiaba aquellas citas, sin embargo, debía aparentar que no era una ermitaña. Aguantaba como podía ese par de horas y gracias a su falta de conversación, alegría y atractivo, el chico nunca repetía la invitación. El problema era que nadie podía ocupar el lugar de Denis. Y no podía confesarle a su tía que estaba enamorada de un ángel caído que había perdido las alas, convertido en un demonio y al que ella había asesinado con sus propias manos. Cada vez que recordaba esos momentos sentía una fuerza invisible apretarle el corazón hasta dejarla sin aliento y un dolor insoportable en las entrañas.

Ese día empezaba las clases de arte. Su tía tenía dos semanas libres hasta marcharse de nuevo. Había regresado por el juicio de Lidia. Quería verla feliz y había adelantado la fecha de su cumpleaños empezando por los regalos. En cambio, ella solo quería que las horas pasaran de una vez y llegara la noche, donde podía dar rienda suelta a su dolor sin tener que disimular su estado de ánimo. En esta ocasión no podría escabullirse; debería asistir a ese curso lo quisiera o no.

—Termínate el desayuno si no quieres que lleguemos tarde a tu primera clase. —Sara asintió y se bebió el café. Hacía dos semanas que solo podía ingerir esa bebida a esas horas. El resto lo dejó intacto sobre la mesa. En esos meses había adelgazado y sus ojeras habían aumentado por el llanto y la falta de sueño. Ya no podía ocultarlas bajo un poco de maquillaje. Su tía la miró preocupada—. Debes comer o acabarás enfermando.

—Mañana seguro que tengo más hambre. —Odiaba mentir, pero se había convertido en una experta con todos los que se preocupaban por ella.

—Está bien —le advirtió su tía—. Mañana es tu última oportunidad o visitarás a Francesc.

—Claro —respondió sin discutir su decisión. También había perdido las ganas de replicar al igual que el apetito.

Alexandra lanzó un suspiro disgustado y observó en silencio cómo su sobrina recogía sus cosas. Su languidez y mutismo la irritaban. Comprendía que necesitaba tiempo para curar sus heridas, aunque no estaba dispuesta a dejarla hundirse en las profundidades de la desesperación, si podía evitarlo. Ambas se montaron en el coche en silencio. Hasta llegar a Muros debían conducir una hora. Agradeció que su tía no la interrogase. En su lugar, dejó que la música llenara el silencio en el que se había refugiado.

—Hemos llegado —le dijo al ver el edificio en el que se impartirían las clases. Sara se había adormilado y se frotó los ojos para despertar—. Te recogeré dentro de tres horas.

La joven asintió y se dirigió como una autómatas a la entrada. Buscó la clase de dibujo sin ningún interés. Varios alumnos habían ocupado las primeras filas. Ella se sentó en la última, aliviada por no tener que mantener una conversación con ninguno de sus compañeros. Ya era un sacrificio aguantar las buenas intenciones de su tía como para también entablar nuevas amistades. Lo único que deseaba era esconder la cabeza en su caparazón como haría una tortuga. Colocó sus cosas sobre la mesa y no se dio cuenta de que alguien más se sentaba cerca de ella hasta que una voz masculina con un marcado acento francés, le presentó:

—Buenos días, me llamo Jean Pierre.

Ni siquiera levantó la vista del cuaderno para echar una ojeada a su compañero. No tenía ganas de conocer a ningún estudiante de intercambio que, con seguridad, se había sentado a su lado porque no había otro lugar donde hacerlo. El hombre puso la mano delante de sus ojos esperando que ella la estrechara. Irritada, empezó a decir:

—Lo siento, pero no... —enmudeció al conocer a su compañero de pupitre.

—Tú, no... —respondió él con una sonrisa que amenazó con destrozar la cordura de Sara—. Creía que yo era quien hablaba mal tu idioma —bromeó.

Sara se fijó en sus ojos grises y en su pelo oscuro. También en su sonrisa, en su voz que la envolvía con calidez y amenazaba con hacerla perder el juicio en ese mismo instante. Los recuerdos, los sentimientos, el deseo y el amor la golpearon sin compasión, dejándola aturdida durante unos segundos.

—Denis... —balbuceó, sin evitar su perplejidad.

—¿Quién? Has debido entenderme mal. Me llamo Jean Pierre.

Sara no sabía qué pensar; todo era posible. Había visto ángeles y demonios; desconocía qué podía o no suceder a un ángel si acababan con su serpiente. ¡Dios! Ese hombre era Denis.

—Yo soy Sara —consiguió pronunciar.

—¿Es tu primer año? —preguntó Jean Pierre, colocando los útiles de dibujo sobre la mesa.

—Sí... yo —balbuceó de nuevo. Creía que se había tragado un rollo de alambre. Su garganta estaba dolorida por el esfuerzo que suponía hablar y, sobre todo, asimilar la presencia de Denis. Apretó el borde de la mesa para no lanzarse a sus brazos—. ¿Vives en Muros? —se obligó a preguntar.

—No, vivo en Pravia —dijo él. Sara sonrió como una estúpida. Se alegró de que no estuviera demasiado lejos de ella—. ¿Y tú?

—También vivo en Pravia —consiguió pronunciar con un hilo de voz, y añadió—: No me has dicho cómo te apellidas.

Temía equivocarse y terminar de nuevo lanzando sus ilusiones al pozo más profundo y, esta vez, estaba segura de que no sobreviviría.

—¿Es eso importante? —preguntó, asombrado y divertido por el interrogatorio al que esa chica pelirroja que le resultaba familiar, lo sometía.

—¡Oh! Sí, muy importante.

—Entonces, debo presentarme formalmente —respondió, bromeando.

Tomó la mano de Sara y la joven, al sentir su contacto, se estremeció de placer—. Mi bella dama, me llamo Jean Pierre de Chevalier, nacido en Reims, en la región de Champaña-Ardenas. —Jean Pierre la miró desconcertado cuando Sara contrajo el rostro en una mueca de dolor para dos segundos más tarde contemplar la sonrisa más enigmática que había visto nunca en una mujer—. ¿He dicho algo que te molestará?

—No, Jean Pierre de Chevalier. —Estrechó su mano y notó a *su ángel* en él—. ¿Jean Pierre, te gusta la lectura?

—Mucho, es mi mayor pasión. Bueno, hasta hoy —le dijo con una sonrisa que calentó su corazón y lo rescató de la cárcel en la que se encontraba prisionero.

Sara alzó la cabeza hacia el techo y susurró dos palabras: Gracias, Lucien. El ángel sonrió. Esa humana era capaz de detectarlo a pesar de que había utilizado la invisibilidad. Gabriel también se encontraba a su lado. El viejo comandante parecía impaciente.

—He cumplido mi palabra —dijo Gabriel—. Tu hermano tendrá una feliz vida mortal al lado de esa joven y no recordará nada de lo que hizo ni de quién fue.

—Gracias.

Lucien miró por última vez a su hermano y no dudó de que Sara lo haría feliz. Gabriel y Lucien reaparecieron en los acantilados de Pravia. Ese lugar era en verdad una de las mejores obras de la naturaleza que Dios se había permitido crear.

—No me lo agradezcas —contestó Gabriel con frialdad—. Ahora, debes ocupar su lugar. Las hordas de nuestros enemigos están moviéndose y quiero saber qué traman.

—¿Y Gerard? —se atrevió a preguntar Lucien.

El viejo comandante replegó las alas y colocó las manos detrás de la espalda antes de decir:

—Tu hermano estará encerrado durante un buen tiempo.

—Eso no le va a gustar —reconoció el caído con una nota de diversión en la voz.

—No sabes cuánto lo lamento —contestó con sorna Gabriel—. Pero es uno de los perdidos, aunque sigo sin entender cómo ha conservado las alas. No debería tenerlas.

Lucien disimuló su sorpresa al escuchar las palabras del arcángel. Creía que Gerard había conseguido algún tipo de acuerdo para ganar tiempo antes de convertirse en una sombra. Nadie podía luchar contra el castigo divino de perder las alas al matar a un inmune. Si Gerard aún las conservaba era por un motivo muy distinto y todavía tenía una oportunidad de redimirse. Hacía quinientos años que le había prometido a su madre, en su lecho de muerte, que protegería a sus hermanos y conseguiría que tuvieran una vida feliz. Una promesa que no podía dejar de cumplir; pese a que Gerard fuera su hermanastro. Él siempre lo había considerado de su propia sangre y no lo abandonaría en manos de Gabriel. Había pactado con el comandante que averiguaría qué tramaba el ejército de las sombras. Denis había descubierto antes de sucumbir al poder del mal que buscaban a un humano. Alguien que tenía el poder de identificar a los ángeles con su apariencia mortal. Eso suponía que muchos de los soldados del comandante y sus tapaderas humanas corrían peligro de ser asesinados por las sombras.

—Lucien, puedo adivinar qué piensas y no es buena idea —dijo el comandante a la vez que desenvainaba la espada de fuego para cortarle las alas.

—Debo hacerlo. Le juro que averiguaré quién es ese humano —prometió con solemnidad.

—No puedo permitirlo.

El comandante levantó su espada amenazante contra Lucien dispuesto a cumplir con la parte del trato que ambos habían pactado. El joven ángel no se defendió, pero guardaba un as en la manga.

—Lamento decirle que no tendrá a nadie a quien enviar a ese infierno para encontrar sus respuestas.

Gabriel evaluó la situación, no podía comprender cómo los hermanos Chevalier siempre terminaban complicándole la existencia. Esa misión debía ser voluntaria, no podía obligar a ningún ángel a perder las alas y tampoco ningún caído ayudaría a quienes los habían expulsado del Paraíso. Tenía pocas opciones y ese bastardo lo sabía.

—Está bien —aceptó Gabriel, molesto por ceder—. Tienes un mes para averiguar dónde está.

Lucien conocía los puntos débiles del comandante, también que nadie podría retener mucho tiempo contra su voluntad a su hermano Gerard.

Fin

Agradecimientos

Agradezco a Maribel Sanabria todos esos viernes en los que leímos en voz alta la novela con un café. También a Nadia Adorna por sus comentarios, con algunos he reído hasta las lágrimas. Gracias a las dos por vuestra paciencia y amistad.

Si te ha gustado

Mariposa de piedra

te recomendamos comenzar a leer

El último deseo de Mash

de Carmen Omaña

Selección RNR

CARMEN OMAÑA

*El último
deseo de Mash*



Romance Actual

Prólogo

Cerca de Sestri Levante, República de Génova. Finales del siglo XV.

—La hermana Leonilde la acompañará —indicó la abadesa con una sonrisa, satisfecha tras comprobar que la bolsita de cuero que le había dado a cambio contenía cinco monedas de oro.

—Es por aquí. —En silencio, siguió a la religiosa.

Mencia daba gracias a Dios por encontrarse a refugio. A lomos de su caballo había recorrido a galope tendido las últimas tres leguas en medio de la despacible noche invernal. Debía llegar cuanto antes a la iglesia de Santa Maria Ligure. El cardenal Severini, amigo personal de su tío y quien había cuidado de ella durante los últimos años, le había dado instrucciones claras de lo que debería hacer en caso de peligro, y sabía que en ese lugar estaría a salvo. No podía arriesgarse a continuar con el cofrecillo el largo trayecto que le restaba. La estaban vigilando de cerca desde que había salido de Roma hacía una semana, y tenía la sospecha de que la atacarían en cualquier momento para arrebatarse el contenido del pequeño baúl de madera.

—Ha hecho bien haciendo un alto en el camino, el frío llama a ello. ¿Hacia dónde se dirige?

—Al norte —respondió escueta. Sabía que el único motivo por el que aquella huesuda y encorvada mujer de cara avinagrada le daba conversación era indagar sobre la pieza que portaba.

—¿Va a visitar a algún pariente?

—No —mintió.

—Es extraño que alguien confíe el depósito de un objeto en nuestra iglesia a no ser que lleve rumbo sur. Imagino que ha de ser de gran valor.

El templo, situado en el camino costero que unía Santiago de Compostela

con Roma y, además, de forma estratégica, en las cercanías de la Vía Francígena, principal vía de peregrinación a la urbe romana desde el norte de Europa, era el lugar elegido por muchos romeros, sobre todo los acaudalados, para depositar las valiosas ofrendas que llevaban consigo al Vaticano y así evitar que fuesen robadas en caso de asalto. No en vano aún distaban casi doscientas sesenta millas de la Ciudad Santa, las que había que salvar por arduos senderos, a menudo llenos de vándalos y saqueadores. A cambio de un donativo, bien fuese en forma de limosna, objetos litúrgicos o incluso reliquias de santos, como había cedido algún noble, las agustinas se encargaban de que dichos dones llegasen a su destino sin percance alguno.

—Malditas ratas —escupió la monja con tono agrio nada más abrir la robusta puerta de madera que conducía al exterior. Cogió la antorcha del aplique rudimentario de forja situado junto a esta, la encendió y le hizo seña para que la siguiese escalerilla abajo por el abrupto acantilado—. Tenga cuidado, los peldaños están resbaladizos. Agárrese aquí —añadió en referencia a una cuerda que hacía las funciones de pasamanos.

Ya dentro de la inhóspita oquedad rocosa donde guardaban las piezas, tanto propias como en custodia, el sonido de una gota al caer desde el techo y chocar contra el suelo hizo estremecer a Mencía. Había algo en el ambiente que la inquietaba. Inconscientemente, apretó las piernas con fuerza al recordar las palabras de Su Eminencia previas a su partida: «antepón su salvaguarda a tu propia vida». A pesar de que podía encontrarse con la muerte en el trayecto de regreso a casa, asumió con gusto la misión. No podía fallar a su familia romana ni a su tío, don Beltrán de Cusanza, vicario de la Diócesis de Compostela.

—Los cuervos llevan varias noches rondando el huerto.

A sus espaldas quedaba la boca de la cueva, por la que se filtraban rayos de luz provenientes de la luna llena. Por ella también se colaban al interior unos espeluznantes chillidos de pajarraco, que retumbaban en las paredes de piedra.

—Esos graznidos no presagian nada bueno —auguró la monja entretanto

se adentraban unos metros—. Hemos llegado.

Colgada al cuello y cubierta por sus raídas vestiduras, Leonilde llevaba una cadena de la que pendía una llave. Con parsimonia, se inclinó hacia la cerradura del enrejado metálico que cerraba el cubículo con intención de abrirlo.

Mencía soltó un grito ahogado al escuchar lo que parecían unos pasos que hacían crujir la escalera.

—No se asuste. El viento arrollador que se ha levantado campa a sus anchas entre los recovecos. Aquí solo estamos los roedores, usted y yo. —La llave parecía resistirse a entrar en el agujero, así que optó por quitarse la cadena. Falta de reflejos, se le resbaló de las manos y cayó al suelo—. Maldita sea —farfulló al apagarse la llama a consecuencia de una ráfaga de aire y quedar casi en penumbra—. Ayúdeme a buscarla.

Aferrando el baulillo contra su cuerpo con el brazo izquierdo, la joven se agachó con cierta dificultad debido a las molestias abdominales que empezaba a sentir, y comenzó a palpar el inmundo y húmedo piso hasta que un ligero temblor sacudió la gruta.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó temerosa, a la par que se incorporaba con rapidez.

—Un regalo divino para recuperar la llave. Alabado sea el Señor.

Mencía se arrinconó contra la pared y se abrazó a sí misma, rogando a Dios, con los ojos cerrados y en voz baja, que Leonilde abriese pronto la reja para así poder salir de allí cuanto antes. Concentrada en sus plegarias, sintió la fría y afilada hoja de acero sobre su cuello y, mientras se desvanecía en su propio charco de sangre, notó cómo las convulsiones se iban haciendo cada vez más fuertes.